

LA  
FLOR  
DEL SOL

*Miranda  
Bouzo*



# **LA FLOR DEL SOL**

*Miranda Bouzo*

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *La flor del sol*

© *Miranda Bouzo*

Edición publicada en noviembre del 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

LA  
FLOR  
DEL SOL

*Miranda Bouzo*

*“La historia es cuestión de supervivencia.  
Si no tuviéramos pasado, estaríamos desprovistos  
de la impresión que define nuestro ser”.*

*Robert Burns (1759-1796)*

# — Índice —

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Epílogo](#)

## *Prólogo*

De todas las cosas que se pueden pensar cuando se abandona la vida, solo una apareció ante los ojos de Isabel como fruto de su mente desgastada. La imagen de un árbol con su enorme tronco centenario y como la parte delantera del coche se empotraba contra él. La madera y los hierros se resquebrajaron en mil fragmentos. Ni imágenes de seres queridos ni una luz cegadora que la guiara al más allá, solo el ruido de cristales rotos y después, un silencio atronador.

El corazón de Isabel, de forma vaga y silenciosa intentó seguir adelante, uno, dos, tres latidos independientes, un silencio, y después volvió a sentir el pulso en el cuello en forma de una explosión de vida.

La gente muere todos los días, a todas horas, con una distancia de cientos y miles de kilómetros por todo el mundo; nunca, o casi nunca se conocen entre ellas; unas veces muchos las lloran, otras simplemente no dejan huella. Unas muertes son accidentales y por sorpresa, otras por enfermedades lentas y dolorosas, por no hablar de los crímenes, pero la de Isabel era provocada, planeada, imaginada e incluso idealizada en tantos días y horas vacías en los que la mañana y la noche sólo eran un hecho más. Consciente de esas verdades, la vida no quería apagarse en ella. Las copas de los árboles se mecieron sobre su cabeza en la oscuridad de la noche. Estaba viva. Había mirado a la muerte, y el destino le daba una segunda oportunidad, “para ti, Isabel, y, por favor, no vuelvas a hacerlo, está mal, muy mal...”

## *Capítulo I*

—¡Estás despierta, Isabel, lo sé, por favor, háblame! —el tono de Laura sonó desesperado.

Al abrir los ojos Isabel vio la habitación blanca, aséptica, apenas había muebles aparte de la cama hospitalaria en la que se encontraba tumbada. El sol entraba por la ventana en forma de franjas amarillentas. Con un movimiento de los arboles los rayos se difuminaron y todo volvió a ser real. Miró alrededor, en una mesilla había unas gafas de leer y unas flores de color rojo.

Laura, su hermana, estaba sentada en un sofá descolorido que debía de haber conocido mejores épocas, sus ojos verdes, lo único en que se parecían, la miraban fijos y suplicantes. Llevaba un suéter viejo de esos que hacen bolitas, parecía cómodo, debía de haber estado mucho tiempo sentada ahí esperando que despertara. Su pelo estaba recogido con esa coleta hecha a medias que le daba un aire de dejadez y la hacía más joven. En todo el tiempo que había pasado desde el accidente, Isabel la dislumbró a su lado, a veces medio dormida y otras veces oía su voz al hablar con las enfermeras, siempre ahí, junto a ella.

Isabel intentó levantarse despacio y cayó sobre el brazo que llevaba en cabestrillo, Laura se acercó hasta ella y la ayudó a llegar despacio hasta el baño, otra vez, todo blanco y estéril, sin objetos punzantes, todo desprovisto de cosas personales, solo jabón y un bote de desinfectante de manos. Apoyada sobre el lavabo, se miró en el espejo y la imagen que la devolvió no fue tan terrible como esperaba, una cicatriz sobre el ojo derecho aún no había curado y la daba el aspecto de tener dos cejas, la superior más fina y larga que la verdadera; varios moratones teñían su cara del amarillo al negro más oscuro, dándole la apariencia de una piel cetrina. Había perdido peso y el pelo ya totalmente negro caía lacio sobre los hombros. Del rubio mechado no quedaba nada excepto en las puntas raídas, alguien la había cortado el cabello en mechones tan irregulares que le caía ondulado y desordenado. No reconocía en aquella mirada perdida y triste a la joven que había sido no hacía mucho. Laura la observaba con la mirada atenta, clavada en ella a través del espejo.

—Isabel, ven a ver esto —dijo su hermana al llevarla de nuevo con su mano, esta vez hacia la ventana. Unos bonitos jardines se extendían más allá



de las rejas, por los senderos de grava caminaban mujeres con camisones como el suyo y miradas perdidas, algunas con sus familiares y otras solas. Otros hombres, más allá, en grupo, conversaban con un enfermero bajo un sauce. Todo pertenecía a una hermosa estampa bajo el sol de verano, hasta se podía sentir el calor a través de los gruesos cristales, era la perfecta imagen de una serenidad calculada, falsa, porque en cualquier momento todos echarían a correr demostrando lo locos que estaban.

A Isabel le llamó la atención una chica más o menos de su edad con el pelo desordenado que agitaba la cabeza hablando sola. De repente, se tiró al suelo y empezó a llorar desconsolada. No pudo mirar más y, sobresaltada, se apartó de la ventana dando un paso atrás.

—¿Dónde estoy Laura? —y la voz se la quebró ahogando un sollozo. Sentía un dolor en la garganta, como si tuviera clavados miles de cristales rotos, con toda seguridad la introdujeron alguna sonda gástrica para eliminar las pastillas de su estómago. Isabel sabía que no era la mejor opción, pero sí la única que se había visto capaz de llevar a cabo con cierta dignidad. Ignoró la de caer desde cierta altura, gas, cortarse las venas, después de dos horas sola en su apartamento con un cuchillo en la mano comprendió que era incapaz de hacerse daño de una manera tan dramática. En su momento, el plan alternativo, le había parecido una gran idea, ingerir pastillas para tumbar a un elefante y acelerar su coche contra los árboles.

Intentó levantar el brazo sujeto por las vendas, pero no pudo al notar una punzada de dolor, debía de habérselo roto. Notaba cómo unos puntos, a la altura del costado le tiraban, e impedían que se moviera con normalidad e incluso andar le resultaba complicado.

—Isabel, estás en un psiquiátrico, has intentado matarte y de una manera tan absurda —gritó su hermana sin poder contenerse—. ¡No has pensado en nadie, solo en ti misma! De acuerdo, has perdido a tu marido y no sé qué te ha llevado a hacer esto por ese idiota, pero la vida sigue. —Laura se apartó de ella, la dejó para que volvía a mirar desde allí a sus compañeros de locura, desde su lugar apartado de la ventana para que nadie la viera desde el exterior—. Yo tengo la mía, la vida que tuve que abandonar por ti, a mis hijas, a mi marido, mientras estabas ahí, y yo sin saber si ibas a vivir o morir. Eres la única familia que me queda a parte de ellos, plantéatelo y si lo vuelves a intentar o se te pasa otra vez por la cabeza... —Un suspiro se escapó de sus labios—. Isabel encuentra una manera de rehacer tu vida, de vivir con el pasado. No vuelvas la vista atrás, pasa página.

Esa era su opción, olvidar, lo había perdido todo en un solo día. Algo se despertó en Isabel al oír de labios de su hermana la desesperación con que la hablaba.

Lo cierto es que, aunque sentía su vida rota, la importaba demasiado la de los que la querían, no era justo para Laura perderla de esa manera tan cruel como las ocurrió a ellas con el accidente de sus padres.

Solo tenía que empezar a caminar de nuevo, paso a paso, y recordó una frase de su madre: “Isabel, sólo cuando hemos caído hasta el fondo, podemos levantarnos con más fuerza”.

## *Capítulo II*

Sonó el despertador que fue de su madre, envuelto en una extravagante piedra de cuarzo rosa, con esa música estridente que era incapaz de cambiar. Tenía que comprar uno nuevo si no quería seguir levantándose de mal humor. “Actos positivos, acciones positivas, lo negativo fuera”. Un mantra aprendido en horas y horas de terapia. Hacía ya tres meses que había dejado el hospital psiquiátrico y, si no fuera por los sueños recurrentes, empezaba a encontrarse mejor consigo misma y con el mundo. La atormentaba el recuerdo de haber enterrado un ataúd vacío, pero poco más podía hacer para borrar esa imagen de su mente, como en una fotografía antigua, la de un cementerio vacío, una pena ausente y la carencia de dolor. Ese día debería haber llovido y que todo fuera en blanco y negro con ella como viuda sollozando de dolor, pero bajo un sol de justicia solo había sentido culpa y añoranza por lo que pudo ser y no fue.

Jorge había desaparecido de su vida, muerto solo en una carretera, no encontraron siquiera su cuerpo entre los restos quemados de su coche y no pudo enterrar nada, ni siquiera el dolor de perder todo.

No se dormía hasta muy tarde, daba vueltas y vueltas en la cama; las pastillas ya no ayudaban y estaba empezando a sospechar que era adicta a ellas. En la ducha, bajo el agua caliente, comenzó a recordar su sueño: ya no era solo el rostro de su marido muerto, sino miles de recuerdos y, entre todos ellos, unos ojos azules, una voz, una cara que se escapaba de su memoria, tal vez un doctor del hospital, otro enfermo o un policía, no lo sabía. La enervaba no poder recordar los rasgos completos de aquel rostro al despertar, tal vez era solo una obsesión tal y como lo había descrito su psiquiatra, un reflejo del dolor que sentía en su interior.

De repente, el sonido del móvil la sacó de sus pensamientos. Se obligó a salir del baño, formó un charco a su alrededor mientras se ponía un albornoz. Emitió una queja al empapar todo a su paso mientras la pantalla se iluminaba una y otra vez sin descanso. Era del trabajo.

—Dime, Manuela —carraspeó Isabel. Muchas veces al despertarse seguía notando su garganta cerrada y la costaba modular su voz—. Buenos días. —se obligó a decir ante la primera persona con la que cada mañana hablaba.

—Isa, tienes que venir ya a la oficina y cuando digo ya, es ¡ahora! —Se oyó a Manuela remover papeles y cómo caía algo—. Buuf, ¡otra vez se me ha caído el café encima de los papeles! —Nunca decía una sola palabra malsonante, cosa rara en un trabajo como el suyo, donde el estrés de la publicación diaria podía con muchos.

El destino se había portado bien con Isabel cuando salió del hospital, su trabajo de administrativa en una app de viajes online la estaba esperando. Siempre sospechó que era cosa de Manuela, ella era muy valorada, una gran profesional y periodista, un poco loca, pero formaba parte de su arrebatador encanto. La editorial se trataba de una multinacional inglesa que había invertido de las primeras en el turismo en internet, convirtiéndose en un monstruo a nivel internacional. La sede en Madrid tenía sesenta trabajadores, y eso sin contar la delegación en Barcelona.

—¡Es tu oportunidad!, te vienes conmigo, nos envían a realizar un reportaje, el completo, chica. Destino turístico familiar, estilo de vida, tradiciones... Bueno, ya sabes, un mes de trabajo. —Sí, ya imaginaba, Benidorm, IMSERSO, guiris—. Imagínate, Escocia... —gritó Manuela tan fuerte que le hizo tirar el teléfono sobre la cama—. Isa, ¿pero me estás oyendo?

—Sí, sí... —susurró Isabel al recuperar su móvil de entre las sabanas. Imposible, era de nuevo una “Traveller’s”, como llamaban a los primeros redactores, el trabajo in situ, hasta ahora relegada a segunda y con la baja había pensado que jamás podría aspirar de nuevo al ascenso. Más aun al renunciar a él por Jorge, cuando creía que él quería formar una familia, cuando creía que era feliz, cuando tantas cosas le parecían verdad y ahora eran mentiras—. Es imposible —repitió Isabel en voz alta, más tranquila—. Me tomas el pelo Manuela.

—Isabel, no bromearía con algo así, sé que a veces soy muy cargante, pero me acaban de llamar al despacho de la bicha y nos vamos. Alégrate que ya está hecho, con papeles y todo, billetes de avión, hotel, y ... —De pronto se calló—. ¡Joder, te lo mereces! —sentenció al romper su sagrada norma—. ¡Vente para la oficina ahora mismo!

—Nos vemos allí en media hora, y espero que no sea una de tus bromitas. —Era tan fría con los demás que hasta ella notaba su falta de sentimiento. La fastidiaba no poder coger el coche, tardaría siglos, tenía a miedo a conducir de nuevo y, aunque no fuera así, le retiraron el carnet hasta pasar una evaluación psiquiátrica que determinaría no representar un peligro ni para ella

misma ni para los demás. Se vistió deprisa y sin maquillar siquiera salió de casa. Eran ese tipo de cosas que ya no la importaban, arreglarse, hablar con los demás, intentar relacionarse, todo le daba igual, vivía por inercia, levantarse, trabajar, una o dos sonrisas, una pastilla, otra pastilla, y dormir. Cogió un taxi y, en menos de media hora, estaba en el trabajo, preguntándose porque el corazón la volvía a latir tan deprisa.

—¿Te has caído de la cama, Isa? —dijo Héctor, el personal metomentodo sabidillo de la oficina. En cuanto traspasó el umbral de cristal de la oficina él la abordó—. O ya te lo ha soplado tu amiguita... ¡Ay que ver qué habréis hecho!

No podía pararse a hablar con él en ese momento, era el típico espécimen de oficina, envidioso, trepa y destructor. Era muy atractivo, con el pelo moreno y unos ojos verdes fríos con los que se llevó a la cama a la mitad de la oficina.

—Cállate que no estoy de humor, Héctor —dijo Isabel al pasar junto a él a la carrera mientras iba dejando atrás los cubículos gris acero desde los que sus compañeros la miraban con curiosidad.

—¿Y cuándo sí? —le oyó decir a Héctor con sarcasmo.

La amada jefa, mujer Alfa, como la llamaban, aparte de La Bicha o Sandra, rubia, alta, de ojos azules e impecable vestuario de firma de la mañana a la noche. Y Manuela, con su maravilloso pelo corto moreno, sus tejanos ya raídos de fábrica tan ajustados como era posible y su camisa de flores hacían una extraña pareja esperandola en el despacho acristalado.

—Aquí estás, Isabel—afirmó Sandra, a lo que acompañó un mohín al ver su aspecto “casual” desconjuntado—. Creo que Manuela ya te ha contado. — Se sentó sobre su mesa cruzando las piernas—. Salís pasado mañana, destino Nairn, Escocia. Aquí están los billetes de avión, vuelo cerrado, hotel para quince días, con mención de honor para el establecimiento que para eso nos regalan parte, no están las cosas para ir tirando el dinero. ¡A ver cómo nos comportamos Manuela que no vamos a ligar ni de vacaciones! —. Manuela bufó por la advertencia mientras la entraba por un oído y le salía por el otro.

—Por favor, Sandra, ¡para! —interrumpió Isabel después de intentar hablar varias veces. Todo se le iba de las manos y comenzó a respirar entrecortada—. Yo no voy —afirmó. No le gustaban los cambios, era malo para la rutina que se había creado. Sentía que un ataque de ansiedad empezaba a dominarla. Si apenas podía decidir cada día qué ponerse, menos podría afrontar un viaje, fotografiar de nuevo, hablar en inglés, hacía años que no

hablaba inglés, ya no habláramos de relacionarse con gente desconocida. No había tocado su cámara desde hacía cuatro meses, no veía nada en el mundo que mereciera plasmarse en su objetivo.

Isabel levantó la cabeza mirando alrededor, estaba despedida, ahora sí, había gritado a su jefa directa con la puerta de la oficina abierta de par en par. Héctor estaría partiéndose de risa en algún rincón oscuro mientras ideaba alguna frase hiriente para cuando saliera del despacho.

Sandra se acercó a la puerta; con un ademán de la cabeza, invitó a Manuela a marcharse y la cerró tras ella. Se giró en una postura deliberada, ya que desde ese ángulo no podían verla en la oficina. Sandra observó a Isabel una vez más de arriba abajo, desde la camiseta negra, pasando por los vaqueros azules hasta las botas de trekking en pleno verano y recordó a aquella joven de veinticinco años que había llegado un lunes a la oficina. Isabel la deslumbró, alta, delgada, teñida de rubia con un pelo largo ondulado y sus cándidos ojos verdes rasgados, la recordaba demasiado a ella cuando era joven, su vitalidad, su sonrisa, le hubiera gustado que, de haber tenido una hija, fuera como ella.

—Isa, sé por lo que has pasado, la muerte de tu marido te ha destrozado. Supongo que mucha gente te dirá que no mires atrás, que sigas adelante... —Y sonrió con pena ante lo típico de su frase.

La mujer de hielo sonrió, eso desarmó a Isabel, que mal debería estar para que, hasta Sandra la sonriera. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Isabel, yo no puedo decirte nada que no hayas oído antes. Solo sé que eres una persona maravillosa, tienes un don, no pierdas este trabajo porque crees que no vales para hacerlo. Eres la persona más fuerte que conozco y una buena, muy buena fotógrafa. Si hubieras tenido las mismas oportunidades de estudiar que muchos de ahí fuera ya serías una reconocida fotógrafa y redactora de viajes, no estarías en esta empresa sino en alguna otra firma donde valoraran tu talento. No desperdicies este ascenso, puede ser el principio de algo nuevo. Piénsalo al menos, y esta noche me llamas para darme una respuesta. Ahora vete a casa y solo por si acaso, ve haciendo la maleta —dijo Sandra al acercarse a ella. La abrazó y le dio un beso en la mejilla con cariño.

Isabel se giró sobre sí misma y compuso un rictus de enfadada, incapaz de sentir algo que no fuera rabia por los que la obligaban a salir de su cómodo caparazón a enfrentarse de nuevo al mundo. Se limpió con el dorso de la mano la mejilla en la que seguro Sandra había dejado la marca de su pintalabios.

Todos se creían con derecho a saber lo que más la convenía y a animarla, pero ¿acaso alguno de ellos había pasado por lo mismo? Se dejó llevar porque replicar a todo el mundo era demasiado cansado y terrible.

—¡Ahora sal de mi despacho! —grito Sandra mientras, al pasar por su lado, le guiñaba un ojo.

Esto no podía estar pasando, era una noria que un día estaba arriba y al momento bajaba. Por más que buscaba, no conseguía encontrar estabilidad, qué podía hacer, ahora esto. Laura, tenía que hablar con su hermana, ella podría ayudarla, miró el reloj, las nueve, ya habría dejado a los niños en el cole y estaría en casa, tenía que verla.

Se acercó a la fuente de agua y, sabiendo que todos la miraban con curiosidad, se escondió en la boca una pastilla, la necesitaba, tenía que tranquilizarse o le daría un ataque de ansiedad en mitad de la redacción.

## Capítulo III

—Pues, estoy de acuerdo con tu jefa, con Manuela y cualquiera que te diga que te vayas de esta ciudad. —El aroma a café recién hecho empezó a invadir todo.

Las dos hermanas estaban sentadas en una mesa pequeña de la cocina. Isabel jugaba con la cucharilla siguiendo las formas de unas figuras que seguramente había pintado en la madera su sobrina más pequeña, Celia. Aquello le habría costado a su sobrina una buena bronca. Los dos primeros meses después de su salida del internamiento los había pasado en casa con ellos y había llegado a adorar a aquel bichito pequeño que se colaba en su cama por las noches y le pedía que le contara cuentos hasta quedarse dormida en sus brazos. Tampoco le quedaba mucho tiempo en su propio piso al que había vuelto hacia un mes escaso. No podía pagar las deudas que Jorge le había dejado como única herencia y pronto volvería a vivir con ellos sino aceptaba el ascenso.

—¿Tú me ves preparada para algo así, Laura? Supondría un enorme esfuerzo para mí, el idioma, un lugar extraño... —objetó Isabel.

—¡Tonterías! Tú nunca has tenido miedo a nada. —según pronunció aquellas palabras un silencio se hizo entre las dos. Ambas sabían lo que pensaba la otra, pero se negaron tantas veces lo que ocurría en realidad que lo dejaron pasar.

—No soy la que era, Laura —afirmó Isabel agachando la cabeza.

—Ve, Isabel, te hará bien dejar ese piso por un tiempo. —la mano de Laura descansó un minuto sobre la suya con afecto— Piénsalo, es el destino que te da una oportunidad hermanita, necesitas marcharte unos días —Se levantó y sirvió dos cafés solos. Así arreglaban todo cuando ambas empezaron a crecer, una taza de café y a solucionar el mundo. Se quedaron solas muy pronto, cuando sus padres murieron y hasta las cosas más simples las decidían juntas de ese modo tan peculiar.

—Empiezo a creer que todos pensáis que soy otra persona. Pero sí, quiero vender la casa, la compramos porque Jorge quería vivir en el centro, nunca me gustó, incluso hay veces que me sobresalto cuando oigo un ruido y pienso que él va a aparecer en el dormitorio. —Isabel se abrazó con ambas manos para protegerse de los recuerdos.



—¿Sabes una cosa, Isabel? —preguntó Laura sin esperar respuesta—. Si no estuviera muerto yo me lo cargaría con gusto.

—No digas eso, bastante tengo con aguantar a la gente compadeciéndose de mi pena —se levantó con pereza y se apoyó en la mesa con la cabeza gacha.

—¿Sigues soñando con tu doctor misterioso? —dijo Laura con fingido interés sacándola de su silencio.

—Sí, ¿de verdad no sabes quién podría ser? Pregunté varias veces en el hospital y nadie con esa descripción trabaja allí o me visitó en ese tiempo, empiezo a creer que es fruto de mi imaginación como dice mi psiquiatra— dudó un momento si seguir para no preocupar a su hermana—. Pero Laura, es tan real como si en vez de sueños fueran recuerdos junto a ese hombre, como si de verdad me hubiera hablado e incluso a veces siento que sí le conozco...

—¡Ay Isabel! —contestó su hermana como si de verdad la faltara un tornillo— La cantidad de hombres con ojos azules y voces profundas que habrá en el mundo hermanita. Si te acordaras de algo más... Pero bueno, vete ya, que tendrás que comprar ropa de abrigo. —Al reírse por su observación estuvo a punto de escupir el café sobre Isabel. De verdad que a veces no entendía el humor de su hermana.

—No lo tengo claro, Laura, aún no me he decidido, olvidas que no creo en el destino, ¿o tú crees que me envió a mi marido una fuerza poderosa?, porque si lo hizo, ¡joder, vaya porquería de vida tenía planeada para mí!

—¡Oooh! No soporto cuando empiezas así, ¿te tomas las pastillas?

—No todo lo arregla una pastilla mágica —afirmó pensando en otra cosa—. Laura, por favor, si voy dime que no te liarás con las enanas y me llamarás todos los días, ¿verdad? —suplicó a su hermana. Ella era su mástil al que agarrarse en la vida, mientras Laura estuviera ahí, ella seguiría en el mundo.

Su hermana se levantó y le dio un abrazo con fuerza.

—Isa, te quiero, pequeñaja y te llamaré todos los días si tú no lo haces.

—No digo que vaya a ir, pero lo pensaré.

—Llévate chubasquero, creo que llueve un montón, aunque sea agosto. —  
Rio Laura feliz, al ver un pequeño atisbo de esperanza.

Mientras se alejaba hacia la parada de autobús, Laura le decía adiós con la mano desde la puerta de su casa. ¡Qué diferentes habían sido sus vidas! Isabel siempre había sido la niña buena, la niña de papá, formal y estudiosa. Y Laura, la loca que salía y no volvía hasta el día siguiente, ahora su hermana era feliz con su marido y sus hijos, estable. Isabel suspiró resignada por la

parte que la había tocado, creyó enamorarse de un príncipe y el muy cretino la fastidió.

Era tarde cuando Isabel se acostó, no podía dejar de darle vueltas a ese viaje hasta que se quedó dormida. Otra vez apareció aquella voz. “No te duermas, vuelve por favor”. Se despertó confusa y empapada en sudor y miró el reloj, las cuatro. La misma hora de todas las noches. ¿En serio en su sueño le habían dicho que hiciera ese viaje? Estaba empezando a oír voces en su cabeza, tenía que dejar las pastillas, quizá abusaba demasiado de ellas. Mañana sería la última se prometió, o mejor pasado mañana cuando pudiera dormir un poco más.

Cogió el móvil en un arrebato de valentía y puso un mensaje. “Voy. Gracias, Sandra”. Sin esperar respuesta se quedó dormida, ya habría tiempo de arrepentirse después.

## Capítulo IV

El viaje en avión había sido un desastre, mal tiempo en Madrid y primer retraso. Al llegar a Edimburgo tuvieron que correr desesperadamente para hacer la conexión con el vuelo a Inverness, Isabel llevaba una maleta de cabina, pero tuvieron que esperar las dos maletas de Manuela que apenas podían arrastrar por el peso. Llegaron justo cuando se cerraba la puerta de embarque ante la mirada de censura de las azafatas y, ya sentadas en el avión, comenzó a llover tan fuerte que pensaron que no despegarían.

—Pero si es agosto —gimió Manuela—. ¿Qué se deja esta gente para el invierno? —Y se arrellanó en su asiento enfadada poniendo mala cara.

Habían salido de Madrid a las siete de la mañana y no le sentaba bien madrugar, Isabel tampoco estaba en su mejor momento, más cansada su mente que su cuerpo no podía relajarse un solo instante.

—Por eso veranean en España, sol y playa —apuntó Isabel resignada mientras sacaba la chaqueta que llevaba anudada a la cintura, antes de caer derrotada sobre el asiento—. De todas formas, estuviste en Moscú hace dos semanas, allí haría más frío, digo yo.

—No te creas, ¿eh? De todas formas, bien administrado el vodka calienta a un muerto.

Manuela dio por terminada la conversación y, fastidiada, cerró los ojos. En ese momento despegaron para alivio de ambas.

La voz del comandante en inglés les avisó que iban a tomar tierra. Isabel nerviosa, sacó sus pastillas y las tomó con un largo trago. Habían tardado medio vuelo en traerle la dichosa botella de agua y la ansiedad la estaba matando, y a Manuela se la daba fatal aguantar las colas para todo, pasaporte, equipaje, ir al baño, ... Isabel se vio sumergida en la vorágine de sacar su oxidado inglés y lidiar con gente con la que no la apetecía hablar, pero así era su amiga, aunque no sabía cómo podía Manuela sobrevivir a sus continuos viajes ella sola.

En la salida de la terminal uno del aeropuerto les esperaba un chofer con el cartel.

“Senoras: Manuela Freire, Elizabeth Pinero”. Todo ello sin “eñes” y escrito en garabatos de rotulador a toda prisa.

—Somos nosotras —dijo Manuela encaminándose hacia él acompañada

del resonar de sus tacones sobre el suelo de mármol—. Esperábamos a Bradley Cooper, pero bueno usted nos servirá —comentó por lo bajo mientras malhumorada cargaba con las maletas.

El chofer chapurreaba algo de español y les informó que apenas tardarían dos horas hasta llegar a Nairn, si había escuchado a Manuela se hizo el sordo. Su nombre era Bob y debía de tener ciento cincuenta años por lo menos. Isabel lo vigilaba desde el asiento de atrás con cierto miedo mientras adelantaba los coches por el lado contrario. Sería irónico haber sobrevivido a su propio “accidente” y morir en un país extraño a manos de un anciano chofer kamikaze. Poco a poco se fue relajando mientras admiraba la ciudad de Inverness, que desaparecía de su camino, y comenzaron a adentrarse en una hermosa vista en la que se alejaban de las altas montañas y las praderas verdes.

El chófer hablaba como si le fuera la vida en ello, les contó que había pasado unas vacaciones con uno de sus hijos, que vivía en Madrid en un barrio muy bonito, Choca. Ellas dedujeron que se trataba de Chueca, y se miraron con cierta incredulidad, ¡sí que era moderno Bob para su edad!

El hotel estaba junto a la costa y Bob decidió llevarlas por una carretera secundaria que bordeaba los acantilados para poder admirar los paisajes. Una zona maravillosa, de altos árboles a un lado y pequeñas calas salvajes al otro. Isabel se había informado sobre el estuario de Moray en una guía de la competencia, se trataba de una reserva natural en sí misma, motivo de orgullo para sus habitantes. Durante el verano las familias escocesas se desplazaban allí y era considerado un lugar muy turístico de esa parte del país. Las migraciones de los delfines eran seguidas por miles de turistas que se apostaban en las costas con sus prismáticos, a veces incluso los divertidos animales se acercaban tanto a las playas que era posible observarlos sentados en la arena.

Cerca de Nairn, Bob, tras observarla durante todo el trayecto a través del retrovisor, las invitó a parar al captar su entusiasmo por admirar el paisaje. Estaba empezando a llover de nuevo y en el cielo no se veía atisbo del sol de agosto.

—Desde aquí, señorita Pinero, hay magníficas vistas de una playa de dunas protegida. ¿Quiere verla? —le preguntó el chofer sonriendo a Isabel.

Casi no podían entenderlo con su fuerte acento escocés, pero era imposible no sonreír cuando hablaba, tenía un rostro bonachón, de esos que, al verlos, inmediatamente te caen bien.

—Sería estupendo, si no le importa parar con esta lluvia —le dijo Isabel

entusiasmada mientras el chofer se alejaba de la carretera principal para tomar un camino de tierra hacia el acantilado.

—Llueve Isa, no podrás ver nada.

—¡No seas aguafiestas! Dos fotos y nos vamos, Manuela. ¿De verdad no le importa? —insistió al hombre.

—Soy escocés, hija, a mí la lluvia me da igual —afirmó acariciándose la barba rojiza y abriendo la puerta del coche.

En ese momento quedó perpleja mientras Bob la tendía la mano para salir. Era un paisaje hermoso, inmenso, que la dejó sin palabras. Sintió el olor a mar, a sal, a hierba mojada y brezo. El azul intenso entre las olas se mecía tranquilo bajo la lluvia, en la playa, la arena se confundía con el agua estancada en grandes charcos marrones entre los que crecían algas verdosas. El cielo gris parecía no acabar nunca, daba la sensación de estar solos y perdidos en mitad de la naturaleza.

Siempre había viajado a ciudades, unas cosmopolitas, como París y Londres, otras tremendamente encantadoras como Praga y Budapest, pero nunca a un lugar donde la naturaleza estuviera tan presente. Parecía que el tiempo en el que estuvieran no fuera importante. Eran los mismos paisajes desde hacía siglos, inamovibles a la historia que se había desarrollado en ellos, la mano del hombre no había calado en ese lugar y ojalá nunca lo hiciera pensó Isabel con arrogancia, como si tuviera en su mano ser la única que pudiera disfrutar del privilegio de ver esas tierras.

Se colgó su cámara del cuello y preparó el enfoque sin pensar, con un movimiento mecánico que parecía no haber olvidado. Isabel no se dio cuenta que, por primera vez en mucho tiempo, deseaba captar un momento, guardarlo para saborearlo sobre el papel una y otra vez en la intimidad. Bob la observaba atentamente y sonrió.

—Señorita Pinero, sabía que no había estado nunca antes en Escocia, cuando uno ve esto por primera vez se impresiona. Tendría que ver el estuario en Inverness, un poco más concurrido pero muy hermoso.

Isabel sonrió de manera cortés para no quebrantar su propio momento de concentración y acercó el objetivo para enfocar el maravilloso acantilado a sus pies. Preparó el encuadre y sintió de nuevo en sus manos la magia de crear un cuadro a partir de la realidad. Consideraba la fotografía arte en estado puro, captar un pedacito de realidad para disfrutarlo imaginando su movimiento, evocar un lugar, su olor, su luz y su sabor. Abajo, en mitad de la cala, dos hombres empujaban una barca pequeña de un azul descolorido,

parecían pescadores, con los pantalones remangados y las camisas colgando sobre los hombros, estaban empapados de agua y sus ropas manchadas de salitre y algas. Quizá si no fuera por el cielo plomizo y la luz blanquecina del cielo escocés parecerían personajes de un lienzo de su pintor favorito, Sorolla, el artista de la luz mediterránea.

Tras unas cuantas fotos abarcando el paisaje volvió a fijar la imagen hacía las figuras que se movían abajo. Los dos hombres luchaban contra la marea para llevar la embarcación a la arena, estaban mojados y les costaba enfrentar las olas. Ajustó un poco más la cámara acercando la imagen, estaban muy lejos para sacar una toma nítida. Intentó acercarse un poco más al borde con el peligro de caer, pero estaba tan concentrada que ni siquiera se dio cuenta hasta que Bob la tocó el brazo con suavidad para frenarla.

En ese momento, el más alto de los dos se giró como si supiera que ella estaba allí y la miró de manera directa a través del objetivo. Isabel retrocedió un poco sorprendida y volvió a enfocar.

Aquel hombre tenía el pelo rubio mojado y le caía sobre los ojos, unos ojos azules oscuro que la miraban curiosos. Sus músculos estaban en tensión por el esfuerzo. Era la viva imagen de un escocés, o más bien la de esos vikingos que salían en las películas, enorme y tremendamente atractivo. Su angulosa mandíbula le confería a su rostro una elegancia marcada por su nariz recta y algo roja por el efecto del frío. En efecto, tenía un aire distinguido incluso con esas ropas sucias y empapado de los pies a la cabeza.

El otro pescador debió de llamarle y se giró rápidamente, Isabel apartó la cámara para comprobar que eran reales. Estaba loca, esos ojos azules eran iguales a los ojos de sus sueños, el mismo color profundo e intenso, pero cómo podía soñar con un pescador de Nairn. Se dio cuenta entonces que era absurdo, intentó volver a encuadrarlo, pero fue imposible, la daba la espalda. No había podido fotografiarle.

Los observó un rato más mientras bajaban una red de pesca y recogían los aparejos, arrastraron la barca hacía la arena con dificultad mientras la lluvia y el viento arreciaba contra ellos.

—Usted acaba de enamorarse para siempre de Escocia —afirmó Bob rompiendo el hechizo con su fuerte acento gaélico.

—Creo que sí, Bob. Por favor, llámeme Isabel —dijo mientras guardaba su cámara y cerraba la bolsa con cierta decepción.

—¿Podemos irnos ya, señorita? —preguntó mirando su reloj.

—Sí, sí, perdone —contestó Isabel al chofer—. ¿Sabe quiénes son? —

dijo señalando hacia la cala.

—Mi vista es muy mala ya, desde aquí no distingo apenas las siluetas, pero son unos imprudentes que han salido a pescar con esta lluvia, o puede que unos escoceses tozudos, de eso también hay mucho por aquí. —Y comenzó a reírse—. Mejor será que nos vayamos, nos esperan en el hotel. Pensarán que las he perdido.

Volvieron al coche donde Manuela esperaba impaciente, fumando un cigarrillo con la ventanilla bajada.

—Y tampoco ve —susurró Manuela en cuanto Isabel se sentó en el coche — Fenomenal. Moriremos en la próxima curva.

Isabel la sonrió e intentó apartar de sus pensamientos a aquel atractivo pescador, sacó otra guía de Escocia que había comprado en el aeropuerto y buscó entre sus páginas el estuario de Moray. Fechas y datos históricos sobre batallas y conquistas comenzaron a bailar ante sus ojos.

Un suspiro escapó de sus labios y fue incapaz de concentrarse en lo que leía, sólo pensaba en el escocés de los ojos azules y la foto que no pudo hacerle.

## *Capítulo V*

Los sonidos de los pájaros despertaron a Isabel antes que sonara la alarma del móvil, aun con la ventana cerrada se les oía graznar entre los árboles. Detestaba despertarse bajo la claridad que atravesaba los cristales en esos hoteles del norte de Europa donde no había persianas para protegerse del amanecer. Se levantó con los ojos entrecerrados y observó el exterior. Abajo se veía el aparcamiento, aun así, las vistas eran espectaculares: unos árboles frente a la ventana franqueaban la entrada a unos prados verdes donde unas vacas pastaban con tranquilidad. Entre los surcos que formaban pequeños caminos de grava se formaban laberintos que se confundían con el brezo y los matorrales. El día anterior, Manuela y ella los habían recorrido sin salir del cercado que rodeaba los terrenos del hotel, se dedicaron a explorar los alrededores de la carretera y hacer unas cuantas llamadas locales para consultar horarios y rutas de lugares potencialmente turísticos. Provistas de una guía programaron cada día una serie de visitas para intentar abarcar la mayor parte de puntos de interés en el menor tiempo posible.

Cuando habían llegado con Bob la tarde anterior quedaron impresionadas desde el momento que vieron el hotel, una construcción afincada sobre una antigua mansión escocesa del siglo XVI. El olor a turba que provenía de unas grandes chimeneas con marcos de roble impregnaba la entrada, toda la escalera al primer piso era originaria de la primera estructura. La madera oscura estaba desgastada pero aún podían verse, labrados con adornos, unos dragones tallados y unas flores de cardos desdibujadas. Había perdido el color original y le habían añadido en la parte central una moqueta azul y dorada, los colores del escudo de la ciudad de Nairn.

Les dieron habitaciones contiguas en la primera planta, en la parte más antigua, grandes y cómodas, lo cual las asombró, debía de ser carísimo pasar la noche en ellas. Desde luego ninguna de las dos podría permitirse tal lujo con sus sueldos.

El comedor donde habían cenado la noche anterior estaba en la zona nueva, acristalada y confortable, donde también daban los desayunos, según les informó la recepcionista.

Miró el reloj sobre la mesilla. Eran las siete, aún tenía que despertar a Manuela. Comenzarían por el castillo más antiguo de la zona, y, después,



obligada visita a Culloden, el campo de batalla más famoso de Escocia. En ese lugar se había librado la última batalla entre escoceses e ingleses y era un lugar reverenciado por los turistas.

—Manuela, ábreme, tenemos que irnos ya —volvió a llamar a la puerta. La oyó levantarse y minutos después abrió con el pijama aún puesto.

—¿Estas bien? Vaya, que cara tienes.

—¡Ay, Isa! Creo que cené demasiado, me encuentro fatal, ahora me visto —gruñó sin fuerzas—. No puedo ni moverme...

—Creo que deberías quedarte, no tienes muy buen aspecto —dijo mientras la ayudó a llegar a la cama—. Ese gran “sirloin steak” que pediste era demasiado para la cena, el filete era más grande que tú y que yo, te lo advertí, creo que te sentó mal.

—He estado vomitando toda la noche, tienes razón, debería quedarme. ¿Te apañarás? Lo siento, Isa. Insistí tanto en que vinieras que ahora me da apuro que vayas sola.

“Me da pavor irme sola, Manuela”.

—No pasa nada mujer, Bob me cae bien y me llevará a todas partes, sacaré las fotos y mañana ya hilas tú todo el material. ¿Qué te parece?

—Que ese vejete escocés se ha enamorado de ti, seguro que ya está abajo esperándote. Ha debido pasar toda la noche recopilando historias para contárnoslas una detrás de otra.

—¡Cómo eres! —le dijo Isabel con un beso en la mejilla como despedida—. Tú cuídate y, si me necesitas, llámame, ¿vale?, llevo el móvil.

En efecto, después de desayunar, Bob estaba fuera esperando delante del Toyota del día anterior con su buen humor y una gran sonrisa.

Tardaron apenas una hora hasta el antiguo castillo de Moray, con ese hombre era imposible aburrirse. Le habló del paisaje, de las supersticiones, de los delfines que nadaban a lo largo de la costa, de su familia, y todo sin que Isabel pronunciara una sola palabra.

Tras tomar una carretera secundaria, Isabel contuvo una exclamación ante el espectáculo que veía. Verde sobre verde, tonalidades marrones y amarillas que no sabía que existían. Los árboles empezaron a cerrarse sobre el coche, hasta que dudó si no chocarían con algún grueso tronco. La luz apenas llegaba al suelo cubierto de una capa espesa de sotobosque mientras la carretera se retorció cada vez más en una curva tras otra y, de pronto, en una décima de segundo todo se abrió con amplitud en prados ocres y esmeralda. Ante ellos, apareció una imponente construcción de piedra salida de la nada.

Estaba boquiabierta, ¿cómo había sucedido?, desde la carretera no se veía, era un juego de magia, la impresionó tanto que estaba segura, nunca olvidaría su primera visión de un castillo escocés.

Bob la dejó en la entrada y, tras acreditarse, un guía, que afortunadamente hablaba español, la invitó a fotografiar cuanto quisiera. Era un hombre pelirrojo, con la nariz muy roja y grande, que la miraba con la boca abierta tras sus gafas de pasta. Comenzó una retahíla que parecía tener muy bien aprendida, no la perdía de vista, con su mirada inquieta ponía de manifiesto su desconfianza por ella mientras señalaba aquí y allá con la mano extendida ante los muros del castillo.

La enorme silueta de piedra era impresionante, una estructura central cuadrada con dos torres en forma de punta, en el extremo alejado de la entrada habían reconstruido una torre más en forma circular. La oscura piedra negra quedaba casi oculta por multitud de enredaderas en flor que subían hasta una altura insospechada, formando una tela de color verde y morado sobre los muros. En el interior, tras atravesar un patio con el suelo empedrado y desgastado por el paso de los turistas a lo largo del tiempo, el guía abrió con esfuerzo un portón. La sorprendió al pasar junto a él, ver junto a la enorme aldaba una flor de cardo púrpura casi seca en forma de estrella y sujeta a la madera mediante dos engarces. Los goznes bien engrasados de la puerta resonaron en un eco por todo el patio al cerrarse tras ellos. Cuando el guía la indicó que siguieran se sintió como Alicia cayendo en el país de las maravillas escocesas.

La costaba un poco seguir el inglés del buen hombre, pero averiguó que el castillo originario databa del siglo XII, guerras y destrucciones lo habían llevado a ser un laberinto con ampliaciones y restructuraciones, una mezcla de piedra antigua y comodidades de nuestro siglo. La parte más moderna quedaba cerrada en un ala que según indicó pertenecía a la familia Colden, los propietarios, que vivían allí en los meses de verano. Naturalmente esa parte estaba cerrada a mi visita y a las fotografías, ya que la familia jamás aparecía en ningún medio de comunicación visual. Pasaron una tras otra por salas amplias de altos techos rematados en madera. La sala de armas donde se detuvo a contemplar las armaduras medievales parecía sacada de un libro de historia. Al parecer, había una espada para cada acontecimiento desde que Escocia existía. Profundos cuadros y retratos oscuros llenaban las paredes de los pasillos y las habitaciones. La familia había sido rica en todas las épocas, reuniendo tesoros importantes de cada siglo a sus espaldas.

La visita acabó cuando a las diez abrieron las puertas al público y, tras una despedida muy cortés, la dejó en la cafetería por petición suya. Tarde se dio cuenta de que el guía ni siquiera le había dicho su nombre por si alguien se preguntaba qué hacía allí merodeando tan temprano.

Moría por un café, no había nadie todavía en la barra. Se sentó junto a la ventana en forma de arco. Los maravillosos jardines se veían desde allí, cerca del cristal crecían cardos color morado, muy bien cuidados, pero cardos. “¡Qué país tan curioso!”, pensó. En España, los cardos eran feos y jamás se le ocurría a nadie plantarlos en los jardines, en todo caso, arrancarlos como malas hierbas. Si los vieran los jardineros del Retiro los quitarían sin miramientos.

En ese momento oyó el ruido de la máquina de café, detrás de la barra un hombre con camisa negra cogía una taza con movimientos lentos. Sus anchas espaldas se movían con torpeza en el pequeño espacio. No se dignó a mirarla. Isabel se levantó dudando si acercarse a pedir, pero es que de verdad necesitaba ese café, el café y una pastilla de las que llevaba en el bolsillo del vaquero.

—Perdone. Por favor... ¡perdone! —dijo más alto al ver que la ignoraba. “Pero qué personaje más grosero, seguro que me ha oído a la primera”, pensó.

Se dio la vuelta e Isabel se quedó muda, el color comenzó a subir a su cara sintiendo que se ponía roja. Las orejas le ardían y seguro que se le habían puesto encarnadas.

Frente a ella estaba el pescador de la cala. Desde tan cerca aún era más atractivo, tenía la piel morena por el sol, lo que hacía que sus ojos fueran de un azul más intenso, la mandíbula recta parecía cincelada dando paso a un cuello marcado por la tensión de los músculos con unas venas azuladas. Sin poder evitarlo sus ojos quedaron fijos en los de él. Medía casi dos metros y era el hombre más atractivo que la había mirado en su vida. Por su expresión de sorpresa Isabel dedujo que él no la había visto bien la cara aquel día en la playa y no sabía que lo estuvo observando, persiguiendo una fotografía suya. O al menos eso esperaba.

—¿Es a mí, señorita? —contestó en español.

—¡Ah! Habla mi idioma —afirmó sorprendida.

—Me ha hablado usted en español, si no la entendiera, difícilmente podría contestarla.

Guapísimo pero desagradable a morir, qué personaje más peculiar.

—Perdone —dijo pasando al inglés formal—. ¿Podría ponerme un café

con leche?

“¿Pero por qué se reía?”. Isabel de nuevo se puso roja de arriba abajo. “Era un idiota arrogante. ¿Habría pronunciado mal las palabras?”, se preguntó.

—Perdone usted, ahora mismo, señorita —dijo intentando ponerse serio—. Si lo quiere con leche, aquí en Escocia, es este tazón —empezó a rebuscar mientras los platos y las tazas sonaban chocando entre sí, tiró algunas cucharillas al suelo sin inmutarse.

“Que camarero más negado, debe de ser nuevo”. Isabel estaba empezando a pensar que hubiera sido mejor idea decirle a Bob que la llevara al pueblo a una cafetería de verdad, este café iba a resultar eterno.

—...y si quiere lo que en su país es un café con leche, aquí es un cortado —explicó con un deje de afectación en su voz.

—Muy amable, un cortado entonces —dijo muy áspera ante el escrutinio descarado de aquel hombre.

Era preciosa, no podía apartar los ojos de ella, llevaba el pelo negro suelto sobre los hombros de manera descuidada, se notaba que se le había ondulado alrededor de la cara con la humedad. Tenía los ojos de un color verde intenso, rasgados y exóticos, pero su mirada era triste y vacía. Cada vez que le hablaba evitaba mirarle directamente y agachaba la cabeza hacia un lado en un gesto adorable.

Le sorprendió la atracción que sentía por ella, estaba acostumbrado a otro tipo de mujer, vestidas con más elegancia y maquilladas, cuidando hasta el último detalle, con una sensualidad más latente en las curvas de su cuerpo y en su rostro.

—Se lo llevo a la mesa, señorita...

—Isabel Piñero —dijo tímidamente remarcando la “ñ”.

Afirmando con la cabeza fue a sentarse y para parecer relajada sacó su cámara. Comenzó a repasar el material que tenía hasta ahora ocultando el visor digital a los ojos que se acercaban.

—Aquí tiene —dijo al soltar con más fuerza de la precisa la taza y el platillo sobre la mesa—. ¿Es fotógrafa? —preguntó.

—Sí, algo parecido —dijo sin mirarlo por temor a volver a ponerse roja—. ¿Por qué hay tantos matojos de cardos en el jardín?, también los he visto colgados en las puertas de acceso al castillo —preguntó con curiosidad a pesar de su timidez.

—Ya, nadie la ha dicho nunca que, en ocasiones, lo más común puede llegar a ser excepcional —replicó él mirándola fijamente, absorbiendo cada

línea de su rostro.

—Sí. Y en otras, lo más simple puede esconder algo único —susurró Isabel— No es mío —explicó avergonzada— es una cita que leí en un libro.

Le vio sonreír y creyó morir al ver los pequeños hoyuelos que se formaron alrededor de su boca y el brillo que adquirirían sus ojos azules.

—El cardo es nuestra flor nacional, el emblema de Escocia —contestó él mientras se sentaba. El olor que emanaba de ella le llegó en ese momento, ni una gota de perfume solo una mezcla de jabón con olor a rosas y una frescura que le hizo inspirar con agrado.

Isabel se quedó muda ante ese tipo descarado, era el camarero y no lo había invitado a su mesa, o no sabía modales o era un prepotente al que nadie había puesto en su lugar.

—Aunque le parezca extraño estamos orgullosos de plantarlos en nuestros jardines y colocarlos en nuestras casas —dijo él molesto. Isabel observó cómo la miraba de arriba abajo mientras sonreía de una forma sensual. Era el hombre más atractivo que había visto nunca, y él era consciente por cómo se comportaba. No estaba acostumbrada a hombres tan grandes y que irradiaran tanta seguridad en sí mismos. Sin duda era un presuntuoso y arrogante, pero muy, muy sensual—. La familia del castillo tuvo un antepasado del norte de España. ¿Conoce la leyenda de la Flor del Sol?, es española, debería —afirmó él condescendiente—. Compartimos muchas supersticiones y tradiciones entre nuestros países —pareció dudar en proseguir con sus explicaciones—. Es una flor que crece en el campo, los campesinos la ponían en las puertas para proteger a quien moraba dentro de los malos espíritus que los acosaban por la noche. La madre tierra se la ofreció como regalo para protegerse del mal y la soledad cuando aún creían en los antiguos dioses. Siempre se coloca en el equinoccio de verano para renovar su poder y protección. La flor atrae el sol con su belleza para iluminar la oscuridad y librarlos de las Sidhe o Sith —bajó la voz en un susurro sensual—, a ellas les encantan las rosas y son brujas de pelo negro y ojos verdes que se convierten en gatos negros por la noche —aclaró el escocés arqueando una ceja de manera significativa.

Isabel dio un respingo, se refería al color de su pelo y a sus ojos, incluso parecía haber olido su jabón de rosas.

—En Escocia, tenemos nuestro propio talismán, la flor púrpura del cardo escocés, solo florece al principio y al final del verano, por eso en mi familia comenzamos a llamarla la flor del sol —continuó como si no hubiera visto la

indignación de la muchacha en sus ojos verdes.

Isabel asintió confusa y embrujada por su voz ronca y cargada de significado, ladeó la cabeza con timidez sin saber qué decir, se había atrevido a llamarla bruja... No quería mirarlo a los ojos, se había molestado por su insulto. “Menudo idiota”, resonó en su mente.

—¿Tiene miedo de las brujas? —preguntó ofendida en un arrebató de valentía. Le daría a probar su propia medicina.

Al levantar la cabeza, ese hombre ya no estaba allí, ni siquiera lo escuchó marcharse, sorprendida miró a su alrededor buscando el rastro de ese escocés maleducado. En la barra había dos chicas vestidas con un uniforme de falda y chaqueta azul, acababan de entrar y colgaban sus abrigos en un pequeño perchero en la entrada. Esperó un rato más, encendida por el insulto no devuelto, pero no volvió a verlo. Mientras, la gente comenzaba a llenar la cafetería, una camarera se acercó enseguida trayendo la cuenta, mirándola de manera sospechosa.

—Aquí tiene, señorita —dijo con marcado acento escocés.

—Perdone, su compañero... ¿hace mucho que trabaja aquí? —intentó indagar sin que se notara demasiado su interés.

—Solo somos nosotras en el turno de mañana —y la miró extrañada.

—Me refiero a un hombre, de unos treinta y pocos, rubio, con camisa negra, tienen que haberse cruzado con él al entrar.

—¡Vaya por eso tenía ese café! Ni yo ni mi compañera recordábamos habérselo servido —contestó turbada, ahora creerían que Isabel estaba mal de la cabeza. La chica la miró un momento con los ojos entrecerrados y pareció caer en algo.

—El caballero que estaba aquí —apenas podía contener la risa— no es un camarero. —Ya no se cortaba, se estaba tronchando a su costa—. ¿Le ha pedido un café?

—¡Pues sí! —dijo Isabel enfadada sin entender nada.

—Es Alec Colden. ¡Es nuestro jefe, el dueño de este castillo!

Isabel dejó las monedas encima de la mesa, arrastró la silla hacia atrás y prácticamente salió corriendo abochornada. “Era tonta, él debía de pensar que era tonta. Y lo era, ¡madre mía!”. “Por eso la había mirado así, pensaría que era una turista pueblerina”.

Decidió no ir a Culloden, ya iría mañana, había tenido suficiente turismo por un día. Bob vio en su cara que algo la había disgustado, obedeció sus indicaciones y la llevo de vuelta al hotel sin pronunciar palabra.

Estuvo toda la tarde cuidando de Manuela, estaba un poco mejor, pero no le contó nada de lo sucedido esa mañana por temor a que se riera de ella. Ambas comieron algo ligero en la habitación, Manuela aún no estaba para bajar al comedor del hotel, si seguía así la llevaría al médico por la mañana.

Casi al anochecer decidió ponerse sus botas y pasear sola un rato, por los alrededores. Caminó entre el barro, atravesó un sendero hasta llegar a un pequeño bosque, anduvo en paz entre los árboles admirando las pequeñas flores amarillas que crecían por todas partes. Sin darse cuenta llegó hasta el borde del acantilado, la fuerte brisa de la tarde la alertó de lo cerca que estaba del mar. Se quedó allí parada, observando la maravillosa vista que le ofrecía la naturaleza. Las olas rompían a sus pies y parecieron tentarla a que fuera hacia ellas. Un suspiro se congeló en sus labios al recordar que se sentía cuando la vida se escapaba de su cuerpo y retrocedió un paso, era una cobarde débil que se odiaba a sí misma. No podía seguir ignorando lo que intentó hacer, quitarse la vida. Era el momento de enfrentarse a los hechos y seguir adelante. Por primera vez se preguntó si aquella noche hubiera actuado de otra forma, si se hubiera revelado antes contra Jorge, si él no la hubiera empujado... y se dio cuenta que eso ya no la conducía a ningún sitio, era el momento de cerrar las heridas.

Al fin y al cabo, en qué se decidía todo, en vivir o no vivir, ¿en deambular de un lado a otro sin ningún propósito o cambiar de una vez por todas?, de alegrarse por los pequeños detalles de cada día. Tal vez para ser feliz no necesitara grandes cosas, sino tan sólo una sonrisa aquí y allá, un momento compartido con Laura o Manuela, admirar un magnífico paisaje como aquel... o tal vez mirar de nuevo a los ojos de un hombre y sentir cómo el corazón te da un vuelco...

Se quitó el gorro que llevaba calado hasta los ojos y se dejó acariciar el rostro por el viento. Esa tarde su pequeña cosa feliz sería haber llegado hasta ese lugar y desear vivir con un poco más de fuerza que ayer. Volvió sobre sus pasos en la oscuridad y decidió dejar otro pedazo roto atrás, que se lo llevara el mar si quería, ella ya no lo necesitaba en el corazón.

Regresó a la habitación ya tarde, se oían voces apagadas por los pasillos, pero todo estaba muy silencioso para ser un hotel tan grande, eran pocos los turistas alojados, en su mayoría ingleses o escoceses de paso por unos días.

Entró y dejó el pañuelo y el gorro sobre la cómoda de la entrada, para ser verano no hacía mucho calor, se alegraba de haber traído unas cuantas chaquetas y sudaderas deportivas. Se quitó las botas sucias por el barro y al

mirar sobre la cama se quedó inmóvil.

Encima de la colcha, sobre la almohada, había una rosa roja cortada desde el tallo, y junto a ella, un cardo de color púrpura.

Las palabras de Alec Colden resonaron con inusitada esperanza en su cabeza como si fueran dirigidas a ella. “En ocasiones lo más común puede llegar a ser excepcional”.



## Capítulo VI

No hizo falta llamar a un médico, a primera hora de la mañana, al pasar a la habitación de Manuela, la encontró con un doctor que la reconocía en esos momentos.

Era un hombre con aspecto muy profesional, vestido con un traje azulado y corbata gris. Al momento le gustaron sus ojos, tenía una expresión afable a pesar de su gesto serio. Tenía el pelo cano, pero no pasaría de los cuarenta; en su rostro con algunas arrugas se leía una vida intensa e interesante.

—¿Es usted su amiga? ¿Isabel? —le preguntó—. Soy el doctor Williams —dijo con firmeza, la tendió la mano que ella aceptó de inmediato.

Mientras, Manuela la guiñó un ojo. Se encontraba mejor, sin duda. Conocía esa expresión en ella: “Es mío, no lo toques”. Su rostro estaba teñido de un color sonrojado que nunca le había visto. Sería posible que estuviera acalorada por culpa del doctor...

—Sí, ¿qué la ocurre, doctor? Me ha tenido muy preocupada. Ayer parecía muy enferma, no podía parar de, bueno, ya sabe, de... ir al baño.

Y detrás Manuela se cogía el dedo anular, señalaba al doctor y negaba con la cabeza, todo a la vez.

“Ya, ya. ¡Que no está casado!”, tradujo mentalmente Isabel. Menuda pieza era Manuela

—Probablemente un virus estomacal —le dijo el médico a Isabel—. Unos días en cama y estará perfectamente, la he recetado a la señorita Freire unos sobres que ya ha ido a buscar alguien del personal del hotel. Cogió su maletín de cuero negro, lo cerró y se acomodó la chaqueta.

—He dejado mi número sobre la mesa; si hay cualquier cambio, llámenme. Vendré a verla esta tarde para ver cómo sigue. Gracias, señoritas —se despidió muy cortés.

—Muy amable, doctor, y gracias por venir —Isabel cerró la puerta. ¿Cuánto subiría la factura del hotel por la visita de un médico?

Cuando salió, Manuela la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Eees taaan guapo, Isa! Me he enamorado, y no está casado. ¿De dónde lo has sacado? Aaanda que tú también, ¡deja de dar explicaciones sobre mis evacuaciones!

—Yo no he sido, Manuela, le habrán llamado del hotel, o tal vez Bob,

ayer le conté que no estabas muy bien, y ya sabes cómo habla sin parar, ya sabrá todo el pueblo lo de tus “evacuaciones” —dijo Isabel con la risa asomando en sus labios.

—Y yo con esta facha, anda vete a trabajar que tengo que ducharme, arreglarme el pelo... —gritó mientras cogía su espejo de mano—. No se te ocurra volver pronto, come por ahí, diviértete, conoce a un guapo muchachote...

—¡Eres tremenda! Hoy voy a Inverness, intentaré ir esta tarde a Culloden. —La verdad es que quería ir a un sitio grande en el que pasar inadvertida—. En cuanto vuelva me pasaré a verte.

—No te preocupes Isa, que tendré compañía. Y le guiñó un ojo.

—¡Pobrecito! No sabe dónde se mete —dijo Isabel al salir, se despidió de Manuela con un tímido movimiento de su mano y una sonrisa de tranquilidad.

Manuela miró la puerta mientras se cerraba. Isabel estaba rara desde que llegaron a Escocia, tenía una sonrisa radiante, y ya era extraño verla reír. Sería el clima, toda esta humedad, el cielo gris y la lluvia, sí, iba mucho con ella. La había visto marcharse la tarde anterior, camino del bosque y se preocupó bastante hasta que escuchó en el silencio del hotel que regresaba a su habitación. Si algo le ocurría no se lo perdonaría nunca. Pensó en las mil cosas que le estarían pasando por la cabeza por ahí sola y se resignó en silencio, Isa estaba en un punto en el que nadie podía ayudarla más que ella misma.

Cuando Isabel salió del hotel, un sol radiante la esperaba, no era el sol de Madrid, no quemaba, a primera y última hora del día hacía frío, junto a la humedad ambiental al anochecer y al amanecer hacía falta ir abrigado para protegerse de la brisa. Desde luego los veranos en Escocia eran bastante suaves, al menos éste.

Bob no estaba allí, aún no había llegado. Se sentó sobre una piedra de las que limitaban el parking del hotel. Era agradable estar ahí, sin prisas, sin móviles sonando, se acordó que no había llamado a su hermana, la llamaría por la tarde, era curioso porque en Madrid hablaban continuamente por teléfono y allí sin embargo no tenía la necesidad de preguntarla o contarla algo a cada momento. La culpa la había tenido el regalo que encontró en la cama, la tenía distraída desde el día anterior, había tardado horas en dormirse. “¿Qué significaba?”, un “Me he quedado con tu cara”, “¿Me está llamando cardo?”. Lo que estaba claro era lo que no era, había tenido alucinaciones y pensado

que era el hombre de sus sueños, de una manera textual y nada romántica, porque esos ojos podía jurar que eran los mismos que los de sus sueños. Sí, estaba claro que no podía ser su tipo, las preferiría más rubias, más altas, desde luego no morenitas, más bien delgaduchas y con un acento madrileño cerrado. Repitió mentalmente la escena en el castillo con un final en el que ella le dejaba allí boquiabierto después de llamarle unas cuantas cosas, era inútil, ella nunca le hubiera contestado con suficiente descaro, simplemente no era así.

Miró más allá de la extensión de hierba, unas vacas lo invadían todo, las famosas Angus que aparecían en todas las fotos del hotel, marrones y de pelo largo semejantes a cantantes melencidos de rock. Una moto entró en el aparcamiento y todas levantaron la cabeza, descontentas, se inició un coro de mugidos muy gracioso que repitieron una y otra vez cada vez más enfadadas.

El conductor iba equipado con una cazadora de negra llena de protecciones y unos pantalones del mismo material. Apagó el motor y se bajó, llevaba una bolsa con otro casco también negro que comenzó a sacar en cuánto la vio. Isabel se levantó al ver que se dirigía directamente a ella y miró a su alrededor, incluso dudo sino la confundía con otra persona.

Cuando llegó a su lado, se quitó el casco y puedo ver sus ojos azules; otra vez no, bajó la mirada enfadada consigo misma por su cara de sorpresa.

—Aísa, lo siento, me he retrasado —explicó mirando el reloj mientras una sonrisa asomaba a sus labios.

Vaya ni siquiera se acordaba de su nombre, “¿Qué hacía aquí?”, pensó Isabel. “Cómo si ella le esperará! ¡Sí! Tenía cosas mejores que hacer.”

—Isabel, me llamo Isabel —dijo muy seca mientras recomponía su cara mostrando indiferencia.

¡Qué alto era! La sacaba una cabeza, y ella no era precisamente bajita. Lo observó mientras él trataba de averiguar qué alteraba tanto a las vacas. Isabel no perdió la oportunidad de admirar su perfil. Al girarse la sorprendió embobada y la sonrió.

—Estoy esperando a un amigo, así que por favor...

—Perdona, Bob no va a venir —dijo Alec mientras sostenía el casco impaciente—. Es un viejo amigo y me pidió si hoy podía ser tu guía, tiene que cuidar hoy de su nieto y me ofrecí a hacerle este favor. Hoy libro sirviendo cafés a los turistas —aclaró bromeando.

Vaya amigos tan importantes tenía el bueno de Bob, estaba segura de que el chofer podía haberla avisado el día anterior, la verdad es que apenas

hablaron de vuelta al hotel, pero la dejó la sensación que era una carga para él al saber que otro había ocupado su lugar el primer día. Ella, que estaba empezando a tomarle cariño, se concentró en el escocés que tenía delante con una sonrisa arrogante.

—¿Qué quiere, cachondearse un rato más de mí? Qué vergüenza me hizo pasar. Debió decirme quién era. Creo que las camareras aún se estarán riendo. —Isabel bajó la cabeza con timidez—. Bueno, le pido disculpas por confundirle.

Pero qué la pasaba, no podía hilar una conversación normal con él. Estaba tan nerviosa que cruzó los brazos en actitud defensiva. Si ese gigante escocés seguía con esa sonrisa en la cara, se marchaba.

—¿Recibiste mi regalo? Era una ofrenda de paz y una disculpa. Fui un poco brusco contigo ayer, acababa de levantarme y bueno descubrí que no tenía café y..., no me sentó muy bien lo que dijiste —confesó finalmente.

No se había equivocado, había sido él, hacía años que nadie la regalaba una rosa. Algo en el corazón la dio un vuelco. “¡No seas tontina, Isabel!”. En lo referente al cardo, su subconsciente prefirió no pensar.

—Sí lo fuiste —afirmó Isabel con vehemencia— un poco, pero yo tampoco pregunté. ¿Cómo debo llamarte? ¿Lord? ¿O algo así? —dijo mientras le tendía la mano—. Tengo quizá que hacer una reverencia...

—Con Alec me basta, Aisa —afirmó al tiempo que tomaba su mano y la besaba en la mejilla.

—Isabel —repitió, comenzaba a creer que tanto atractivo encerraba una mente corta.

—Aisa es Isabel en gaélico —dijo él. La tendió el casco, tras llevarla del brazo hasta su moto.

Retrocedió asustada.

—¿Piensas que voy a ir contigo en moto?, estás loco, no te conozco de nada, ¿y si eres un psicópata? —“¡Qué irónica!”, pensó en ese momento, la que estaba en terapia era ella. Comenzó a decirle que no con la cabeza, dejó el casco con brusquedad sobre el asiento.

—Sí me conoces, te he puesto el desayuno —afirmó Alec. La insinuación no le pasó inadvertida a Isabel.

Era un bribón, pensó. ¿Es que quería ligar con ella? Se dio un repaso mental. ¡Vamos, Isabel, que no eres su tipo! Tendrá una novia tipo modelo de revista, además tiene que estar forrado. Sí, va a estar aquí para perder el tiempo contigo, solo le hace un favor a un amigo.

—Entonces Bob no viene —se aclaró a sí misma.

—No —y Alec volvió a ofrecerle el casco con paciencia. Le extraño un poco la actitud de esa mujer, nadie le había negado nunca un simple paseo en moto, al contrario. Intuía que ella se ponía cabezona a propósito cada vez que algo no la cuadraba. Observó a Isabel ladear la cabeza pensativa.

—No monto en una de estas cosas desde que tenía quince años— gimió ella—. No me parece buena idea ir contigo.

—No te preocupes, el trayecto es corto. Quería enseñarte Culloden y Fort George, si te parece bien. Creo que ayer se lo comentaste a Bob —añadió Alec con cierto tono de sorna—. Soy un experto en cultura local, mi familia tiene una tradición muy arraigada en ambos sitios, soy un gran guía.

Alec ni siquiera esperó su respuesta, se puso el casco, se sentó y arrancó la moto. Le hizo una inclinación con la cabeza cubierta, la invitó de nuevo a montar.

Isabel dudó, ¿dónde se estaba metiendo? Un rubio de ojos azules en su moto negra y ella babeaba con él a primera de cambio.

Escuchó una voz desconocida dentro de su cabeza, la misma que en su adolescencia sacaba al diablillo que llevaba dentro: “móntate, chica, no seas tonta, pasar el día en hotel dando vueltas o montar en moto con este tío. ¿Qué puede pasar, que te deje tirada al ver lo aburridilla que eres? ¡Oh, cállate!”, se dijo a sí misma y montó tras él con fingida soltura.

Alec, al ver que no se agarraba, echó la mano hacia atrás, la empujó contra su espalda y le colocó los brazos alrededor de la cintura. Como si su chaqueta quemara, Isabel apartó los brazos y apoyó las manos en sus hombros.

Bajo el casco, él sonrió y dio un acelerón brusco. Ella volvió a agarrarse fuerte a su cintura. Le empezaba a gustar el carácter de esta mujer que luchaba entre la timidez y el mal genio.

Aisa, saboreó su nombre en los labios. No era exactamente gaélico sino la forma del sonido en su traducción al español, para él tenía un significado tan fuerte que no podría llamarla de otra manera. Habían existido en su vida muchas Elizabeth, Isabel, Beth, ... pero en el mundo solo habría una Aisa. La mujer que lo volvía loco al aferrarse a él con la fuerza de sus piernas. A medida que aumentaba la velocidad y sorteaba a los otros vehículos imaginó cómo sería sentir esa presión en otra posición, más inclinados y con las manos libres, con esos ojos verdes de gata mirándolo con deseo.

No sabía de qué manera, pero haría que confiara en él y se rindiera.

Por fin llegaron al campo de Culloden, Alec aparcó la moto en un lugar

lejos de los coches. Isabel se separó de él al momento y bajó trastabillando.

—¡Madre mía! —le gritó ella—. ¡Es que no tenéis carreteras con arcenes en este país! Da una impresión veros conducir al revés por una carretera tan estrecha, y los árboles, nadie piensa que estaría bien separar un poco los árboles de la carretera son un peligro —afirmó Isabel sin mirarle.

—Aisa, ¿tú no conduces? Si quieres puedes llevarla tú a la vuelta. Me has dicho que antes montabas en moto.

Le encantaba cómo el pronunciaba su nombre, su acento era suave y ronco, se podría decir que encerraba una sensualidad que de ser una de esas chicas impresionables estaría ya a sus pies.

—¡No! —respondió Isabel bruscamente mientras avanzaban hacia el centro de visitantes de Culloden—. Me retiraron el carnet de conducir, tuve un pequeño accidente con el coche.

Intentó que lo mirara, pero ella zanjó el tema al dirigirse a la entrada. No le contaría más y lo dejó pasar. Tuvo que andar a grandes zancadas para alcanzarla. Observó cómo Isabel se llevaba la mano a una pequeña cicatriz sobre su ojo derecho y la recorría con sus dedos brevemente mientras reducía el paso. Al darse cuenta de ese gesto delator ella bajó la mano pensativa.

—¡Buenos días, Alec! —le saludó una mujer de unos cincuenta años vestida con de uniforme. Agnes, decía su identificador—. ¿Necesitas un guía? —le dijo al escocés con un guiño. Una risa tonta se escapó de sus labios mientras daba un admirativo repaso a Alec.

¡Por favor! ¿Es que todo el mundo en cien kilómetros a la redonda caía bajo el encanto de ese hombre menos ella? Seguro que también todas las mujeres en cien kilómetros a la redonda le miraban así. Agnes le observó de nuevo como si fuera un caramelo sin envoltorio. “Pero si podría ser su madre”, refunfuñó Isabel en voz baja.

—¡No, Agnes! —dijo Alec sonriendo—. Es una amiga, es fotógrafa. Sólo daremos un paseo, pero otro día tienes que invitarme a un té.

—¡Ah, trabajo, disculpadme! ¡Entrad, no hay problema! Luego, pásate por aquí a despedirte, no te olvides, muchacho.

—Gracias, Agnes. ¡Eres un encanto! —Y le dio un beso en la mejilla con cariño.

Isabel pensó lo fácil y natural que era para él llevar a los demás a su terreno. Ya lo notó en las camareras de la cafetería que le tenían por un dios o algo así y porque engañarse, en ella misma también. Alec tenía un magnetismo increíble, la desarmaba y eso no le gustaba nada, no entraba en sus planes ser

el juguete de verano de un escocés, ni de nadie.

—Ven por aquí —dijo Alec con un leve toque en su codo para guiarla a través de la gente que esperaba en la entrada—. El campo de Culloden es grande, pero quiero que veas dónde luchó mi clan, mi familia.

Lo dijo muy bajo y con mucho respeto e Isabel notó su transformación en un hombre serio y respetuoso con las tradiciones de su tierra. Tras soltarse de él con rapidez intuyó el peligro al verlo por primera vez, con un carácter nada parecido al arrogante que se había reído de ella.

Caminaron por los senderos formados de forma natural por los visitantes a lo largo de los siglos, haciendo sonar la gravilla bajo sus pies. Aquí y allá aparecían piedras oscuras que marcaban la tumba de cada clan. Isabel dejó volar sus recuerdos a otro cementerio, muy lejos de allí, donde una tumba vacía la atormentaba.

Algunas personas dejaban flores, otras sacaban fotos; otras, emocionadas por lo que allí se vivió, dejaban escapar alguna lágrima. La sorprendió que no todos fueran turistas, incluso algunos vestían con tremenda dignidad el traje característico de Escocia compuesto de falda, sporran y chaqueta.

—Algunas personas que ves son hijos de inmigrantes repartidos por todo el mundo, —dijo Alec en voz baja— muchos acuden en busca de unas raíces, de una identidad propia.

Isabel ni siquiera se dio cuenta que ya no veía con sus propios ojos, notó cuánto necesitaba sacar su cámara. Pasó a enamorarse de lo que la rodeaba a través de su objetivo, así había visto toda su vida las cosas más hermosas. Sin embargo, nada le hacía sentir tanto como aquella tierra verde y púrpura que la enamoraba con sus tradiciones y cultura tan peculiares. El clic de la cámara comenzó a sonar con una interminable repetición que la abstraigo de la gente a su alrededor.

Alec la guiaba en silencio, a veces del brazo, otras atraía su cintura para que no pisara algo inadecuado hasta que la hizo parar.

—Aquí está, los Colden. Mis tatarabuelos murieron aquí, junto a su clan. En su mismo hogar, en estas tierras lucharon contra los ingleses —dijo muy serio.

Le vio agacharse sobre una rodilla e inclinar la cabeza frente a la piedra en el que figuraba el nombre del clan. Isabel admiró el perfil de Alec, su nariz recta y los labios moviéndose con una lentitud arrebatadora mientras su voz se perdía en palabras desconocidas para ella. Su pelo alborotado por el viento la obligó a despertar del ritmo lento que se había impuesto en el mismo orden de

las cosas. Como si de una toma a cámara lenta se tratara, Alec comenzó en voz muy baja a hablar en gaélico, un idioma mágico que no se parecía en nada a cuanto había escuchado antes, la suave cadencia de las “ges” y las “emes” en un agradable murmullo. Cuando terminó, puso su mano sobre la roca, sin levantar la cabeza, en sumiso reconocimiento al significado de la muerte. Al escuchar el siguiente clic de la foto, se giró sobresaltado y la miró.

Isabel sintió traspasar con su cámara algo oculto en él, ¿le habría robado una parte de su alma como decían algunas tribus africanas? Por un momento sospechó ser testigo de algo importante para Alec. Su perfil serio, comprendió tarde que él había rezado a sus antepasados.

—Perdona, Alec, me deje llevar, las borraré ahora mismo —dijo mostrando el visor digital de la cámara, al recordar la advertencia del guía del castillo sobre su anonimato.

—No te preocupes, Aisa, pero guárdalas para ti, no las publiques nunca —aseguró Alec mientras el brillo travieso volvía a sus ojos. La tomó de la mano con seguridad para que lo siguiera.

Intentó soltarse, pero con una sonrisa él la agarró más fuerte que antes. Entonces volvió Alec, el pícaro arrogante, y comenzó a narrarle la batalla, cómo su clan había luchado junto a los Mac Donald y los Mac Kenzie; cómo los escoceses, apenas un puñado de granjeros sin armas de fuego, plantaron cara al orgulloso ejército inglés en una muestra de valentía que la historia no olvidaba.

—Culloden significó el fin del sistema de clanes, nos prohibieron mantener nuestras costumbres, el uso del kilt y de nuestra lengua, el gaélico... pero para mi clan todo fue diferente. Pudimos conservar el castillo y los títulos, no fuimos perseguidos como el resto y en secreto seguimos siendo un clan.

—¿Y por qué, Alec? —preguntó Isabel embelesada por la historia sin darse cuenta de que era la primera vez que pronunciaba su nombre.

—Gracias a una mujer —apartó su mirada de ella con timidez—, una antepasada mía. Se sabe poco de ella o más bien casi nada acerca de sus orígenes, no se guardaron registros ni documentos, sólo sabemos que se casó con mi antepasado, Connor, el duque de Moray. Ella debió ejercer algún tipo de influencia sobre los ingleses que se mostraron bastante permisivos con mi gente —Alec respiró profundo y entornó los ojos a causa de la luz— Sólo nos queda un retrato suyo que guardamos en la parte privada del castillo, es algo muy personal para nosotros Aisa —La magia se fue de su rostro y rozó la



mejilla de Isabel con la punta de los dedos, como si se tratara de un tesoro prohibido y su solo contacto quemara, apartó la mano por la intimidad del contacto con su piel.

En ese momento, para poner distancia entre ambos, Isabel se echó hacia atrás, levantó la cámara y le hizo una foto. Captó el momento en que su expresión cambiaba y le sonreía. Los ojos de Alec brillaron, alegres y confundidos mientras el pelo le caía sobre la frente despejada.

Era el tipo de plano más personal que había hecho en su vida, no había nada más en ese momento, él y ella a través del objetivo, como la primera vez al verlo en la playa. Una foto magnífica, los ojos del hombre que la acompañaban cada noche en sus sueños. “Alec, ojalá te hubiera conocido hace tres años”, pensó confundida.

Él se dio cuenta que algo la ocurría y, sin darle tiempo a reaccionar, bajó con suavidad la cámara con una mano y la atrajo hacia sí, rodeó su cintura con un abrazo fuerte y posesivo.

La besó como nunca nadie la había besado, el olor de Alec inundó sus sentidos, un olor a espacios abiertos y piel de hombre. Isabel lo recibió anhelante mientras la lengua de él la acariciaba. Sintió despertar su cuerpo dormido durante mucho tiempo, un palpito creció en todo su ser y el cosquilleo fue bajando desde el pecho hasta el mismo centro de su excitación. No podía ni quería apartarse, se quemaba, la pasión la hizo olvidarse de dónde estaban y quién podía verlos. Un escalofrío caliente si eso era posible que ocurriera, recorrió el corazón de Isabel, hacía tanto tiempo que no la besaban de verdad. Isabel quería más, mucho más, pero fue Alec el que se apartó bruscamente de ella.

Isabel retrocedió asustada ante su propia reacción, ¿pero qué la pasaba? Nunca creyó sentir tanto en un beso, no desde luego con Jorge, pero él era un niño grande, no un hombre de verdad como el escocés, capaz de hacerla derretirse con un simple roce de sus labios. Se alejó de Alec ante ese recuerdo, la cordura se abrió paso en su mente y se quedó fría en un instante.

—Por favor, no vuelvas a besarme Alec, me siento muy cómoda contigo, no lo estropeemos —susurró sin poder creer lo mucho que había disfrutado.

—Perdona Aisa —sonrió a medias— Creo que me he dejado llevar por el momento—. Alec se alisó el pelo entre los dedos apartándolo de la cara hacia atrás y recobró el brillo pícaro de sus ojos.

—Aisa, te dejo un momento con Agnes, debo hacer una cosa, será solo un minuto.

La llevó junto a la guía que enseguida dejó al grupo de turistas japoneses con una disculpa, todos aprovecharon el momento y cogieron como locos las cámaras, los flashes comenzaron a saltar con una luz cegadora.

Isabel le siguió con la mirada hasta verlo entrar en la tienda de recuerdos, dentro de un edificio gris y moderno que albergaba un pequeño museo. Alec salió al momento con un ramo de flores, volvió con paso decidido por el sendero que momentos antes recorrían juntos. Lo observó caminar, admirando sus anchas espaldas y su cabello rubio, un poco más largo de lo habitual. Sin quererlo, su vista se deslizó despacio sobre todo su cuerpo, sin ser consciente de ello se mordió el labio superior hasta provocarse ella misma un profundo suspiro.

—Oí que Alec te llamaba Aisa, soy Agnes —dijo la guía mientras la tendía su mano con simpatía. Avanzó para apartarla aún más del grupo de turistas—. He de confesar que os observaba. Hacéis una bonita pareja —afirmó la guía.

—¡Oh, no, no! Es sólo trabajo, yo...

—Ya. Está acostumbrado a coger lo que quiere..., aquí todos lo adoramos. ¡No me mal interpretes!, pero Alec no es lo que parece o quiere parecer. Es un poco de todos nosotros, se crio muy sólo aquí o en internados donde cada día tenía que demostrar quién era. Con cuatro años perdió a su madre y quedó muy sólo en ese castillo, su padre se fue a Londres y lo dejó al cargo de niñeras, volvió a casarse al poco tiempo, pero aquello tampoco acabó muy bien... —dijo Agnes mientras la conducía hacia el aparcamiento, donde nadie pudiera escucharlas.

—Pobre niño rico, ¿no? —aseveró Isabel con cierta amargura, ella también perdió a sus padres muy joven, pero sin el apoyo económico que él tenía.

—¡Oh, querida! Tú le gustas, no había traído aquí a nadie antes. Esto es muy personal para él. No te dejes llevar por las apariencias, Alec Colden es un buen hombre, hecho y derecho —asintió al verlo regresar— Piensa que tal vez, solo tal vez, eres tú quien puede hacerle daño a él.

—Gracias, Agnes —contestó desconcertada sin entender muy bien a lo que la buena mujer podía referirse. Isabel no podía juzgarla por hablar bien de él, se notaba que le tenía mucho aprecio a Alec.

Alec avanzó hacia ellas con gesto ausente y, con una breve despedida a la mujer, salieron del recinto. Iba a llover de nuevo, el aire olía a humedad y el cielo era gris. Cuando arrancó la moto comenzó a caer una suave llovizna.

Alec no se giró una sola vez y no podía ver su expresión con el casco. Maldita sea, por qué tenía que desconfiar de todo el mundo. Ese beso era como volver a estar viva, y lo más horrible, es que quería más de él.

Se agarraba lo justo para no caer, seguramente él lo notaba. No habría nada más íntimo que recostarse sobre la espalda de Alec y cerrar los ojos mientras sentía que todos sus músculos en tensión sujetaban con fuerza la moto. El viento zumbaba en sus oídos a través del casco y sintió como poco a poco su cuerpo se relajaba, cada vez más cerca de él.

Al ver que pasaban el desvío de Fort George supo que la llevaba al hotel. Isabel se bajó deprisa.

—Aisa, ¿estás casada? —preguntó Alec nada más quitarse el casco, como si esa pregunta lo hubiera estado acosando desde hacía rato.

Isabel se sobresaltó, y sin mirarlo lo increpó:

—¿Crees que por eso no caigo rendida a tus pies? Supongo que estás acostumbrado a que las chicas te persigan y...

—¿Estás casada? —volvió a preguntar—. Es obvio que tú me atraes, y yo a ti, pero huyes despavorida en cuanto me acerco, sin embargo, no llevas ningún anillo. Tiene que haber alguna razón para que huyas de mí y la estoy buscando.

—Eres un presuntuoso, ni siquiera me gustas —afirmó con un mohín.

En un solo movimiento la cogió de la cintura y la acercó hacia él hasta que sus labios casi se tocaron, sintió el aliento del escocés sobre su boca, se sentía tan pequeña a su lado que no intentó escapar.

—No me beses otra vez, Alec Colden, o te daré un puñetazo —susurró junto a su oído.

—En realidad quieres que lo haga, pequeña mentirosa —afirmó a la vez que la soltaba. No le gustaba coger algo que le negaban y aquella no iba a ser la primera vez.

—No estoy casada, mi marido murió hace seis meses —dijo Isabel, sin pensarlo. En ese momento la pareció importante que él supiera que nadie la imponía nada, si no dejaba que la besara era porque no quería.

Alec retrocedió y la miró perplejo, esperaba que ella luchara contra el deseo, no que confesara su pasado y menos de aquella manera tan brusca.

—Lo siento, Aisa, no debí acorralarte, es solo que no soy muy paciente.

—Me he dado cuenta... —afirmó satisfecha por haberlo descolocado—. Ahora prefiero descansar un rato. Gracias por la excursión, ha sido agradable, Alec —dijo para dar por terminada la conversación.

—Esta tarde vendrá Bob para llevarte donde quieras, yo no puedo... tengo trabajo. Adiós, *mo chridle*. —Y la besó en la mejilla sin más explicación.

Allí se quedó Isabel plantada, sin saber que le había dicho en lo que supuso era gaélico. Huía de ella, ¿qué esperaba? Una viuda de treinta y un años, desolada. A sus ojos ahora era un problema, no una conquista. ¡Trabajo!, grito a la nada. “¡Qué porquería de excusa, escocés!”. Al fin y al cabo, ella lo había buscado, que, tras su confesión, él se hartara y desapareciera. No volvería a verlo. Su rostro sonrió, pero en el fondo se sintió decepcionada. Le gustaba mucho Alec, quizá demasiado.

## Capítulo VII

Manuela estaba mucho mejor y decidieron bajar al comedor del hotel. Isabel tenía la sospecha de que era más por su médico que por otra cosa. Desde que el doctor se marchó por la mañana, le contó que le había llamado al menos dos veces y él finalmente había corrido alarmado a verla. Hablaron casi dos horas hasta que avisaron a Willy, como ahora lo llamaba ella, de una urgencia.

—¡Ay, Isa! ¡Que malita estaba!, siento haberte dejado sola —y la miró de reojo—. ¿Qué tal te ha ido? —preguntó Manuel entornando los ojos con cierta sospecha.

—¿Qué pasa? ¡Suéltalo o te volverá a sentar mal la comida, ese virus se te comerá por dentro! —dijo Isabel mientras se la escapaba la risa.

—Te vi hace un rato, desde mi ventana, discutir con ese tío de la moto —refunfuñó indignada—. ¡No vas a contármelo! Yo aquí hablando de mi futuro esposo y tú conoces a un escocés guapo, y no me lo quieres contar.

—Es un idiota creído, no pasó nada, me llevó a Culloden y poco más. Prefiero no hablar de eso —contestó bajando la cabeza para ocultar la mirada escrutadora de su amiga— Bob no podía trabajar hoy y le envió en su lugar, fin de la historia.

—Pues está cañón, Isa —afirmó.

—Que no quiero hablar de él, ¡Manuela! Hace tiempo que crecí y no creo en los príncipes azules y cuentos para niñas...

Pero Manuela no era de las que se rendía y tuvo que contárselo al detalle.

—Vaya, Isa, ¡tú eres tonta y más que tonta, hija mía! ¿Qué quieres que piense? ¡Qué planazo! ¡La viuda alegre! —dijo Manuela mientras gesticulaba de forma teatral abriendo y cerrando los brazos.

—¡Oh cállate! Eres pesadísima, si no te quisiera tanto me mudaría de hotel.

En ese momento dos chicos las interrumpieron, se pararon junto a su mesa para saludar a Manuela. Eran escoceses, sin ninguna duda, y hermanos, dado el parecido entre ambos. Eran altos y pelirrojos, bastantes fornidos para su edad, tenían aspecto de querer pasarlo bien, sin complicaciones, como le gustaban a Manuela, solía atraer a ese tipo de solteros con su risa y ganas de vivir, parecía no sentar nunca la cabeza.

El más alto y joven de los dos se sentó junto a su amiga y la sonrió embobado mientras que su hermano tomó asiento al lado de Isabel. La verdad es que era un chico muy guapo que la dedicó una gran sonrisa de dientes perfectos.

—Hola, Manuela —dijeron uno detrás de otro en un horrible español con acento escocés.

—Isa, estos son Hamish y Jeremy —presentó Manuela. Isabel saludó al chico que estaba a su lado, Jeremy—. No hablan mucho español, no creo que me entiendan ni media palabra, pero así es más divertido —rio Manuela ante ellos con una caída de ojos.

Tras demasiados efusivos saludos y besos por parte de los hermanos pidieron algo de comer. Resultó que Manuela los había conocido en la recepción del hotel al bajar para avisar que ya podían limpiar la habitación. Trabajaban en Manchester y pasaban unos días en Nairn por el cumpleaños de su abuela, una viejecita adorable según se esforzaron en contarlas en su pobre castellano.

Para sorpresa de Isabel resultaron ser bastante agradables y divertidos, a medida que la conversación avanzaba se sintió como si fuera a salir de golpe de la enorme crisálida en la que ella misma se había encerrado durante meses. Los hermanos las invitaron a un pub en el pueblo esa misma noche y comenzó a sentir que aquello ya era demasiado para un solo día.

—Yo no puedo, tengo que ordenar y clasificar un montón de material, pero ve tú con ellos —se disculpó Isabel.

—¡Ah, claro! Y llorar solita en la habitación por tu lord escocés. ¿Por qué no me lo habré llevado al catre? ¡Buuaahh! —dijo Manuela en castellano, con la certeza de que los escoceses no la entendían.

No podía enfadarse con ella y aceptó la invitación con un sí, a lo que Jeremy la guiñó un ojo. Como caballeros las acompañaron hasta el ascensor y, ya a solas en el refugio de su habitación, Isabel se tumbó en la cama. Su pensamiento volvía una y otra vez a Alec con la seguridad de saber que no lo vería más. “¡Bueno! Era eso lo que quería, ¿no?”, pensó. Cada vez que él se acercaba lo apartaba, quizá era mejor así y no era solo por el indudable atractivo de Alec, le tenía miedo, sorprendida se incorporó y fue a sentarse junto a la ventana.

Era eso, ¡miedo! Había penetrado en su indestructible fortaleza, la estaba calando y le daba pánico. Sólo una vez se había permitido amar y eso la había arrebatado todo, su trabajo, su familia, la seguridad en sí misma.

Alec era distinto en todo a ella, en su espontánea sonrisa, en la seguridad que mostraba, sus palabras elocuentes y con un encanto tan natural que parecía disfrutar de cada cosa que hacía en la vida sin preocuparse demasiado por las consecuencias.

¿Y si era él? El hombre que cuidaba de ella en sus sueños, la voz que le hablaba. Estaba tan asustada de todo que quizá se estuviera perdiendo una bonita historia de dos semanas con él. Suspiró y fue a vestirse sin muchas ganas. Al abrir la maleta percibió enseguida que alguien la había revuelto. Ella era muy ordenada con su ropa, la revisó una y otra vez esperando ver que algo faltaba. La verdad es que no tenía nada de valor dentro, todo lo llevaba con ella, la documentación, el dinero y la cámara. Preguntaría en la recepción, alguien había estado en su habitación y en un hotel como aquel no era común que el servicio de habitaciones abriera las maletas de los clientes. ¿Quién querría registrar su habitación?

Dándole vueltas a ese pensamiento fue hasta la puerta y echó el cerrojo con un ligero temblor. Miró alrededor suyo, incluso bajo la cama, hasta que dedujo que necesitaba salir del hotel y, más que nada, tomar sus pastillas.

Se había puesto unos pantalones negros y una blusa de tirantes también negra con los ribetes plateados. Se soltó el pelo y lo dejó caer en suaves ondulaciones sobre los hombros. ¡Maquíllate, por favor!, le había dicho Manuela a modo de orden.

Isabel sonrió al verse en el espejo. Apenas se notaba con el maquillaje la cicatriz de la ceja. Era el recuerdo de su suicidio frustrado, se encogió de hombros y se levantó la blusa, se acarició el abdomen liso. No, por desgracia ya no quedaba nada de su vida con Jorge.

Escuchó una moto en el aparcamiento y corrió a la ventana como una adolescente enamorada sobrepasada por las hormonas. Se decepcionó al ver a dos chicas que entraban en el hotel. No, no era él.

—No vendrá, Isabel —se dijo a sí misma decepcionada.

Cuadró los hombros frente al espejo, cogió la llave y vio las pastillas encima de la cómoda, dudó un momento, se metió una bajo la lengua para que se deshiciera despacio y salió en busca de su amiga.

Cuando salieron del hotel, Isabel les pidió en recepción que de nuevo avisaran a Bob y que por la mañana las recogiera más tarde. De reojo volvió a mirar alrededor, la sensación constante de ser observada la inquietó tanto que olvidó informar a la recepcionista de lo ocurrido con su maleta.

—Dale un voto de confianza, Isa, te dijo que tenía trabajo —dijo Manuela

pensando que buscaba a Alec.

—Déjalo, Manuela, era un idiota más. Muy guapo pero un idiota. Anda, vamos, que mereces pasártelo bien después de dos días encerrada en el hotel.

Manuela observó cómo se encogía de hombros y subieron al taxi que las esperaba.



## Capítulo VIII

Habían quedado en un pub del pueblo, el Toolboth, rezaba el letrero en letras blancas sobre un fondo negro.

Una pizarra al lado de la puerta decía:

ARE YOU...

HUNGRY?

We have food.

THIRSTY?

We have whisky.

LONELY?

We have a lot of whisky.

—Vaya, Manuela, este sitio está hecho para ti —rio Isabel.

La otra se hizo la loca y le sacó la lengua. Notaba a Isa cambiada y resultaba ser una compañía divertidísima.

Era el típico pub, muy parecido a los que había en Londres, a oscuras, con las mesas y la barra en madera, con encanto y, al parecer, tremendamente popular en el pueblo. Estaba bastante animado y en la música ambiente sonaba una canción antigua de Robbie Williams. Algunas mesas abarrotadas de gente tarareaban y levantaban sus pintas para regar el suelo del local con la espuma de las bebidas.

La gente pedía cerveza en unas jarras altísimas y a partes iguales comida, que desprendía un agradable olor a especias. Se sentaron en una mesa al fondo desde donde podían observar todo el local. Hamish y Jeremy entraron al momento y se sentaron con ellas.

Isabel ya se arrepentía de aquella quedada, para la tercera ronda estaba mareada, al mirar a su alrededor vio que era algo generalizado, el sitio se entonaba por momentos, como ella. Algunas parejas salían a bailar a una pequeña pista en un lateral. Para ese momento Jeremy estaba imparable, que si que guapas estás, tienes novio en España, que si tus ojos son preciosos, ... miró a Manuela, en su salsa. Comprendió cómo iba a acabar la prometida noche tranquila, de vuelta, sola en un taxi.

Ese tío no sabía callar, no era su tipo, no le gustaba como pronunciaba su nombre, como la miraba. Estaba segura, no le mandó ninguna señal equívoca de estar interesada en él de esa manera. Ya no pudo más cuando la mano de

Jeremy le rodeó la cintura y se acercó para besarla, los dedos de él la rozaron el pecho mientras los subía de forma disimulada.

—Mira, tío, si no apartas esa mano te la rompo. Muy suavemente te he dicho que no me interesas, ya vale —gritó Isabel, le apartó la mano cuando insistió de nuevo—. Tú te lo has buscado, idiota. —Con un movimiento rápido le dobló el brazo hacia atrás, aunque era más alto y fuerte que ella. Lo vio retorcerse en un quejido. Desde hacía dos meses Laura la obligaba a ir a clases de defensa personal con ella, después de Jorge hasta eso cambió, quería poder defenderse sola. Miró a Jeremy y sintió como una sonrisa tonta de satisfacción acudía a su cara. “Un punto para ti, Isabel”

—Hola, Aisa.

Dio un brinco y soltó el brazo de su acompañante. ¡Oh, Dios!, allí estaba Alec de pie con los brazos cruzados. No la miraba a ella, sino al escocés que a su lado la recriminaba en inglés. La cara de pocos amigos de Alec terminó por asustar al chico que se levantó murmurando algo entre dientes y desapareció al momento. La expresión de Alec era temible mientras veía alejarse a Jeremy con el ceño fruncido. Luego la miró a ella con cierto reproche.

Isabel lo miró de arriba abajo, con la valentía que le daban unas copas de más. Llevaba la misma camiseta negra que por la mañana y el pelo rubio le caía desordenado sobre los ojos. Estaba tan guapo, que por un momento se quedó embobada con la boca abierta.

—Alec, ¿qué haces aquí? —acertó a preguntarle al fin.

En ese instante, un brazo se coló por debajo del de él y apareció una rubia altísima con pinta de diosa nórdica. Llevaba una blusa blanca finísima y cara, unos pantalones negros ajustados que pedían guerra a gritos y una expresión tolerante por el sitio en que había acabado.

—¿Tenías problemas, Aisa? —preguntó Alec con suficiencia desde su enorme altura.

—Se defenderme sola, no tengo problemas. Por cierto, es Isabel no Aisa —le dijo remarcando su nombre.

Manuela y su acompañante los miraban expectantes, ¡caramba!, saltaban chispas entre aquellos dos.

—Hoolaa, soy Manuela, la amiga de Isa, este es Hamish y al que habéis largado entre los dos, era Jeremy, unos amigos. También escoceses —aclaró resoplando—. Tú debes ser Alec —miró a la diosa nórdica y chasqueó la lengua con una mirada de desencanto—. ¿Queréis sentaros con nosotros?

—No creo... —interrumpió Isabel. Se desesperó al ver que el escocés no la hacía caso. “Aaahg, Manuela”. Alec invitó a la rubia a sentarse primero, junto a su amiga.

—Sí, soy Alec, esta es Marian...

¡Pero qué tonta había sido! ¡Claro que tenía novia! Una novia rica y guapa a la que se llevaba al pub en vez de trabajar. Parecía tan sofisticada y segura de sí misma. El camarero se acercó en ese momento e interrumpió la conversación, la rubia no la perdía de vista ni un momento con la boca abierta.

Alec le pidió una copa de vino a su acompañante, pero ¿quién pedía una copa de vino en un pub? Era como pedir un Sardoigne en el Brillante de Atocha. Al mirarla se sentía como Cenicienta, pero la que recogía las cenizas no la del precioso vestido azul. Recordó el juego de las profesiones al que jugaba con su hermana de pequeñas, miraban a alguien e intentaban adivinar la profesión. ¿Abogada? ¿Médico? ¿Modelo?

Cuando el camarero llegó con una nueva jarra para ella, Isabel la apuró de un trago hasta la mitad. Alec la miró con cierto reproche cuando soltó con un golpe seco la cerveza sobre la mesa, unas gotas de espuma cayeron la mesa.

—¿Tenías sed, Aisa?

Alec la enfadaba a propósito. Si pudiera le borraría esa sonrisa de la cara. Más bien tenía ganas de darle una bofetada. No era un juguete, esa misma mañana la besaba y ahora andaba con esa rubia cuchicheando y mirándola ambos de forma descarada.

—Isabel, mi nombre es Isabel —dijo enfadada. Al levantarse de golpe notó que todo el alcohol subía con ella en dirección a su cabeza.

—¡Oh querida! Parece que te encuentras mal —dijo Barbie con una vocecilla muy correcta.

Ya no aguantaba más, que pensaran lo que quisieran.

—Manuela, me voy, ¿estarás bien? —Miró a su acompañante, Hamish no dejaba de observar a la rubia, no sabía si fiarse del hermano de Jeremy.

—Pero, Isa, ¿quieres que vaya contigo? Déjame llamar a un taxi y nos volvemos al hotel.

—No, amiga. —La detuvo—. ¡Pásalo bien! —dijo sin rencor, y le tendió la mano sin despedirse de los demás.

Al salir, Isabel se dio cuenta que no tenía su chaqueta, no pensaba volver. Hacía un frío de mil demonios, y no veía ningún taxi, no sabía qué dirección tomar y se quedó un rato parada. Echó a andar calle abajo, la gente entraba y salía de los pubs sin reparar demasiado en ella, pero en cuanto se alejó unos

metros más, la calle quedó desierta. Miró hacia atrás, tenía la sensación de que alguien, de nuevo la observaba y comenzó a asustarse cuando escuchó otra vez pasos tras ella. Comenzó a caminar más deprisa sintiendo una sombra a su espalda.

—¡Espera! —gritó Alec, que corrió hasta alcanzarla, la sujetó del brazo cuando no quiso parar ante sus gritos. Cuando la hizo girar para enfrentarse a su enfado vio que ella se relajaba tras la sorpresa. La expresión asustada desapareció del rostro de Aisa al ver que era él—. ¡Escucha! Ella es...

—Alec, da igual, puedes hacer lo que quieras. ¡No me importa! ¡Mentiste! Sólo estoy molesta por eso —gritó sin dejarle hablar.

Le cerró de nuevo el paso obligándola a detenerse.

—¿Dónde has aprendido a defenderte así? —preguntó Alec mientras le cogía la cara con ambas manos.

Isabel suspiró al sentir las manos calientes de él en su rostro—. ¡Voy a clases de defensa personal, mi hermana...! No me líes, déjame irme de una vez. No quiero tus explicaciones.

—Estás preciosa esta noche... y muy mareada. Te llevaré al hotel.

—¡No me toques! Y no, ¡vete con tu amiguita a pasarlo bien! Ya te he dicho que se cuidarme sola.

—¡No es una amiguita! —dijo Alec enfadado. Siempre acababan igual, discutiendo, pero esta vez no lo iba a permitir, la llevaría al hotel y tendría que oírlo quisiera o no—. Escucha de una vez...

En ese momento sonó un timbre, el móvil de Isabel, miró la pantalla y lo cogió a toda prisa. Era Laura, a esas horas, tenía que haberla llamado, estaría preocupadísima por ella.

—Dime —dijo fastidiada esperando una buena bronca.

—¿Estás bien, hermanita?

—Sí, sí, es sólo que olvidé llamarte. Escucha, ahora no puedo...

—Sí, sí puedes, te juro que como no le cantes a Celia me va a volver loca, no se duerme y la culpa es tuya, la has mal acostumbrado, te la paso.

Y ante la mirada atónita de Alec comenzó a cantarle a su sobrina de cuatro años. El hablar con esa mujer más de dos frases seguidas era una misión imposible.

Isabel se sintió culpable, Era una costumbre que la pequeña cogió en el tiempo que se fue a vivir con Laura y las niñas tras el accidente. Cuando no podía dormir, la niña iba de puntillas a su habitación y, fuera la hora que fuera, su pequeña sobrina la buscaba para que ella le cantara, hasta que se dormía en

sus brazos. Era maravilloso tenerla a su lado, en ese tiempo apenas dormía y Celia le ayudaba a pasar las noches en vela.

“Brilla, brilla estrellita, sobre el cielo...”

El escocés la miraba estupefacto, hacía unos minutos estaba dejando k.o. a un tío de dos metros, le gritaba celosa, y ahora le cantaba una nana en español a una niña. No la entendía en absoluto, pero estaba adorable con esos rizos cayéndole sobre la cara y una expresión avergonzada.

Isabel sintió arder las mejillas, se puso colorada como un tomate, qué vergüenza, visto y no visto se le había pasado la borrachera. El escocés debía de pensar por su expresión que estaba loca de remate y tenía toda la razón del mundo.

—Ahora, Celia, duérmete cariño, que la tía estará contigo en tus sueños...

—Ha caído fulminada. Isabel ¡Isabel! —susurró su hermana a través del teléfono.

Alec le quitó el teléfono con una extraña expresión en el rostro.

—Mañana te llama Laura, está fenomenal. Besos —se despidió al colgar. Le puso el móvil en la mano a Aisa y la cogió por los hombros.

Isabel suspiró, las luces de la calle hacían que el pelo de él fuera de color bronce, sus ojos azules brillaban mientras sentía su respiración a través del pulso de sus brazos. La iba a besar, se movió nerviosa para que no viera cuánto lo deseaba. Alec deslizó la mano alrededor de su cintura y la atrajo hacia él. En el momento que sus labios rozaron los de ella introdujo la lengua y ambos se aferraron el uno al otro.

Era tan tierno y salvaje al mismo tiempo que no le dio ninguna opción de resistirse e Isabel se entregó por completo atrayéndole un poco más. Sentía la fina tela de su blusa en contacto con él, tan cerca que sintió el calor que emanaba su cuerpo, no pudo evitar tocarlo como si marcara su cuerpo con las manos frías.

Alec hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, se separó y, recogiendo el teléfono del suelo, lo dejó otra vez en su mano, ella ni siquiera se había dado cuenta que se le había caído.

—Aisa, tenemos que volver al pub y recoger a Marian y a tu amiga, no quiero dejarlas solas con ese tipo. Ya me explicarás más tarde qué hacías con esos idiotas, no son de fiar.

La magia se había roto, ¿Qué pensaba? ¿Qué iba a soportar a la diosa nórdica al momento de besarla? ¿Qué ella le iba a dar explicaciones? ¿Pero que se creía?

—Escocés testarudo, no voy a...

—Marian es mi hermana, mi padre se casó de nuevo cuando mi madre murió y, aunque se divorciaron hace tiempo tenemos una relación muy estrecha. Hoy es su cumpleaños, mi padre le ha hecho trabajar y quise llevarla a tomar algo para que no lo pasara sola. No conoce a nadie aquí. Era todo complicado, por eso te mentí —dijo de una vez para que no lo interrumpiera más—. No se puede hablar contigo, tú sí que eres una cabezona testaruda. Deja de pasar del inglés al español, es muy difícil hablar contigo —la regañó cogiendo su mano y tirando de ella para que anduviera de vuelta al pub.

—¡Vaya! ¡La he fastidiado! —reflexionó Isabel en inglés.

—Estabas celosa —afirmó sonriendo más tranquilo. Isabel lo miró y sonrió a su vez.

—No seas arrogante, Alec Colden, solo me enfadé porque me habías mentido. Puedes hacer lo que quieras con quien quieras...

Alec bufó desesperado, era terca como una mula. Isabel se dejó llevar de nuevo al pub convencida que era mejor callar hasta que el escocés se tranquilizara solo, en eso era bastante experta. Manuela se alegró de verla y, en susurro al oído, le dijo que no volvería con ellos, había localizado en el pub a su doctor Williams. Se despidieron de ella y los tres salieron. Marian resultó ser encantadora, muy pija, eso sí, pero encantadora. En el trayecto en el coche de ella hablaron de cuando ambos hermanos pasaban veranos enteros en un pueblecito de la costa valenciana donde habían aprendido a chapurrear español. Se reían con tanto desenfado que Isabel sintió envidia de su relación, echaba mucho de menos a Laura.

En ese momento cayó en algo, ella no le había contado a Alec cómo se llamaba su hermana. Él, en cambio, la había saludado por su nombre. O tal vez, ¿si lo dijo en algún momento?, la verdad es que estaba un poco mareada para recordarlo. Al ver que Marian paraba el coche frente a un hotel a las afueras del pueblo despertó de sus pensamientos. Se despidieron de ella y Alec se puso al volante. Marian entró en el hotel con todo su glamour natural agitando su melena rubia, se sabía dueña de una verdadera belleza que dejó al portero del hotel con la boca abierta mientras la observaba entrar.

—Eres un caballero, Alec —dijo Isabel sin pensarlo—. A pesar de mi metedura de pata lo has arreglado todo y nos llevas a casa como un buen chico —afirmó con voz irónica.

Se quedó pensativo un momento, comenzaba a comprender el escudo que ella levantaba con ese tono para alejarlo, sobre todo al ponerse nerviosa.

—Quiero llevarte a mi casa, tengo que enseñarte una cosa —afirmó Alec con valor.

—No me hagas pensar que no eres ese caballero del que hablaba —asintió Isabel con cierta duda en la voz—. Confío en ti, Alec, no me hagas cambiar de idea —afirmó mientras sentía latir el corazón a mil revoluciones.

—Pienso ser bueno, Aisa, solo quiero que veas una cosa. Marian me ha pedido que te lo enseñe bajo coacciones, se muere por contártelo ella y la verdad, es que prefiero hacerlo yo antes que te enteres por otra persona.

—¡Vaya un misterio!, no me preguntes por qué, pero confío en ti y si no, ya sabes... ¡mira al pobre Jeremy! —se arrepintió al momento por la expresión de enfado que puso él, pero en Alec no había nada que fuera rencor, con ese humor que siempre tenía volvió a sonreír y arrancó el coche.

Le desesperaba esa capacidad de él para estar siempre de buen humor, parecía no molestarle nada, ni siquiera cuando lo picaba para que se enfadase con ella. Lo miró mientras conducía y se dio cuenta de que ella tampoco podía enfadarse con él. Lo acompañaría, pero si se propasaba, no volvería a verlo más, asintió de nuevo enfadada.

## *Capítulo IX*

La silueta de las torres del castillo se dibujó al girar la última curva con el coche e Isabel recordó un famoso libro que había leído siendo adolescente. “Anoche soñé que volvía a Manderley” ... Un escalofrío la recorrió el cuerpo, era de noche, una noche sin estrellas, el castillo en sí mismo era siniestro en la oscuridad, no tenía nada que ver con el día, lleno de turistas ávidos de recuerdos. Recordó el primer día que estuvo allí con el guía que no paraba de observarla como si fuera a robar algo. El día que conoció a Alec y le pidió un café, el día en que él había sido tan desagradable con ella y el día en que ella se sintió después de tanto tiempo atraída por un hombre.

Dejaron el coche detrás, en el parking privado, vacío de coches a estas horas. En un cartel rezaba “Reservado personal del castillo. Privado”, en grandes letras negras. Unas tenues luces iluminaban un pequeño sendero de gravilla blanca que acabó en una puerta de madera roja antigua. Junto a la puerta había un banco del mismo color que contrastaba con la oscuridad de la piedra, Isabel se preguntó el porqué de aquel color, pero Alec no la dio tiempo a preguntar siquiera, le cogió la mano y entraron en una pequeña cocina con office. La hizo esperar un momento mientras encendía todas las luces. Aún flotaba en el ambiente un olor a arenque que provenía de un plato tapado sobre la mesa de madera. Alguien había dejado la cena preparada a Alec, Isabel pensó que quizá tendría servicio propio en el castillo. No estaba acostumbrada a ese nivel de vida y ni siquiera había reparado en ello, tal vez ni siquiera estaban solos.

La condujo escaleras arriba, hasta el primer piso, subieron una escalera amplia de madera caoba. Abrió una puerta con llave y encendió otra luz, Isabel abrió la boca perpleja. Era un pequeño apartamento que bien podía estar en un edificio lujoso de Londres. Un salón moderno de techos bajos y suelos también de color caoba en los que vio sus zapatos reflejados, y a la derecha, una puerta entreabierta dejaba ver una cama enorme. La cama de Alec, un rubor le tiñó las mejillas y se puso nerviosa. No había venido a un interludio amoroso. Sin saber qué hacer con las manos, se las cogió para simular tranquilidad mientras notaba como él la observaba pendiente de sus reacciones.

El salón era cómodo y confortable, con butacas de cuero y una enorme



chimenea. Enseguida notó el calor que provenía desde el suelo, un calor agradable que templaba la frialdad de agosto.

—Mi padre viene poco, así yo me quedé con la primera planta y le dejo el resto a él y a mi hermanastra cuando vienen, aunque Marian prefiere un hotel. No le gusta demasiado dormir en el castillo. Cuando era pequeña tenía un miedo atroz a los sonidos a madera vieja y a los fantasmas —dijo Alec con las manos en los bolsillos traseros del vaquero.

Isabel recordó a Agnes, la guía de Culloden cuando le habló de la soledad de Alec en su infancia. Aquel castillo, sin unos padres junto a él, debió de ser muy triste. No comprendía cómo él siempre parecía feliz, indiferente a la soledad o la tristeza, siempre con una sonrisa en los labios. Tal vez no había conocido lo que significaba lo contrario, una familia siempre a su lado.

La siguió expectante, pendiente de hacía donde miraba, apartaba de vez en cuando la vista justo detrás de ella. Extrañada por el comportamiento del escocés, siguió los ojos de Alec hasta detenerse en un cuadro sobre la chimenea. La cabeza empezó a darle vueltas ante la impresión, allí, en un castillo perdido y tan lejos de su mundo había un retrato de una mujer parecidísima a ella. Aunque un momento antes había sentido el calor, un escalofrío la sacudió con fuerza de los pies a la cabeza. Aquella mujer vestía con ropas antiguas del siglo XVII o XVIII, cruzaba su pecho el tartán del Clan Colden, cuadros grises, amarillos y azules oscuros igual a los colores que se combinaban en el hotel. Sobre el hombro llevaba un alfiler prendido, de plata, finamente labrado con la forma de una flecha y una flor de cardo, supuso que el emblema de la familia.

Se acercó con paso lento pero firme para ver la inscripción bajo el cuadro: “Espelth, Duquesa de Moray”. El cuadro era de dimensiones enormes. La mujer se encontraba sentada en el banco rojo que habían visto fuera, a la entrada, pero con otra perspectiva. De fondo estaba el castillo y ella miraba con sus ojos verdes rasgados, o los de Isabel, hacia un lado, una sonrisa apenas despegaba sus labios pálidos por el frío.

Si no fuera porque el pelo de esa mujer era rubio y liso podrían confundirse como dos gotas de agua. Su gesto era alegre y no tendría más de treinta años, su mano señalaba a lo lejos a algo que veía en los campos, la fuerza de su expresión y la confianza brillaban en su rostro, y el pintor lo había transmitido con todo su empeño en la postura decidida y el movimiento de su cuerpo.

En su único curso en Bellas Artes, antes de tener que dejar la carrera, un

profesor les había explicado la simbología en los retratos. No era habitual que en ese siglo trataran de captar el carácter del personaje, sino que se ceñían a la posición social que estos ocupaban sin intentar captar otros detalles a parte de la opulencia. La perspectiva lineal hacía que el resto de la pintura quedara deslucido ante la mirada fuerte de aquella mujer. Isabel deseó tener su cámara encima, para poder saborear los detalles en soledad. La presencia de Alec tras ella la incomodaba de manera irracional.

—Alec —consiguió decir al cabo de unos minutos— Por eso el guía no me quitaba ojo, por eso Marian me miraba así. Somos tan parecidas... Pero ¿quién era? ¿Por qué me parezco? No entiendo... —las preguntas se amontonaban sobre su mente aún turbia por la impresión.

Él se acercó hasta quedar detrás de ella para admirar el cuadro como hacía cuando estaba solo, por fin había juntado a ambas mitades, soltó el aliento con un suspiro de alivio al liberarse de la carga.

—¡Me sorprendí tanto cuando te vi! Creí que estaba loco al verte en aquel acantilado Aisa. Estabas tan lejos que pensé que eras un fantasma, que mi vista me engañaba, pero luego..., luego supe que eras real.

Isabel intentó respirar, él la había visto aquel día cuando llegó a Escocia, la conocía ya cuando la vio en el castillo y la increpó con sus locas ideas sobre jardinería escocesa.

—Incluso os llamáis igual —soltó Alec demasiado entusiasmado para poder detenerse— Espelth es una traducción al gaélico de Isabel. He pensado mucho en ello, Aisa. ¿Puede ser que algún antepasado tuyo acabara en Escocia o bien fuera al revés, un escocés en España? No sabemos demasiado sobre ella, no hay partidas de nacimiento, de boda, ni siquiera un acta de defunción —continuó emocionado.

—¿Tuvo hijos? —preguntó Aisa observando a la condesa con detenimiento, cada pliegue de la falda, cada arruga de su camisa blanca y su vestido no quería perder detalle alguno y, sin embargo, aquel hecho la parecía tremendamente importante.

—Sí, dos y eso es lo curioso, a partir de ella todo se registró en el libro de cuentas de la propiedad, todos los nacimientos, bodas y funerales, cualquier hecho de mención, cosechas, enfermedades, hambrunas, era el diario del castillo y los que dependían de él, todo excepto quien era realmente esta mujer. No se sabe cuándo llegó, de dónde vino, su familia, nada excepto que ya formaba parte del clan y en un momento dado se hablaba de la duquesa como si llevase toda su vida aquí, en tierras de los Colden.

—¿Nunca investigaste por tu cuenta? —preguntó de nuevo intrigada.

—Te puedo asegurar que varias generaciones hemos intentado averiguarlo, me encuentro entre ellos, llegué incluso a contratar a un consultor de genealogía para que investigara a nuestros antepasados —aclaró desconcertado—, pero nada, incluso indagamos en árboles genealógicos de otros clanes y familias con el mismo resultado. Nada, hasta que has aparecido tú, eso le da una nueva perspectiva, quizá buscábamos en el país equivocado...

Isabel se giró alarmada, por eso Alec se fijó en ella, no sabía qué pensar, apenas le conocía, algo le decía que podía confiar en él y a la vez su cerebro le decía que corriera y saliera de aquella habitación ya. ¿Y si al crecer junto a ese cuadro Alec se sentía atraído por el reflejo de una mujer que no era ella, que ya no existía, la imagen que lo perseguía desde niño? Una obsesión insana.

—Sé lo que piensas, no fue por ella —dijo Alec al rodear desde atrás su cintura con los brazos. La atrapó contra su pecho como si fuera a huir.

—Sólo me preguntaba ¿por qué yo?... ¿Porqué de todas las chicas con la que puedes estar, precisamente yo?

—Ninguna me ha pedido nunca que la sirva un café —contestó Alec. La obligó a mirarlo, con una sonrisa tan seductora que Isabel creyó morir envuelta entre sus brazos.

—La verdad Alec, ¿es por ese cuadro?

—Solo es una pintura Aisa —la hizo levantar la barbilla para enfrentarse a su mirada triste— No ladea la cabeza hacia un lado ni enrojece cuando me mira. No tiene tu encanto ni tu brillo en la mirada.

Isabel quería ver en sus ojos que era verdad y aquellas palabras la desarmaron. Deseó con todas sus fuerzas que fuera ella por sí misma, quién le gustaba, con quien quería estar, y no con una imitación. En ese momento vista por los ojos de Alec, venerada en el reflejo de aquella mirada, se sintió hermosa, más hermosa que nunca a los ojos de un hombre. Alec tenía el poder de hacerla salir de un rincón en el que solo era una espectadora para convertirse en el centro de atención, en una persona con brillo, especial y no la anodina y tímida Isabel.

—Me sentí atraído por ti desde que te vi sentada en la cafetería. No voy a negarlo, me gustan de ti tus ojos verdes rasgados, tu pelo negro, tu timidez y tu sonrisa. —Le cogió el rostro con las manos—. Eres muy hermosa, no porque te parezcas a ella, sino porque eres única en derribar a un tío con una mano y entonces preciosas nanas con una ternura increíble, Aisa, ¿no te das cuenta de

que me atraes muchísimo? He intentado hacértelo comprender desde que te conozco y parece que me rehúyes.

Ella retrocedió y Alec temió que echara a correr hacia las escaleras. Isabel quedó muda ante aquella declaración. De un plumazo Aisa consiguió que Alec Colden se sintiera por primera vez inseguro ante una mujer.

—Alec, esto no puede ser casual. Te has metido en mis sueños, en mi cabeza, no estoy preparada para esto. No sabes nada de mí, ni de mi vida, yo...

—No tienes que decir nada, Aisa, te he traído aquí para enseñarte el cuadro, quería contártelo antes que lo hiciera otra persona. Me di cuenta cuando Marian te vio, que antes o después lo sabrías. No quería que pensaras que te mentí o que te ocultaba algo, al final acabarías sabiendo de su existencia y prefería contártelo yo. Ya viste cómo te miraba mi hermana...

—No lo entiendes, Alec, es que yo siento que ya nos conocíamos, te llevo viendo en mis sueños, tus ojos, desde... —paró de hablar, no podía contarle lo del hospital, lo de su marido, el infierno que había vivido en aquellos meses después de tantas muertes. Estaba loca de remate, ni mil terapeutas podrían aclarar su cabeza ahora.

Isabel hizo lo que nunca pensó que se atrevería, se acercó a él y lo besó. Fue un beso dulce que apenas le rozó los labios y quiso estar de nuevo en sus brazos, olvidar el pasado y el dolor, la soledad y las lágrimas. Una vida vacía y sin sentido antes de llegar a Escocia.

Alec no pudo esperar más, era cuanto necesitaba de ella en ese momento, tocó con sus labios los de Aisa y, al notar que lo aceptaba, una corriente de calor lo excitó. Deslizó sus manos hasta los finos tirantes de la camisa y los dejó resbalar por los hombros, la acarició con delicada ternura el pecho y detuvo su mano en ellos, empujó su cuello para acercarla a él, sintió entre ambos cuerpos el momento en el que reaccionaba con fuerza al poder que Aisa ejercía sobre él.

Isabel le sentía en todas partes, como si Alec prendiera una llama que se concentraba entre sus piernas. Le acarició el abdomen, le subió la camiseta, tocó cada uno de sus músculos, su pecho, sus brazos.

Alec aprovechó el momento y deslizó su boca hasta los pezones erguidos y volvió a apretarlos contra su mano, sintió la suave piel mientras trazaba círculos con sus dedos, su lengua contra la suavidad excitada por sus caricias. Alec fue bajando, hasta tocar la cintura del pantalón e introducir la mano en la prenda suelta, hasta rozar la tela de sus bragas. La sintió húmeda y caliente

sobre la ropa interior e Isabel lo acercó aún más, para frotarse contra él con un anhelo devorador.

Isabel rozó su erección y sintió al momento una satisfacción salvaje al poder excitarlo de esa manera. Un segundo antes de perder la cabeza reaccionó. Se apartó de él y lo obligó a echarse hacia atrás.

—No, Alec —gimió apartándose. Él la abrazó y apoyó la frente sobre la suya con un gemido de frustración.

—Aisa, me matas, no somos unos críos, ven conmigo a la cama, deja ya de huir de mí. Mira cómo me tienes —dijo al llevar la mano de ella de nuevo hasta su ya tremenda erección.

Sintió la desesperación de la pasión en su voz, pero no podía, Isabel no podía confiar en él ni en ella misma, no estaba segura de lo que debía hacer.

—No sabes quién soy, Alec, no puedes jugar conmigo, y si esto sale mal. Me marcho en dos semanas, ¿dónde nos lleva esto? Como sé que no es una simple fantasía porque soy igual que ella —dijo mirando el cuadro—. No puedo permitirme jugar.

Él se separó como si quemara, intentaba comprenderla, pero el momento no era el adecuado, ahora no pensaba con la cabeza tenía la razón nublada por el deseo de llevarla a la cama y hacerla suya una y otra vez hasta que su sed de Aisa se calmara.

—Es por tu marido, ¿verdad? —preguntó con la voz ronca de deseo. Vio cómo sus ojos verdes se agrandaban y suspiraba.

—Puedo luchar contra cualquier hombre por hacerte mía, pero no con un muerto, Aisa. Es más, no quiero entrar en esa lucha con alguien con quien no puedo medirme.

Isabel deseaba tanto contárselo todo, algo le decía que él podía entenderla. No quería equivocarse, le gustaba tanto estar con él.

—Llévame al hotel, por favor, Alec —exclamó nerviosa. No le temía, sólo se temía a sí misma, a volver a perder la cabeza por un hombre hasta hacerse pedazos.

Llegaron al hotel muy tarde, todo estaba en silencio y solo quedaban unos pocos clientes en la zona del bar. Durante todo el camino se observaron de reojo intentando entablar una conversación que no fuera forzada. Llegados a este punto habían forjado una frontera difícil de derribar, pero una vez hecho, no había vuelta atrás. Si seguían viéndose, aquello volvería a pasar.

Isabel intentó imaginar mil excusas para no volver a verlo, pero una y otra vez sentía en su piel el calor de sus manos. El olor de Alec a madera y

espacios abiertos envolvía el coche en forma de tortura.

—Te acompaño dentro —dijo él al salir del coche, ante la silenciosa figura del hotel.

—No, Alec, vete ya, es tarde. Gracias por todo escocés.

Él se giró para marcharse, pero cuando Isabel se disponía a entrar le escuchó a su espalda.

—Mañana estaré aquí a las ocho. Buenas noches, Aisa.

Se dio la vuelta y asintió a la oscuridad porque Alec ya estaba demasiado lejos para recibir su permiso. Isabel entró a la carrera, empujó la puerta de entrada, momentos después ante la mirada sorprendida de la recepcionista, subió las escaleras envuelta en un torrente de lágrimas.

## Capítulo X

No durmió nada, en cuanto cerraba los ojos sentía las caricias de Alec, sus besos, el olor de él se adueñaba de sus sentidos y no podía quitarlo. Llamó a la puerta de Manuela y, al escuchar una voz de hombre reír bajó a desayunar sola.

En cuanto se sentó miró hacia el exterior, allí estaba Alec, no eran ni las ocho. Isabel se levantó, fue hasta el otro extremo del salón y apoyó la frente contra la fría cristalera. Un suspiro envuelto por la esperanza la nació del corazón, lo llamó con los nudillos y juntó las manos en señal de perdón. La vio enseguida y fue hacia la entrada lateral.

—Buenos días, *mo chridle* —dijo besando su mejilla con lentitud deliberada, para respirar su olor, rozando su piel suave y cálida.

—Buenos días, Alec —contestó Isabel con un casto beso en la otra mejilla.

Él sacó lo que llevaba escondido tras él, una rosa roja y un cardo color púrpura, su particular flor del sol. Isabel movió la cabeza mientras se la escapaba una sonrisa, aceptó su ofrenda de paz. Se sentaron uno frente a otro, muy cómodos juntos, pero sin saber cómo empezar de nuevo.

—¿Qué significa eso que me dices en gaélico?

—No es nada, ya te lo contaré —dijo restándole importancia a sus propias palabras mientras se acercaba la camarera.

—Buenos días, señor Colden —dijo la camarera con tono seductor.

—Buenos días, Rose —contestó con la mejor de sus sonrisas.

Isabel carraspeó para llamar la atención de la camarera que mantenía la mirada fija en el perfil de Alec, mientras él ojeaba la carta.

—Dígame, señora. ¿Ya sabe lo que quiere? —Rose remarcó lo de señora, con un tono agrio.

Pidieron un buen y abundante desayuno escocés. La chica la ignoró cuando sirvió los platos, estaba concentrada en atraer la atención de esos ojos azules con sonrisas exageradas y una caída pestañas llenas de rímel. En su favor tenía que decir que Alec no parecía prestarle atención mientras iba y venía y le metía el plato y lo que no era el plato, bajo la nariz.

—¿De nuevo celosa, Aisa? —preguntó Alec al levantar su mirada y ver su ceño fruncido, le gustaban esos celos que la invadían, ver cómo se

contradecía entre la indiferencia y la posesión, sobre todo porque no le engañaba con esa actitud fría hacia él.

—No, es solo que parece que todas las mujeres con las que nos cruzamos caen rendidas a tus pies —declaró de forma inexpresiva. “Y sí, me pongo celosa y me enfado como una cría porque todas te miran y no parece molestarte nunca”, pensó sin atreverse a confesarlo.

—Tú no —dijo con su eterna sonrisa, se levantó de su silla y se sentó a su lado, donde los brazos y las piernas se rozaban. Se inclinó hacia ella con una intimidad planeada para invadir su espacio—, y créeme, eres la única que me interesa que caiga rendida a mí sobre esta mesa. —Vio cómo el rubor subía a la cara de Isabel y retrocedió—. ¿Siempre desayunas tanto, Aisa?

—Sólo cuando me pongo nerviosa —ahora sí que sentía que se había puesto colorada—. ¡Pero si casi no he empezado! —se quejó como una niña al mirar el plato vacío. La verdad es que le encantaban los desayunos escoceses abundantes. Nunca había comido tanto en su vida, volvería a Madrid como un tonel si seguía a aquel ritmo.

Alec se rio y le acercó su plato aún a medias mientras se preguntaba dónde podía guardar toda esa comida en ese cuerpo tan pequeño.

Isabel continuó con el desayuno y pensó que debería subir a despertar a Manuela, ver primero con quién estaba, y segundo, aunque había oído las risas y parecía estar pasándolo bien no se fiaba de Hamish. Con un mohín de disgusto recordó al otro hermano y el enfrentamiento de la noche anterior. No le gustaban los hombres como él, convivió demasiado tiempo con un tipo así, los que no aceptaban un no por respuesta. En ese momento entraron los dos hermanos en el comedor, Hamish y Jeremy, al parecer la noche no acabó muy bien para éste último. Lucía un ojo morado y el labio inferior partido.

En cuanto los vio Jeremy, se escondió tras su hermano y se alejaron lo máximo posible observándolos con desconfianza. Alec retiró su silla y la invitó con caballerosidad a que se marcharan.

—Vaya, Jeremy ayer tuvo pelea por partida doble.

—No te preocupes, no se acercará más a ti, Aisa. Creo que me pasé un poco... —confesó pensativo. Después de decirle que no necesitaba ayuda, Aisa se enfadaría con él por darle una pequeña lección al pelirrojo antes de correr tras ella.

Isabel lo miró atónita, ¿eso se lo había hecho Alec? Le observó el rostro con atención, no tenía una sola marca en la cara, vaya si sabía pelear.

—Caramba, Alec, eres todo un caballero andante. Luego te daré como



prenda mi pañuelo.

La miró confundido mientras Aisa lo cogía del brazo y le sacaba la lengua. La verdad es que nadie nunca se tomó la molestia de defender su honor y menos darle una paliza a un tipo por ella. Su corazoncito de mujer se encogió de satisfacción. “Alguien tenía que ponerlo en su sitio”, se dijo para alejar la culpabilidad y lo orgullosa que se sentía de Alec. Se preguntó qué hubiera pasado si Alec hubiera conocido a Jorge, ¿qué le habría hecho?

Salieron del hotel y Alec la guio de la cintura hasta su moto, sobre el asiento, dos cascos los esperaban.

—Alec, antes debo subir a avisar a Manuela.

—¡Ah! No te preocupes por tu amiga. Me parece que el buen doctor Williams se encontró anoche a su paciente y decidió que no debía beber más. Según parece, ayer la escoltó como un buen chico al hotel. Creo que estimó oportuno —dijo al ver el coche del doctor aparcado. Se lo señaló a Isabel— hacer guardia toda la noche por si escapaba...

—¡Ay no puedo creerlo! —exclamó Isabel—. Manuela se ha salido con la suya. Es tremenda. Qué pena me da el pobre doctor, ha caído en sus redes. — Dudó un momento y miró hacia el hotel—. Mejor entonces que no la moleste —dijo conociendo a su amiga.

—No te fíes, las apariencias, engañan, el “pobre doctor” lleva dos divorcios a sus espaldas. Es hora de que encuentre la horma de su zapato y creo que ya lo ha hecho —afirmó Alec.

Ambos sonrieron en mutua comprensión, lo cierto es que no deseaban más compañía que la del otro, aunque ninguno se atreviera a confesarlo.

Hacía un día agradable, soplabla la brisa del mar y el sol lucía en un cielo azul con pocas nubes. Se acercaba el final del verano, el tiempo rápidamente cambiaba y todo se cubría del gris de las tormentas. Ya se notaba que los turistas poco a poco desaparecían y el hotel recuperaba parte de su tranquilidad.

Se dirigieron hacia el sur, Alec tenía una sorpresa. Le dijo que sería un recorrido un poco más largo, pero merecía la pena. Quería enseñarla un sitio al que iba de niño.

Isabel se preguntó con quién iría, con la niñera tal vez, ¿o lo llevaría su padre en vacaciones? Suspiro al pensar que, al fin y al cabo, Alec y ella eran dos personas solitarias que en algún punto olvidaron lo que era sentirse querido. Puedes estar rodeado de gente a todas horas y sin embargo no sentir ninguna conexión con los demás. Esa pena del corazón era la verdadera

soledad para ella.

Bajaron por una carretera que bordeaba un río con un enorme caudal y se alejaron de Inverness. El estuario había quedado atrás y se adentraron entre profundos bosques y montañas. Isabel disfrutó muchísimo, como si fuera una niña admirando el paisaje bajo la visera de su casco. Observaba a ambos lados, como, entre los bosques profundos en los que el sol no tocaba el suelo, se abrían claros con hierba verde donde pastaban las vacas y unos ponys muy pequeños agitaban la cabeza con gallardía. Las casas eran encantadoras, pequeñas construcciones rodeadas de plantas de jardín moradas y verdes, las cercas de madera estaban pintadas de colores vivos, supuso que en invierno les serviría para distinguir la entrada cuando la nieve cubriera todo.

Se imaginó como sería vivir en una de esas casitas, con un huerto, salir los fines de semana a pasear por el bosque en primavera, cuando todo estuviera lleno de flores. Una imagen a todo color, Alec y ella, en una de esas casas, al volver del trabajo, rodeados de niños... ¡Qué tendrán las hormonas que siempre nos machacan con cuentos de princesitas! Isabel cerró los ojos, agitó la cabeza bajo el casco para que la realidad se abriera paso, tenía unos sueños de lo más tontos, sin embargo, se dejó caer sobre la enorme espalda de Alec para sentirlo cerca.

Alec vivía en un castillo, era rico, tenía una familia con tradiciones y responsabilidades que ella ni podía imaginar, ¡Dios mío!, si algún día sería Lord. Y ella... ella era solo Isabel Piñero, de Madrid, pobre y viuda. Él debió notar como se separaba y apoyó la mano sobre la pierna de Isabel, mientras conducía con habilidad para esquivar los coches.

La carretera desapareció en un desvío, bajaron por un sendero muy estrecho en el cual Alec tuvo que reducir la marcha y apoyar en ocasiones el pie para no caer los dos de la moto. Llegaron al final del angosto camino y se detuvieron cerca de la orilla, Isabel pudo ver entre los árboles una pequeña cabaña de piedra con los postigos de madera cerrados. No tendría más de una habitación con ventanales orientados hacia el bosque y el río, una chimenea rectangular sobresalía por el extremo opuesto del tejado, varios pájaros negros la rodeaban en un vuelo tranquilo.

Al parecer hacía mucho tiempo que no había ido nadie por allí. Alec la guio hasta un pequeño porche delantero cubierto con un tejado, en la pared había unas cuantas cañas de pescar y redes bastantes nuevas. Él tendió una manta que estaba en una especie de armario de madera y la invitó a sentarse en el suelo apoyados en la pared del porche.

—¿Crees que veremos a Nessie? —dijo Isabel sentada en el suelo junto a él.

Era un lugar maravilloso y tranquilo, detrás de ellos un bosque ocultaba el sendero por el que bajaron hacia unos minutos, al frente, se abría entre montañas el río Ness. Sus oscuras aguas fluían rápidas, el sonido del agua era relajante. Alec arrojó una piedra y esta rebotó varias veces en la superficie creando varias ondas que se difuminaron al instante en la corriente repleta de peces.

—No lo han visto en siglos, Aisa, y si ese monstruo sale de ahí ahora mismo, echaré a correr sin mirar atrás —dijo Alec en broma mientras los hoyuelos de sus mejillas se multiplicaban.

Isabel sabía que no era cierto, parecía indestructible. Tenía una seguridad serena acerca de todo, de quién era, el lugar que ocupaba en el mundo. No le importaba que lo juzgaran ni por su forma de hablar ni por su conducta.

—¿Crees en esas cosas?

Lo miraba de reojo, se había puesto unos vaqueros azules y una camiseta que marcaba cada músculo de sus brazos mientras arrojaba las piedras.

—Soy escocés, creo en Nessie, en las Coigneas, en las Selkies, en las predicciones de los cuervos negros, en los elfos...

—¡Oh, para! —le interrumpió Isabel al reír. Se respiraba tal paz junto a Alec que sintió los hombros relajarse con un suspiro. El sol entre los árboles la hizo abrir la sudadera para sentir la caricia del calor.

—De hecho, creo que tú eres una selkie de pelo negro y... —Alec se recostó para mirarla, se sacudió las manos manchadas en el pantalón—. No me acercaré al lago o caeré atrapado en tu hechizo, no quiero acabar envuelto en la turba del fondo entre tus redes.

Su rostro quedó muy cerca del de Isabel, apenas separados unos centímetros, tan cerca que sus respiraciones bien podían ser una sola. Los ojos de Alec la atraparon. El le apartó el pelo de la cara y le acarició la mejilla hasta llegar a la cicatriz que tenía sobre el ojo derecho, con el pulgar siguió la curvada línea provocándola un escalofrío.

—¿Crees en la magia Aisa? —preguntó Alec sin apartar la mano de su herida cerrada.

—¿Por qué habría de creer en ella? No existe, solo los niños creen en esas cosas.

—Eso es que no has visto Harry Potter —dijo Alec entre risas— En serio, ¿si no crees en la magia como sabrás cuando sucede algo mágico en tu

vida?

—No existe, no hay magia Alec. Existen los simbolismos y las tradiciones —contestó Isabel de forma tajante. La magia nunca había formado parte de su vida, primero la muerte de sus padres la arrancó de su infancia y después su vida podía describirla como “exenta de magia y amor”.

—¿Qué te pasó, *mo chridle*? ¿Por qué te volviste tan escéptica? —dijo Alec aún más cerca de su rostro, con su mirada azul fija en sus ojos.

Isabel sintió ganas de apartarle, pero en lugar de hacerlo, le apretó la mano contra la cicatriz como si él tuviera la capacidad para borrarla con sus dedos.

—¿Venías aquí de niño? —preguntó Isabel a la vez que se separaba de él.

—Vengo a veces a pescar al río, aquí o donde me vistes la primera vez, en el acantilado.

—¿Qué te pasó, Aisa? —insistió Alec sin dejar que ella eludiera la pregunta.

—No es fácil... —contestó.

Alec asintió, la animó a hablar, sabía que en ese momento debía tener cuidado con ella. Tenía que llegar a su corazón, dejar que ella quisiera contárselo, si no volvería a perder el momento, y ya casi no le quedaba tiempo.

—Mis padres murieron cuando tenía dieciocho años, un accidente de tráfico, súbito y demoledor para dos hijas que empezaban a volar en la vida —comenzó a decir Isabel de carrerilla, como si al detenerse su corazón fuera a pararse—. Laura y yo nos quedamos solas, pero nos teníamos la una a la otra. Tuve que dejar de estudiar y comencé a trabajar y hacer cursos de fotografía, me gastaba en ellos todo lo que cobraba —sonrió al recordar la primera vez que cogió la cámara de su padre—. Me encanta ver las cosas a través del objetivo, de una forma diferente, captar el momento y guardarlo para siempre. La fotografía fue mi escudo durante esos años, mientras trabajé de camarera, de secretaria, todo lo que iba surgiendo, hasta que llegué a una editorial *on line* de viajes, creo que allí encontré mi sitio. Fueron tiempos felices para las dos, hasta que Laura encontró a su alma gemela y se casaron, así que me quedé de nuevo sola cuando dejó nuestra casa.

Alec la miró y notó como su voz pasaba del entusiasmo a la duda, la acercó a él y la pasó un brazo por los hombros.

—Sigue, puedes contármelo —dijo en su oído, acariciando con su aliento la piel del cuello.

—La cicatriz me la hice en un accidente de coche —suspiró Isabel para coger fuerzas.

—¿Fue cuando él murió? —preguntó tenso.

La sorprendió su tono cauto y lo paciente que estaba siendo con ella. Las cosas entre ellos iban demasiado deprisa, ¿sería capaz de contárselo o callar para alejarlo lo suficiente, para no arriesgarse a que la juzgara?

—No, él ya había muerto. —Odiaba llorar, no lo soportaba, la hacía sentirse tan débil, y ya no quería sentirse débil, no ante él, no quería inspirarle pena. No pudo, sin embargo, evitar que unas silenciosas lágrimas comenzaran a brotar de sus ojos—. Yo... —cogió aire— intenté morir, suicidarme. —Ya estaba, lo había dicho en voz alta.

—Aisa, yo no soy quién para juzgarte, sé muy bien lo que es sentirse solo y desesperado. —Alec la acercó con fuerza para envolverla en su abrazo y la besó el pelo. Con su mano bajo la barbilla la obligó a mirarlo a los ojos—. ¿Tanto le amabas? —preguntó.

—No. —Isabel calló un momento, se merecía la verdad, Alec sí debía saberlo—. Fue un cretino que intentó cambiarme, estaba sola y se aprovechó de ello. Iba a dejarlo cuando supe que estaba embarazada.

Él retrocedió con asombro, enseguida reaccionó como un resorte y la cogió la cara entre sus manos. Cuánta ternura la inspiraba ese hombre decidido.

—Jorge salía mucho por las noches, daba igual el día de la semana que fuera, después del trabajo se iba con sus compañeros a un bar de al lado de su oficina. Era contable en un bufete de abogados y odiaba su profesión. Siempre sospeché que tenía un lío con una compañera, pero la verdad es que nunca les pillé cuando tenía que ir a buscarle para que no cogiera el coche. No era mala persona, al principio de casarnos creo que hasta fui feliz un tiempo. Era muy celoso, me interrogaba continuamente, tuve que dejar de ver a mis viejas amistades hasta que todos mis amigos desaparecieron sin darme cuenta, y luego la tomó con Laura, mi hermana. Ella no lo soportaba, así que empecé a ir a verla sola. Un día, cuando cenaba con ellos, se presentó en su casa, estaba muy borracho y creo que había tomado algo más... le dijo a mi cuñado que se alejara de mí, cosas horribles como que sabía que nos acostábamos. Estaba obsesionado y estuvo a punto de pegarle delante de mis sobrinas.

»Después de aquello, Laura no quiso darme a elegir, esperó a que reaccionara y se fue alejando. Me quedé sola, más sola que nunca, solo lo tenía a él. Me engañaba a mí misma al decirme que Jorge hacía esas cosas

porque me quería, pero lo cierto es que me acostumbré a vivir así. Nunca me puso la mano encima y, a veces, era bueno conmigo, así que yo seguía levantándome cada mañana pensando que mi matrimonio era normal, como los de los demás, excepto por las deudas. Apostaba mucho y cuanto más se metía en ese mundo, más y más cambiaba. Hasta esa noche. —Tomó aire y continuó —: Venía muy borracho, algo le había pasado, estaba como loco, creo que él lo supo antes que yo. Debí callarme, pero estaba harta, le dije que estaba embarazada de dos meses y pensaba dejarle, esa no era vida para un bebé. Laura me ayudaría a criarlo sola, estaba convencida de seguir adelante. — Alec asintió y la animó a seguir con un gesto—. Fue cuando perdió el control, me dijo que no quería hijos, que no era de él, que debía deshacerme de esa cosa. Empezó a empujarme y zarandearme con fuerza, y me tiró al suelo, y pensé que perdía al bebé. Entonces la rabia me llenó el cuerpo, me levanté y le hice frente por primera vez. Estaba llena de odio y quería hacerle pagar por decir esas cosas horribles. Le dije que era un amargado, celoso, que era un niño, no un hombre, que se marchara de mi vida, que me dejara con ese hijo que no era suyo, jamás le haría lo que, a mí, intentar cambiarle. Le llame borracho, le grité que le dejaría solo. Vi el miedo en sus ojos y seguí una y otra vez, le azucé enloquecida y él sorprendido por mi reacción se marchó, no dijo nada, solo se fue.

»A las cuatro horas, de madrugada, me llamó la policía, se vio metido en una pelea, le pegaron una paliza y, al salir del bar, borracho como iba, su coche se despeñó en la sierra, en una curva cerrada, todo se quemó... —contó sin emoción alguna—. Al día siguiente perdí al niño, a mi bebé, no se lo conté a nadie, ni siquiera a mi hermana. Todo fue culpa mía, Alec, yo le mate, a él y a mi hijo. Si hubiera callado, ahora todo sería distinto, si hubiera aceptado lo que me tocaba vivir tendría ahora a mi hijo en los brazos. —Empezó a llorar sin control, no podía parar. Miró a Alec, estaba muy rígido, intentando digerir todo lo que le había contado.

Alec no podía imaginar por lo que Aisa pasó aquella noche, solo quería cogerla entre sus brazos y que olvidara, que olvidara a ese cabrón, todo el dolor que la había causado. La miró con admiración. Aun después de todo lo ocurrido, allí estaba ella, fuerte y dispuesta a vivir de nuevo.

—Tú no tuviste la culpa, Aisa, fue él quien os destruyó a ambos. Ese hombre no sabía lo que tenía. Mírame —la ordenó—. Te sentía más fuerte que él e intentó doblegarte, te mereces a alguien que te quiera como eres. Nunca dejes que nadie te anule y te diga cómo tienes que vivir.

—No debería habértelo contado, no quiero que sientas pena por mí.

—No te equivoques, no siento pena por ti, sino por él, aunque no la merezca. Lo único que lamento es no haberte conocido dos años antes.

Isabel lo miró sorprendida, simplemente la besó, un beso tierno y dulce que la conmovió. Alec quiso refrenar su deseo ante ella, pero cuando lo aceptó entre surcos de lágrimas, perdió el control, la besó con ferocidad para borrar su pasado. Sin saber cómo acabaron tumbados sobre la manta. La miró buscando el rechazo en sus ojos, en cambio vio que había dejado de llorar y en ellos se veía el mismo deseo que ardía en él. No pudo parar, sin dejar de tocar sus labios con los suyos le quitó la camiseta y la pasó por encima de su cabeza. Contuvo el aliento al ver sus pechos atrapados por su ropa interior, pequeños y erguidos, Alec ahogó una exclamación. La rodeó primero con sus manos y después con un brazo hasta desabrochar el sujetador. Entonces murió por probarlos, enterrarse en ellos y saborear a Aisa.

Isabel quería más de él y, al sentir la brisa sobre su cuerpo al contacto con aquellas manos grandes que la envolvían, comenzó a desnudarle sin perder tiempo. Sintió la excitación de Alec sobre su piel y la volvió loca. Lo ayudó a que le quitara los pantalones y sintió cómo sus dedos apretaban la humedad de su cuerpo y se adentraban en ella con suavidad. Isabel deslizó la mano por las bandas fibrosas de su estómago hacia abajo, en busca de la erección de él y lo aferró con un loco deseo por tenerlo dentro.

—Vas a volverme loco —gimió Alec, la elevó e hizo que se sentara sobre él. Las piernas de ella rodearon su cintura con fuerza—. He deseado hacer esto desde el momento que te montaste en mi moto, Aisa.

—Alec, por favor —gimió arqueando las caderas para que entrara en ella de una vez por todas.

Era lo que él esperaba, su total permiso, con una embestida la penetró. No supo si había gritado su nombre o no, pero en un ritmo frenético que nada tenía de dulce la hizo suya. Una y otra vez la levantó con soltura entre sus brazos hasta que ambos encontraron el placer.

La retuvo así, con los labios entreabiertos posados en un beso eterno sobre la piel del cuello. Quieta sobre él un rato más, hasta que la respiración de ambos se calmó. Isabel le acariciaba el pelo como había deseado hacer desde que lo conoció, tenía poca experiencia con los hombres..., lo único que sabía es que nunca había sentido algo parecido. Pensó qué habría significado para Alec aquello, con cuántas mujeres habría estado antes, si había significado algo especial para él o no.

—Empiezo a creer en el destino y me da miedo, Alec —le dijo cuando él desenterró la cabeza de entre su cabello y la miró con los ojos entreabiertos.

Alec estaba tan confuso que le costó entender su afirmación, no pensaba que las cosas fueran a ir así, no quería hacerla suya de esta manera, pero no pudo resistirse. Tenía que haberle dado tiempo, no después de confiarse a él cuando más vulnerable era. Sabía que si alguna vez ella conocía toda la verdad se sentiría engañada.

“La has fastidiado Alexander Colden...”, pensó amargamente mientras se vestían.



## *Capítulo XI*

Aquella noche la pasaron juntos en el apartamento del castillo, para Isabel fue una noche de descubrimientos, con él no había vergüenza ni miedo en el sexo, dejó que ella lo descubriera todo de él.

Hicieron el amor más despacio, sin prisas, desnudos sin apartar la mirada el uno del otro. Disfrutaban de cada momento que tenían para estar juntos. Las manos de Alec parecían no se saciarse nunca de su cuerpo, de tocar sus pechos erguidos, de seguir la curva de sus caderas. Isabel, ella se maravillaba de su cuerpo fuerte, esculpido en fibra y músculos, como si nunca fuera suficiente sentir a Alec dentro de ella.

Solo le quedaban unos días, pensaba disfrutarlos, perversa y cada vez más segura de sí misma sacó a Alec del dormitorio mientras él se aferraba a su cintura y lo llevó allí, sobre la alfombra, en el salón, bajo la atenta mirada del cuadro. Sin saberlo, Aisa había cumplido el sueño erótico más provocativo de su adolescencia. Alec la hizo suya allí, en el suelo y supo que ya no podría dejarla marcharse nunca. Aún dentro de ella, con la respiración entrecortada, la llevó enroscada contra su cuerpo hasta la cama donde ya tarde, la dejó dormir a regañadientes.

Hacía tiempo que no estaba con alguien que lo llenara tanto, que le hiciera en un momento arder de pasión y en otro reír. Alec deseaba amarla y protegerla y que supiera que en ese momento era la única, deseaba con todo su ser que se enamorara de él sin condiciones, sin pensar en su pasado o su vida anterior. Pasó la noche en lucha contra sí mismo, debatiéndose entre los sentimientos que había despertado en él y el pensamiento de cómo sería abandonar su vida libre y sin compromisos hasta que cayó dormido.

Al despertar, Isabel abrió los ojos entre sus brazos, sintió en sus oídos el retumbar del corazón de Alec. “Ay, Isabel has caído con todo el equipo, ahora sí que la has liado, estás colgada de él”, se dijo mirando al escocés, dormido a su lado.

Como si se tratara de un sueño, Isabel lo observó despertar, con el pelo rubio alborotado y los ojos azules convertidos en una línea somnolienta de mar. Apenas la habló, solo la miraba, como si fuera capaz de escapar de él. Le observó mientras se afeitaba y se vestía, nunca unos actos tan cotidianos la habían parecido tan eróticos, Isabel tuvo que hacer un esfuerzo para no

echarse encima de él y abrazarlo.

La cedió el baño con una sonrisa y se fue a preparar el desayuno. Prometió llevarla al hotel en unos minutos, después de hacer unas cuantas llamadas pendientes, dijo Alec con la voz aún ronca.

Isabel le escuchó hacer esas llamadas mientras desayunaba, la voz masculina la llegaba a través de las escaleras, él seguía al teléfono cuando se duchó sin prisa con la esperanza de que él decidiera entrar en el pequeño cubículo. Cuando salió un poco decepcionada, Alec iba de un lado a otro de la habitación. Hablaba por el manos libres con su secretaria en Edimburgo para decirle que se tomaba unas pequeñas vacaciones, nada de llamadas. Le hizo un gesto a Isabel para que por favor no hablara y siguió dando instrucciones — Nada de interrupciones —decía a la persona al otro lado del móvil—, hablo en serio, si hay cualquier imprevisto habla con Marian.

Isabel se giró para mirarlo, era la primera vez que oía a Alec hablar así y reparó en que apenas lo conocía. Era rico, era indudable ¡tenía un castillo!, el apartamento parecía una réplica de una casa londinense de soltero. En las paredes, mezclado entre otros objetos indudablemente carísimos había fotos de él junto a mujeres de trajes caros, en diferentes galas y eventos deportivos, vestido para montar a caballo o con un equipo de polo. Isabel se acercó un poco más a esta última y retrocedió sobresaltada, al resto de gente no la conocía, pero ese chico que sonreía junto a Alec parecía el príncipe Henry.

—No hagas caso Aisa —dijo Alec al verla tan sorprendida— es mi primo y solo lo veo una o dos veces al año —le quitó importancia mientras al otro lado del manos libres se escuchaba la voz gélida de la hermana de Alec con un breve saludo.

A Isabel la curiosidad le pesó más que la vergüenza y de una a otra posó su mirada atenta entre el resto de fotografías. Alec sonriendo con un actor famoso o un cantante que ella nunca había pensado que serían de carne y hueso. Todas fotos de adulto, en ninguna con su familia o el Alec niño. Ninguna de su trabajo. Trofeos de polo, de pesca, Alexander Colden, rezaban con letras grabadas, primer puesto, segundo lugar, miembro honorífico... camisetas de firma, trajes a medida... más rostros de actrices y de personajes de revista... Alexander, que nombre tan serio, de triunfador... Huecos vacíos en los aparadores entre otros recuerdos, revelaban que Alec se había deshecho de algunos retratos. ¿Qué podían ocultar las fotos que había retirado? A Isabel ya no la hacía tanta gracia indagar en su vida, ¿mujeres, quizá?

—Ok Marian —con un cuídate hermanita le oyó colgar —Siento haberte

hecho esperar Aisa. Puedo seguir más tarde con las llamadas, te llevo al hotel primero —dijo Alec para después darla un breve beso —¿Qué ocurre? ¿Las fotos? ¿Te gustan?

Isabel las miró y luego a él.

—Intimidan un poco Alexander Colden.

—¿Sorprendida?

—Solo un poco turbada milord —le contestó Isabel con una reverencia.

—No lo seré hasta que herede, hasta entonces soy libre Aisa, aquí en mi casa, en Nairn, contigo. El mundo está muy lejos.

Isabel suspiró cuando Alec la inmovilizó entre sus brazos, frente contra frente sin dejar de mirarse.

—Vamos o no te dejaré salir en todo el día —dijo al arrastrarla hasta la puerta entre soplidos insatisfechos y risas cómplices.

La tercera llamada tendría que esperar a dejar a Aisa en el hotel, pensó Alec cada vez con más determinación, no podía aplazarlo de nuevo.

—¿En qué trabajas, Alec? —le preguntó Aisa al entrar en el coche—. ¡O es que ser rico es un trabajo!

Él sonrió irónicamente.

—Tengo dos empresas propias que gestiono de forma directa, soy consejero en otras dos que forman parte del patrimonio de la familia. —Le puso la mano encima de la pierna mientras conducía, en un gesto tan habitual que a Isabel le resultó familiar y reconfortante—. No creas que paso mi tiempo ocioso dedicado a la pesca del salmón.

Fueron hasta el garaje y resultó que Alec tenía un Lexus negro enorme, y ella atravesando en moto media Escocia bajo la lluvia. ¡Hombres!, pensó Isabel.

—Mi padre gestiona el resto del patrimonio Colden, menos mis empresas y el castillo. Digamos que soy autosuficiente.

—¡Vaya!, pensé que sólo te dedicabas a seducir turistas y vivir la vida —rio—. ¿A qué se dedican tus empresas? —preguntó otra vez Isabel.

—Esta conversación es aburrida, no quiero pensar en el trabajo, no cuando estoy contigo, Aisa —sonrió al intentar distraerla de su propósito indagador.

Llegaron al hotel, se despidieron con un breve beso, Alec esperó a que Aisa desapareciera dentro. Se preparó para la tercera y última llamada.

—Hola, soy Alec —dijo en castellano.

Una voz contestó al otro lado.

—¿Qué ha pasado? No sé nada de ella desde ayer, cuando me colgaste, no quería llamarla por si estaba contigo.

—Sí, estábamos juntos —respiró profundamente—. Laura, creo que la he fastidiado.

—No se lo has contado.

Alec apretó el volante del coche hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—No he podido decirle la verdad.

## Capítulo XII

Después de cambiarse, Isabel fue a ver a Manuela, tenía al menos una docena de llamadas perdidas de su amiga. El pasillo solitario hizo crujir la madera, escuchó tras la puerta un momento y llamó con decisión.

—Isabel, ¿dónde te habías metido? —preguntó Manuela al dejarla entrar.

—No te enfades conmigo Manuela —advirtió al caer tumbada en la cama deshecha, a la espera de una merecida bronca.

En ese momento se abrió la puerta del baño y, vestido solo con una toalla del hotel, de las minúsculas, salió el buen doctor Williams. Sus ojos grises miraron divertidos a ambas.

—Buenos días, señoritas —dijo en tono formal—. Creo que debería vestirme. Como ves Isabel, mi paciente está mucho mejor.

Los tres se quedaron mudos y Manuela le arrojó su ropa para hacer que se metiera rápido en el baño, el doctor dejó tras de sí la risa de las dos mujeres.

—Vaya, vaya, Manuela, has estado muy entretenida.

—¡Ya, claro! Fui a buscarte a la habitación como una buena amiga. ¿Y tú?, ¿has pasado la noche haciendo punto escocés?

Isabel se puso colorada y se echaron a reír como hacía tiempo que no podían. Reír, era como si Alec la hubiera enseñado a reír de nuevo después de tanto tiempo. Daba miedo.

—Isa, eres consciente del poco tiempo que nos queda aquí. No te cuelgues del Lord, ¿vale? No quiero que te haga daño.

—Es algo así como un *love affair*. No te preocupes, sé que cuando nos vayamos no volveré a verle —dijo Isabel disgustada por la advertencia.

—Entonces todo está bien —afirmó Manuela—. Porque no tienes nada que ver con él, ¿lo sabes? —Se sentó a su lado y cogió su mano—. Piensa en tu vida en Madrid, de qué manera encaja el escocés en ella.

—¿En qué momento hemos cambiado los papeles y tú eres la madre?

—Te quiero mucho, Isa. No quiero ver cómo te hacen daño. Una vez lo permití, lo permitimos todos, que tú no lo vieras venir no significa que los demás tampoco.

—Lo sé, pero créeme que ahora estoy feliz, aunque sea por unas semanas. Déjame ilusionarme, mientras tenga los pies en la tierra, todo irá bien.

—Se lo has contado, ¿lo de Jorge? ¿Todo?

—Sí —afirmó más seria.

—Qué el cielo nos coja confesadas, entonces estás perdida.

Manuela la abrazó, sabía que cualquier cosa podía derrumbarla de nuevo, había pasado tan poco tiempo. Había sido testigo de más de una salida de tono del borracho de su marido. Recordaba un día a principios del mes de julio, con el dinero del sueldo en el bolsillo se fueron de compras a Sol, Isabel miraba nerviosa alrededor, de hecho, siempre hacia lo mismo cuando Jorge no estaba cerca.

“Vamos a darnos prisa, Manuela, que voy a llegar tarde a casa”.

“Chica, qué prisa tienes, cada vez que vamos a un sitio hay que hacerlo todo a la carrera”.

El móvil de Isa se volvió loco de repente, llamadas, mensajes, una y otra vez sonando. Jorge la llamaba.

“Me he liado un poco con Manuela... sí, ya voy para casa... estamos en Sol... sí en esa tienda. Jorge, no te enfades conmigo que cuando llegues a casa estaré ahí”. Y colgó sin mirarla, lo que si miró fue el reloj, le quedaba más o menos una hora de libertad.

“¿Teníais que ir algún sitio?”, le había preguntado al colgar.

“No, es solo que se preocupa por mí”. Manuela no le dijo nada, a ella le parecía que la controlaba, alguna vez intentó abrirle los ojos respecto a él y siempre respondía con las mismas frases sobre lo bueno que era con ella, así que dejó de sermonearla.

“Venga, te ayudo a buscar la falda y nos vamos, ¡ea, Manuela!”.

No era fácil ir de compras con ella y se liaron un rato más, quería impresionar a Héctor en la oficina al día siguiente con su nueva falda y unos buenos tacones. Le gustaba mucho ese chico, pero sospechaba que solo tenía ojos para Isa.

Estaban en la tienda cuando a Isabel se le cayó todo lo que llevaba colgado del brazo. Frente a ellas estaba Jorge.

“¿Qué te he dicho?, ¡que fueras a casa!”. Y cogió a su amiga del brazo arrastrándola. Manuela los miró horrorizada ante la escena que veía. ¿Pero ese tío qué se creía? Al ver su reacción asustada enseguida paró y le pasó a Isa un brazo por los hombros.

“Cariño, me tenías preocupado. Perdona, Manuela, pero tenemos que irnos”. Le agarró la mano para que no se fuera con él, pero Isa se soltó. “¿No querías ir a casa de tu hermana?”. Isa lo miró con devoción, era un manipulador nato.

“Lo había olvidado cariño. ¿Quieres que te llevemos a algún sitio?”. Manuela se negó y se quedó helada mientras salían de la tienda. Isa no veía nada más allá de los ojos de Jorge.

—¿Puedo invitarlas a desayunar, señoritas? —dijo el doctor al salir del baño completamente vestido para alivio de ambas.

—Pues claro. ¡Pero qué guapísimo estás, doctor! —afirmó Manuela al levantarse, intentando olvidar aquel episodio en Madrid.

Cuando terminaron de desayunar, apareció Alec, saludó a Willy con familiaridad. Resultaba que ambos se conocían desde niños, era el médico de su familia.

El doctor susurró algo al oído de Alec y ambos se saludaron con unos golpes fraternales en la espalda.

—Gracias por llamarme, Alec. Mi enferma resultó ser encantadora —escuchó Isabel al doctor.

¿Había sido Alec quien le había llamado, no desde el hotel? ¿Cómo había sabido que Manuela estaba enferma? Apenas se habían conocido un día antes, y por qué mandar un médico al hotel ... ¿sabía que estaban allí? ¿Y lo de saber el nombre de su hermana la noche del pub? La mente de Isabel quería hilar algo, pero se le escapaba en el último momento, algo no cuadraba y la irritaba no dar con ello.

—¿Por qué te ha dado las gracias, Willy? ¿Por llamarle para venir a ver a Manuela? —preguntó a Alec abruptamente.

Alec la miró sorprendido y creyó ver un atisbo de desconcierto en sus ojos, se quedó en silencio, sonrió al encoger los hombros.

—William hablaba del día del pub me preocupaba dejarla sola con ese idiota y vi al doctor, le pedí que echara un vistazo a Manuela, lo hice por ti, Aisa —dijo serio.

Me está mintiendo, pensó Isabel, desgraciadamente era una experta en mentiras.

—¿Cómo sabías que se conocían? —volvió a preguntarle a Alec.

—Manuela lo dijo de pasada en el pub al verle por allí, él me contó lo de la española enferma en el hotel y simplemente los relacioné —contestó con una sonrisa a modo de disculpa.

Isabel sonrió más tranquila, “estás paranoica, le has buscado tres pies al gato, como diría Laura”.

Le miró distraída por la postura que adoptó, con los codos sobre la mesa. Alec llevaba una camisa azul por encima de los pantalones, hacía que sus ojos

parecieran aun más de color cobalto, tenía unas leves ojeras que en él quedaban hasta encantadoras. Al sentirse observado la miró, con una sonrisa en los labios, la besó sin pudor ante sus respectivos amigos. No pudo evitar sonrojarse por la muestra abierta de cariño.

Tras un denso debate entre los cuatro, finalmente decidieron enseñarles a las chicas Inverness e invitarlas a comer. Isabel descubrió con sorpresa que era agradable compartirle por un rato con sus amigos. En comparación entre el doctor y él, Alec era callado, pero estaba siempre pendiente de ella, cuando reía o decía algo, de vez en cuando le rozaba la mano o se la cogía para acariciar con su pulgar la muñeca. Aun así, Isabel lo noto distraído, hasta pensativo.

—Cómo me gustaría ir, verdad que sí, Isa —decía Manuela sentada con la espalda apoyada en el banco del pub en el que comían.

—¿Dónde quieres ir, Manuela? —preguntó Alec distraído.

—A la fiesta escocesa de Nairn. Tú tienes que ir por fuerza, ¿no, Alec? —preguntó Willy.

—Sí, para mí es una obligación, pero este año lo pasaré bien si me acompañáis, ¡Venid todos, por favor!, seréis mis invitados —dijo abriendo los brazos con una espontanea alegría. Ni siquiera había recordado la dichosa fiesta en los últimos días.

—¿Qué fiesta es esa? —preguntó Isabel al doctor.

—Oh, nos vestimos de escoceses, tocamos viejas canciones al son de las gaitas y nuestros abuelos cuentan historias de guerras y fantasmas mientras la mayoría se emborracha durante toda la noche. Es un espectáculo digno de ver —explicó Willy con tono jovial—. Se celebra el 31 de agosto, desde hace siglos, en la pradera del castillo. Acude una empresa de eventos desde Inverness con carpas, encienden hogueras y la gente del pueblo lleva comida tradicional. Es muy turística, los comerciantes de Nairn la esperan todo el verano. Como diría un famoso poeta “Mientras nos quede la música y el whisky, quedará vivo algo de Escocia en nosotros...” o algo así. ¡¡Slainte Alec!! —brindó con su amigo, ambos apuraron la cerveza hasta el fondo.

Quedaban cinco días para la fiesta y diez para que aquel viaje acabara. En común acuerdo tácito ninguno habló de ello mientras recorrían las calles de Inverness.

Animados por la compañía mutua fueron por la tarde al castillo de Urquart, donde Isabel disfrutó muchísimo tomando fotos de las hermosas ruinas mientras el final del verano les ofrecía un maravilloso atardecer sobre



el río.

Los tres se sentaron a observarla mientras subía y bajaba por las escaleras buscando el mejor encuadre, caminaba por la orilla y finalmente, entre risas, les hizo un *book* completo desde todas las perspectivas.

Manuela la veía sonreír como una niña y notó el rubor de ella al bajar la cabeza cuando Alec le habló al oído sobre lo maravilloso de descansar escuchando el rumor del agua. Aprovechó el momento en que Isa fue a repetir unas tomas de las torres del castillo para acercarse al escocés.

—Si le haces daño tendrás que vértelas conmigo —le dijo a Alec casi en un susurro—. Es mi única amiga y la quiero con locura.

—¿Y dónde estabas cuando el idiota ese se emborrachaba? Podía haberle hecho daño —le dijo muy serio en voz baja.

Se sorprendió al escuchar a Alec hablar en ese tono cortante. Al parecer ese escocés no era tan despreocupado y conquistador como quería parecer, tal vez Isa le había llegado al corazón, un rayo de esperanza sacudió a Manuela.

—No te atrevas a juzgarme, no sabes la de veces que intenté hacerla abrir los ojos. Que viera lo que todos sabíamos desde hacía tiempo —contestó enfadada.

—Perdona, Manuela, no quería ser desagradable, pero cada vez que la miro y pienso lo culpable y sola que se debido sentir todo este tiempo. Me dan ganas de matar yo a ese cabrón —dijo en castellano.

—Está muerto y bien muerto. No eres el único que lo deseaba, Alec. Tú solo ten cuidado de no romperle el corazón —suspiró alterada—. Me pregunto por qué te has fijado en ella. Isa no parece tu tipo. Aléjate antes de que se enamore de ti —dijo apuntando con el dedo en el pecho de Alec —¿Crees que ella encaja en tu familia, en tu vida, en tu castillo? Yo creo que no. ¿O hay algo más que no sé? No me creo que en tan poco tiempo te hayas enamorado de ella.

Willy se acercó hasta ellos y Manuela obvió a Alec ya transformada otra vez en la alocada amiga de Isabel, anduvo hasta su amigo y lo llevó del brazo colina arriba como si aquella conversación no hubiera tenido lugar.

Durante un rato más, Alec observó a Aisa. Manuela tenía razón, no era su tipo, siempre fue aficionado a salir con chicas no más guapas que ella, pero con cierto glamour innato que proporcionaban las cuentas abiertas de sus padres y las carreras en college privados, más, como decirlo, libres de sentimientos. Fines de semana a esquiar en Suiza y noches de cena en París. Aisa era preciosa y maravillosa, pero qué pasaría después, cuando se

encontrara en el ambiente de Edimburgo o Londres con algunas de sus ex. Había visto su reacción ante Marian y cómo se sintió cuando pensó que era otro sentimiento el que los unía.

Cuando volviera a la realidad, cuando le esperara horas y horas sola en su apartamento mientras él pasaba catorce horas en el trabajo. En realidad, pensaba en su padre, con total seguridad la desaprobaba, tenía en sus expectativas para su único hijo a alguien como su hermana. Una mujer capaz de lidiar con tiburones a la vez que sofisticada y con dinero. Pero no era eso lo que él quería, quería la oportunidad de tener una verdadera familia, la que siempre deseó y envidió en algunos de sus compañeros. En el internado fue fácil, todos eran iguales con más o menos fortuna en la vida, pero al llegar a la universidad comprobó que había otras familias, las que deseaban reunirse en vacaciones y pasar tiempo juntos. Con Aisa era capaz de ilusionarse por las pequeñas cosas de la vida, disfrutar de su sencillez, de despertar cada día a su lado. Con ella una familia parecía posible para Alexander Colden.

Ella se giró y lo sorprendió con el fogonazo de su flash mientras le sonreía. Lo dejaría todo por ella, ni su padre, ni Marian, ni su apellido podrían hacerle renunciar a aquella Selkie española.

## *Capítulo XIII*

Isabel y Manuela volvieron exhaustas al hotel, en los últimos días Alec y Willy habían sido sus guías, pero al día siguiente era lunes y el buen doctor tenía trabajo en el hospital de Inverness donde era pediatra. Era curioso porque a pesar de llevar dos matrimonios fallidos a sus espaldas no tenía hijos. Con una sonrisa les hizo prometer que cuidarían de Manuela.

Alec quedó en pasar a buscarlas por la tarde, sobre las siete, para llevarlas a cenar a un pequeño restaurante en el pueblo. Se despidió de Isabel con un largo beso preludio de lo que le esperaba esa noche al dejar a Manuela en el hotel.

Isabel sabía que dependía cada día más de ese hombre a nivel emocional, cuando él estaba cerca sólo tenía ganas de sonreír, de intercambiar miradas cómplices como si nunca se cansara de tenerle a su lado. Era un sentimiento tranquilo durante el día que la hacía compartir una amistad que nunca creyó tener con un hombre. Se reían, hablaban sin temor del pasado, era un sueño perfecto, a veces discutían por la forma de Alec de ver la vida, con calma, sin planear nada al margen de su trabajo. Isabel era lo contrario, le encantaba saber qué iban a hacer, dónde iban a comer, dónde estarían a una hora determinada, y descubrió que ambos se complementaban muy bien a pesar de sus diferencias. Pero sobre todo le gustaba el espacio que él la dejaba, nunca decidía por ella, nunca la acorralaba con sus exigencias. Por la noche todo cambiaba, un fuego los consumía como si nunca pudieran saciarse de hacer el amor, como si lucharan el uno con el otro por ver qué sentía cada uno y a la vez ocultárselo. Él no había pronunciado una palabra sobre lo que sentía, ella tampoco, como si ninguno de los dos quisiera dar el primer paso por temer a confundir los sentimientos que los embargaban.

Isabel alejó sus pensamientos mientras entraba con Manuela en la abarrotada recepción del hotel. Una chica las llamó desde el mostrador. Era un mensaje de Sandra, su jefa. Lo cierto es que tenían mil llamadas de ella que no habían contestado ninguna de las dos. Era un recordatorio constante del poco tiempo que les quedaba. Si sólo durara unos días más, pensaban las dos en voz alta cuando estaban a solas.

Apenas llegaron a la habitación, pusieron el manos libres en el móvil de Isabel y la llamaron.

Cuando Manuela colgó, sus rostros estaban entre la sorpresa y el fastidio. Les había explicado que les mandaba a Héctor para hacer un especial en las islas del norte. Un trabajo sobre Barbados se había complicado por las condiciones climatológicas y necesitaban contenidos urgentemente, los jefazos de redacción lo habían solucionado rápidamente, a partir del material que les mandarían. Había suficiente para publicar en la web española un dossier completo de Escocia. Héctor estaría de paso unos días, recogería lo que ellas tenían y seguiría rumbo a las islas para completar contenidos. Gran Bretaña se había convertido en un destino español muy turístico. Al abrir muchos antiguos castillos y reformarlos como hoteles resultaba muy atrayente para los recorridos de las tour operadoras, ya que eran estancias de al menos diez días en autobuses o coches alquilados.

Sandra esperaba que se comportaran como adultos, consciente de la relación más bien mala que tenían él y Manuela. Nada de broncas y mucha profesionalidad exigió ya que iban a estar en el mismo hotel y no quería tonterías.

No pudieron protestar, lo que salía de la boca de la bicha iba a misa y hubieran tenido que dar muchas explicaciones acerca de sus guías particulares.

—Pero ¿qué hacemos aquí con ese... ese...?

—Pues nada, Manuela, aguantarle como llevamos haciendo media vida en la oficina y decirle adiós el miércoles —dijo Isabel más relajada. Se tumbó en la cama con aire ausente—. Eso sí, no jorobes lo del doctor por Héctor. Por favor amiga, que Willy es un sol de hombre —le suplicó con las manos unidas.

—Aunque no lo creas, estoy loca por él. Lo sé, he debido comer otra vez algo en mal estado, pero yo creo que esto va en serio, Isa. —Rio con ganas ante la cara compungida Isabel—. Dice que quiere que me quede con él, probar cómo nos va juntos... y sí, no me mires así, creo que voy a pedir una excedencia. Estoy harta de Madrid, de la editorial, de mi vida, de... mí misma. Ya no me hace gracia ser la payasa inconstante, no sé, Isa, creo que estoy en plena fase de cambio.

—Ay, Manuela, qué feliz me haces. Me gusta mucho el doctor, es un buen hombre —dijo abrazándola—. Es increíble lo cambiada que estás, la felicidad se te escapa en cada sonrisa. Por favor, recuerda lo que has dicho, más te vale no acercarte a Héctor, yo me hago cargo de él y tú sigue adelante con el doctor.

—Isa, no te enfades, yo sé por dónde me ando, si sale mal me doy la vuelta, cojo mi maleta y me voy —escenificó cómicamente mientras reía—.

¿Pero y tú? No quiero hacer de madre angustias, pero Alec te va a hacer sufrir.

—Pues no hagas de madre. —Isabel la miró desconcertada—. Me gusta Alec, pero no creo que sea el amor de mi vida, Manuela. ¿Crees que me engaño al pensar que un hombre como él vendrá y me pedirá que me case y tengamos una docena de críos? No soy tonta, en diez días todo se habrá acabado y pienso disfrutarlo, no quiero nada de él más allá de este tiempo. No me engaño al pensar que soy el tipo de mujer que le conviene, no me quito los vaqueros y las botas, soy tímida y vergonzosa, y tengo una profesión que no me da de comer. —Rio ante la cara de espanto de su amiga—. La verdad es que no sé qué le gusta de mí, así que, por una vez voy a olvidarme de las consecuencias de todo esto, y voy a disfrutar —acabó con un fuerte soplando. No quería que Manuela supiera lo del cuadro, hasta ella misma a veces dudaba que el interés de Alec no fuera el de un fan por su obra preferida.

—Mientes fatal, Isa —contestó—. Cada vez que lo miras me pones mala con esos ojitos que pones. Estás colgada de él. ¿Y sabes lo que pienso?, que, si no ve lo maravillosa que eres, es un ciego además de tonto. No eres explosiva ni va contigo, pero eres guapa, sencilla y yo te quiero a morir, Isa —afirmó al caer sobre ella en la cama con un abrazo.

—Bueeeno, esto va fatal. No quiero discutir contigo, además tengo planes para cuando vuelva a Madrid. Voy a vender esa casa que le encantaba a Jorge, alquilaré algo en las afueras, en el campo, una casita pequeña y barata, para mí y para un perro, me compraré un perro...

—O un gato, va más con tu personalidad, así no tendrás que salir en días —interrumpió Manuela en broma.

—Qué mala eres a veces, es que por el momento no quiero hombres en mi vida que me la compliquen. Ya pagué el precio de enamorarme del hombre equivocado, no caeré otra vez en el mismo error. Quiero estar sola un tiempo y descubrir quién soy, vivir un poco y ver si soy capaz de juntar todos mis pedacitos rotos... Alec no está en mis planes de futuro más allá de estos días, además...

En ese momento llamaron a la puerta, Isabel abrió con sorpresa por la interrupción. Era Alec, se preguntó si habría estado escuchándolas y al ver su expresión tranquila se relajó.

Alec había dudado si llamar o marcharse, escuchó la conversación de las dos sintiéndose mal, pero uno no tenía todos los días ocasión de oír los cotilleos de una mujer acerca de él. La verdad es que nunca le importaron esas cosas, pero había palidecido con las últimas palabras de Aisa. Le iba a

demostrar que él no se creía esa fachada, iba a saber quién era Alexander Colden y lo “colgada” que estaba de él.

En el coche las dos le contaron que al día siguiente vendría un compañero de la editorial. Él les preguntó sin demostrar demasiado interés, y notó que ellas tampoco querían darle demasiados detalles sobre Héctor y su visita. Solo dijeron que no pensaban aguantarle merodeando todo el día a su alrededor.

Isabel volvió a escrutar el rostro de Alec molesta, a veces le dolía el poco interés que él demostraba por su trabajo, o su vida en Madrid, excepto cuando la veía con su cámara colgada del brazo. Entonces Alec la ayudaba a buscar encuadres o fotos en paisajes imposibles, se dejaba guiar por él y se prestaba a permanecer más del tiempo necesario en cualquier lugar, aunque las repentinas tormentas acabaran empapándolos o el escocés fuera el modelo paciente en muchas de ellas.

El restaurante resultó ser tremendamente acogedor, era pequeño y con pocas mesas dispuestas unas alejadas de otras para mantener la intimidad. En las paredes había colgadas fotografías antiguas de grupos de escoceses tocando la gaita, y unas pocas, que iban del blanco y negro al color representaban distintas generaciones en fiestas del condado y juegos tradicionales. Isabel envidiaba aquella forma de vida que había pervivido de generación en generación y había sobrevivido a tantas guerras. Todos formaban parte de una familia que, aunque con los siglos se habían dispersado por los cinco continentes, seguían manteniendo sus tradiciones y su orgullo por la tierra en la que vivían.

Disfrutaron de una cena típica y, a recomendación de él, pidieron salmón con una salsa deliciosa. Se rieron muchísimo mientras Alec les contaba anécdotas graciosas acerca de las fotos hasta que, bromeando, le encontraron en una, vestido de escocés, cuando no tenía más de ocho años. Fue encantador toda la cena, bromeaba con ellas y, como siempre hacía, consiguió sin pretenderlo que acabaran siendo el centro de atención de todo el restaurante. Su mesa de tres acabó siendo de casi veinte personas, tan diferentes como el país en el que estaban, en vez de sentirse cohibido, parecía tener siempre la palabra justa para cada persona, la anécdota graciosa para el que se mostraba reacio y la sonrisa encantadora para cada chica.

Isabel veía cómo las mujeres de alrededor lo miraban descaradamente desplegando sus encantos, y a ellas, con una envidia no muy sana. Le extrañó que ni una de las miradas de Alec para ella fueran cómplices, la tenía

acostumbrada a algún roce de su mano, un corto beso, pero nada. Al vestirse para la cena se envalentonó y se había puesto un pantalón de Manuela ajustadísimo y una camisa roja muy sexy con unos zapatos de tacón del mismo color, pero él ni la miró. Isabel pensó que tal vez Alec no quería que Manuela se sintiera apartada y no le dio importancia, aunque se decepcionó un poco, había tardado siglos en elegir el modelito. ¿Y si ahora que había probado lo que ella le había dado no quería repetirlo? ¿Y si era demasiado caballero para decírselo? Pasó mortificada toda la cena, para cuando las llevó en el coche de vuelta al hotel estaba convencida que algo le pasaba a Alec, ni una mirada, ni una sonrisa, solo su perfil serio mientras conducía.

Manuela salió del coche a la carrera para que pudieran quedarse solos e Isabel quiso imitarla. En vez de detenerla, Alec acudió a abrir su puerta. Al salir, quedaron frente a frente, con la mirada puesta en el otro, verde esperanza contra mar embravecido. Alec la dio un beso casto en la mejilla.

—Nos veremos mañana, Aisa.

Volvió a montarse sin pronunciar una sola palabra más. Isabel siguió con la mirada cómo desaparecía el Lexus por el camino de gravilla. “Pero este idiota qué se cree”, pensó enfadada sin sospechar lo que Alec había escuchado de sus labios.

“Ahora sí que te vas a enterar”. Y de pronto le pareció una buena coincidencia que al día siguiente llegara Héctor.

Se giró acompañada por el sonido de sus tacones sobre la gravilla. La entrada al hotel estaba desierta a esas horas y apenas acertaba a ver hasta los límites del camino. Se paró para mirar alrededor, otros días el aparcamiento no le parecía tan siniestro como esa madrugada.

Isabel dio la vuelta, pero las luces del coche de Alec ya salían a la carretera. Unos pasos en su dirección hicieron crujir las piedras y comenzó a andar más deprisa. En el momento en el cual pensaba que había sido su imaginación escuchó de nuevo los pasos acercarse desde los árboles, casi a la carrera. Isabel echó a su vez a correr presa del miedo, era como si alguien la acechara desde la oscuridad y hubiera decidido atraparla. Atravesó la puerta del hotel, empujó la puerta con una fuerza sobrehumana. El recepcionista la miró sorprendido e Isabel se giró hacia la oscuridad del exterior. Los cristales la devolvieron su reflejo, allí no había nadie. Saludó al chico con la mano y corrió escaleras arriba. Solo al cerrar la puerta de su habitación se permitió respirar, ¿qué había pasado ahí fuera? Estaba más paranoica que nunca.

## Capítulo XIV

Y Héctor llegó, impecable con su traje Boss y su sonrisa arrebatadora. Aún no eran ni las siete y ya estaba en el comedor del hotel desayunando, hablaba con Rose. La camarera lo miraba encandilada por sus ojos verdes, sonreía tontamente cuando él le dijo algo que la hizo enrojecer.

—Bueno, ahí vamos, Manuela —dijo Isabel dándose ánimos a sí misma más que a su amiga—. Veamos con qué nos viene Héctor.

El las vio enseguida y se levantó para saludarlas, con una sonrisa deslumbradora ignoró a Manuela y miró a Isabel atónito, de arriba abajo. Isa siempre le gustó, era guapa y aunque le gustaba más cuando llevaba el pelo rubio y ropa más sexy, adivinaba lo divertida que podía ser con ese humor irónico y mordaz que le tomaba de blanco en muchas ocasiones.

—¡Vaya, Isa! ¡Qué bien te sienta el aire escocés! Estás guapísima —le dijo Héctor, separó la silla más cercana a la de él con un gesto caballeroso. Miró de reojo a Manuela y el mohín que le hizo, por esta vez pasaba de ella y sus malos modos.

—Hola, Héctor. ¿Qué tal el viaje?

—Sí, hola Héctor —refunfuñó Manuela—. Ten cuidadito que conozco esa mirada —susurró al oído de Isabel—. Está de caza.

Su amiga frunció el ceño. Tras un tiempo detrás de él, Manuela sucumbió a una noche loca de alcohol y sexo con Héctor. Desde entonces no se miraban ni a la cara sin que mediera un insulto o una palabra cortante. Nunca le contó qué pasó entre ellos, pero intuía que tenía que ver con ella. En esa época afortunadamente Héctor no se fijaba en casadas y menos en ella, que huía de todos los hombres por miedo a enfadar a Jorge, pero lo cierto es que se llevaba muy bien con él, antes del incidente Manuela y Héctor, claro.

—¿Qué planes tenemos hoy, chicassss —dijo al arrastrar la “ese”—. ¿O improvisamos? —dijo mirando a Isabel con picardía.

—¡Oh! Lo siento, pero hemos concertado una cita en el valle del Speyside, es una visita guiada a una destilería, nos esperan allí en dos horas —le interrumpió Manuela—. Sentimos dejarte solo —fingió con voz de pena mientras arrastraba a Isabel.

—No os preocupéis, os llevo yo. He alquilado un coche en el aeropuerto. Tú sigues sin poder conducir, ¿no Isa?



Isabel lo miró y sonrió con un gesto falso, recordó cómo había visto alejarse la noche anterior el coche de Alec, la había dejado plantada, no tendría remordimientos en usar a este prepotente.

—Iremos en el coche de un amigo, pero claro que puedes acompañarnos. Estaremos encantadas. ¿Verdad, Manuela? —Y la propinó un codazo para que asintiera.

—¿Claro que sí? —preguntó Manuela perpleja.

—Pero tendrás que ponerte otra ropa, Héctor, donde vamos no creo que tus zapatos italianos aguanten el barro si empieza a llover.

Manuela no podía estar más atónita, con la boca abierta la miró con una sospecha dibujada en sus ojos negros. ¿Qué se traía entre manos Isabel? Nada bueno.

—Buena idea, esperadme fuera, no tardo ni cinco minutos. —Héctor se fue a la carrera del comedor.

Manuela se giró como si la llevara el mismo diablo y la miró con los ojos entornados, empezaba a comprender el juego que se traía después de la espantada de Alec la noche anterior.

—¡Pero por qué le haces ojitos! Estás loca, Isa.

—Calla, anda, ya que tenemos que aguantarle, tengámosle contento.

—No sé a qué juegas, pero el escocés le va a partir la cara, es insoportable y tú le estás dando coba. No me gusta nada esta situación.

—Ya veremos, Manuela, veremos cómo acaba esto —dijo Isabel sonriendo.

En ese momento entró en el parking el coche de Alec. Cuando él bajó de su Lexus, su amiga emitió un silbido al que él respondió con una reverencia. Iba vestido con unos vaqueros que le sentaban de maravilla y una camisa azul, remangada hasta el codo que marcaba cada músculo de sus brazos. Isabel lo miró, sabía qué había debajo de cada pedazo de tela, un calor le subió por todo el cuerpo. ¡Pero qué tonta era al creer que podía ignorarle y ponerle celoso!

—Buenos días, mon chridle —dijo Alec muy seguro de lo que encerraba su mirada.

¡Cómo podía saber lo que había pensado! ¿Es que todo se transcribía en su frente?

—Buenos díaaas —exclamó Manuela mirando al escocés con descaro —. Esperamos a nuestro, ¿cómo llamarle?, amigo, compañero, tostón...

—Tengamos la fiesta en paz, Manuela. Buenos días, Alec —la

interrumpió Isabel enfadada. Manuela la sacó la lengua ante el mal genio que se le ponía al ver que no era inmune a los encantos de Alec.

—¿Entonces esperamos? —preguntó el escocés.

Héctor se acercó a ellos y vio cómo se miraban Aisa y aquel extraño, no pudo evitar que su humor satírico sacara lo peor de él.

—Isa —dijo Héctor. Rodeó su cintura con familiaridad mientras atravesaba a Alec con una mirada de desafío—. Ya que mis chicas no me presentan, soy Héctor Gala —y le ofreció su mano mirándole fijamente. Tuvo que mirar hacia arriba, ya que aquel escocés era un cabeza más alto que él.

Alec dudó un momento mirando fijamente ambas manos de Héctor, la que rodeaba la cintura de Aisa y la que le ofrecía a modo de saludo, finalmente estrechó la que le quedaba libre. Iba a ser un día muy largo.

—Alexander Colden.

En el coche no pronunció palabra al contrario que Manuela, que no paraba de parlotear para aliviar la tensión que se respiraba allí dentro. Al llegar les esperaba, dando pequeños pasitos por el sendero de tierra una mujer vestida con un traje de chaqueta corto. Era escocesa sin duda, pelirroja, con el pelo muy largo recogido en un perfecto moño italiano. Sus ojos castaños se abrieron enormes cuando vio el coche que llegaba. Era de una belleza perfecta enmarcada en un rostro ovalado, maquillado al detalle.

—¿Cómo estás querido? —saludó a Alec mientras le daba un efusivo beso. Éste se lo devolvió sin dudarlo mientras Isabel ponía los ojos en blanco.

—Rachel Mac Tavish, estás preciosa. ¿Qué tal está tu hermano? Gracias por invitarnos a tu destilería —dijo Alec, la besó la mano con cariño.

—Está como siempre, ya sabes. —rio de forma escueta la pelirroja.

Isabel creía que le iba a dar algo, se veía a la legua que aquellos dos habían compartido algo más que un café.

—Estos son unos amigos españoles —Les presentó Alec en castellano, Rachel lo entendía perfectamente—. Isabel Piñero, Manuela Freire y Héctor Gala. Ellas tendieron su mano, pero el caradura de Héctor avanzó y le plantó dos besos en la cara sin ningún pudor.

—¿Trabajan para ti? —dijo aún conmocionada por la efusividad del español.

—¡No, no! —la interrumpió Alec pasando al inglés—. ¿Puedes enseñarles todo esto?, escriben un artículo sobre tradiciones escocesas, ¿y hay algo más escocés que vuestro whisky?

—Pero claro —rio—. Estáis en vuestra casa, tengo una guía que habla un

español perfecto. Mientras tú y yo les esperaremos en la sala de catas, querido. Tenemos que ponernos al día de tantas cosas. —Y las miró de arriba abajo con un mohín.

Con un gesto de su mano les dio a entender que no eran rivales para ella. Isabel se mordió la lengua. Ponerse al día, si volvía a llamarlo “querido” la saltaba a la yugular. Ya no le hacía ninguna gracia el juego que ella misma comenzara, el sentimiento de posesión la estaba volviendo loca. Después de lo que había pasado entre ellos se ponía a tontear con esa pija escocesa. Y Héctor cansaba demasiado, con sus miraditas y esas manos suyas que no paraban de agarrarle la mano, el brazo, la cintura. Se estaba poniendo muy pesado. Al fin y, al cabo, no era culpa suya, había sido ella la que le había incitado descaradamente.

Rachel les presentó a la guía sobre un puente de madera que parecía a punto de caerse por el peso de todos. La mujer era mayor y muy agradable, vestida con un traje de chaqueta azul un tanto mohíno. El río que corría bajo ellos era de color amarillento, del mismo color que el whisky, olía igual, fuerte y con cuerpo, hasta mareaba. Isabel intentó no respirar al sentir un vuelco en la boca del estómago, la verdad es que no desayunó mucho con los nervios y eso sumado a la caminata que daban la pasaba factura con una debilidad que la mareaba. El susurro del agua chocando entre los guijarros la relajó un poco mientras observaba a Alec alejarse junto a Rachel. No miró ni una vez atrás, hacían buena pareja, pensó fastidiada.

Una hora después, cansados de las explicaciones exhaustivas de la guía y un poco perjudicados por el fuerte olor llegaron a la sala de cata. No tenía que haberse subido a esa escalera e inclinarse a ver los alambiques, pero la curiosidad había podido con ella. Manuela y Héctor tenían más aguante, pero Isabel estaba a punto de desmayarse. Lo peor no era que el alcohol se la hubiera subido a la cabeza sin haberlo probado, sino que tuviera un puntillo y hacer ver que no la pasaba nada. “¿Cómo se conseguía no parecer borracha?” Hacía rato que los seguía por inercia y asentía con la cabeza cada vez que la guía la miraba. En la sala vio una bandeja preparada con pequeños vasos y fue aún peor. No había rastro de Alec y Rachel y su guía la miraba mientras entornaba los ojos de forma sospechosa.

—Comenzaremos la cata con una fermentación en barrica de roble durante ocho años, estos barriles que anteriormente contenían ron son los que confieren... —No podía concentrarse en entender su fuerte acento, miró a Manuela que encendió la grabadora y parecía estar perfectamente. Héctor notó

que Isabel inclinaba todo su peso primero en una pierna y luego en la otra, miró a su alrededor inspirando con un suspiro que los sobresaltó a todos. Se acercó a una vieja silla de madera mientras la cabeza le daba vueltas y más vueltas y se derrumbó en ella, cerró un momento los ojos. Al sentir que todo giraba más deprisa los abrió en un intento de serenarse.

Primer vaso, de un trago, venga, ¡Ay, Isabel, aguanta!, pensó. Segundo vaso, más despacio que vas a hacer una escenita. Debería ponerse de pie porque sentía cómo el suelo se iba acercando poco a poco sin poder evitarlo. De pronto, el suelo la alcanzó y todo se volvió oscuro.

Despertó con la vista nublada entre unos brazos y se sintió maravillosamente bien. Era Alec, lo supo enseguida por el olor de su crema de afeitarse, un olor suave y masculino. Se enroscó aún más en sus brazos como si fuera un gato a punto de ronronear.

—Creo que ya está despierta. Escuchó a Héctor más lejos, tras ellos—. ¡Déjala en el suelo! —dijo en tono exigente.

Alec notó como Aisa se acurrucaba aún más contra él. Le sorprendió lo poco que pesaba mientras andaba hacia el coche con ella en sus brazos.

“Cállate idiota”, pensó Isabel al oír con claridad a Héctor.

—¡Ay, Alec, si estaba bien! Se cayó redonda de la silla, así de repente. ¿Verdad, Héctor? ¿Qué susto me ha dado! ¿Crees que se ha hecho daño? —preguntó su amiga muy preocupada.

—Tranquila, Manuela —dijo el escocés—. Le pasa a mucha gente, sólo se ha mareado, el olor a alcohol es muy fuerte ahí dentro. Pensó en cuántos vasos se habría tomado. Recordó la noche del pub y cómo se emborrachó con apenas dos pintas. Claro, que si uno se las bebía de un trago como había hecho Aisa podían tumbar a cualquiera y más a alguien tan menudo como ella.

—Ya se ha despertado, puedes soltarla —dijo otra vez Héctor, agarró a Alec del brazo y éste frenó en seco de un tirón.

—No me toques nunca más —le increpó Alec sin levantar la voz. Sostenía a Aisa en los brazos, pero si tenía que partirle la cara lo haría hasta con una sola mano—. ¡Apártate! —exigió con calma, asintió sobre lo acertado de su decisión cuando Héctor se alejó rápidamente.

No le hizo caso y siguió andando con ella, le apartó el pelo de la cara e Isabel le guiñó un ojo, ella volvió a hacerse la dormida. Tuvo que sonreír al verla borracha y cómo fingía para quedarse en sus brazos. Haciendo malabarismos le dio las llaves del coche a Manuela y se sentó en los asientos traseros con ella recostada contra su regazo.

Comenzó a acariciarle el pelo desordenado y notó cómo se quedaba otra vez dormida encima suya. Sus ojos verdes parecían más rasgados cuando los cerraba, un sentimiento de protección lo invadió. Después de haber aguantado un rato las insinuaciones de Rachel, sabía que no podía tocar a otra mujer. Aisa se había adueñado de su pensamiento y por como sentía el dolor en su entrepierna, de otra cosa. Si al menos pudiera confesarse a sí mismo todo lo que pasaba por la cabeza...

Héctor les vigilaba por el espejo con una mirada desafiante, cómo le gustaría darle un puñetazo a ese idiota que la perseguía. Se arrepintió de no haberlo hecho. Compartía hotel con ellas, ¿cómo iba a mantenerlo alejado de Aisa si no podía vigilarlo?

Manuela condujo hasta el castillo y aparcó junto a la puerta de madera, al salir le sonrió. A pesar de sus advertencias para proteger a Aisa sabía que podía contar con ella, se despidió brevemente de él sin hacer caso de las advertencias de Héctor sobre dejarla allí.

Alec en seguida puso su cabeza en marcha, Aisa tendría que quedarse con él hasta que ese idiota desapareciera, ¿quién lo habría enviado? Tenía que enterarse de que había provocado este giro inesperado de los acontecimientos. Rodarían cabezas en Madrid, y la primera la de Sandra, la directora.

Un largo rato después Isabel abrió los ojos y lo primero que notó fue su propia mirada proveniente del cuadro, se sobresaltó. Estaba en el apartamento de Alec. Intentó recordar todo el episodio ocurrido en la destilería, pero solo vino a su mente que él la había llevado en brazos, inspiró fuerte para sentir otra vez el aroma de Alec. Ahora ese olor la rodeaba en su casa, en la manta con que la había tapado, los cojines del sofá, todo olía a él.

Recordó a Rachel. ¡Qué vergüenza!, borracha casi sin probar nada, vaya numerito había montado. ¿Y tú qué miras? —dijo Isabel a la imagen del cuadro, con un desafío a aquella media sonrisa que se la antojaba irritante.

Escuchó ruido en el baño y volvió a recostarse en el sofá, entornó los ojos para simular que seguía dormida. Lo vio salir con tan solo una toalla atada a la cintura.

—¿Estás mejor, Aisa? —preguntó Alec tras sentarse en el suelo, junto al sofá.

—No —contestó Isabel escondiendo la cara—. ¡Qué vergüenza! —Escuchó la risa de él y se volvió a meter entre los cojines al intuir que estaba ruborizada. Oculta entre capas y capas apenas podía respirar, no quería mirarle y que tuviera esa expresión burlona que tanta rabia le daba.

—Cuando llegué con Rachel menudo espectáculo, en el suelo tirada, roncando como un oso. —No podía parar de reír mientras ella escondía la cara entre los brazos en un gesto infantil.

—¡Oh!, yo no ronco, idiota. Si no me hubieras dejado para irte con esa mujer a lo que fuera que ibais. ¿Crees que no vi cómo te miraba y te besuqueaba? Queriiiiido —dijo imitando la afectación de Rachel con su voz mientras emergía del sofá con la barbilla muy alta.

—No pasó nada entre Rachel y yo —contestó Alec riendo—. De todas formas, creí que no querías compromisos, quizá solo con una mascota, y parecías pasarlo muy bien mientras el cretino ese te toqueteaba como si fueras propiedad suya, por cierto, le encantaba hacerlo —contestó Alec con cara de enfado.

Ella se calló, había perdido. Por eso había estado tan distante con ella todo este tiempo, escuchó su conversación con Manuela en el hotel, se apresuró al hacer tales afirmaciones porque en realidad no sabía lo que quería del escocés, alejarlo o acercarse más a él.

—Fue una tontería lo que dije, Alec, es decir, no quiero precipitarme, quiero estar contigo, me gusta mucho estar contigo, disfrutar de estos días que...

Él apoyó la yema de sus dedos sobre la boca de Isabel, interrumpió su explicación, la besó en los labios dulcemente para acallarla, comenzó a acariciar su rostro ovalado sin dejar de maravillarse por aquellos ojos tan hermosos.

Alec estaba tan atractivo con el pelo revuelto y mojado, Isabel siguió con el dedo una gota que caía por su cuello, deslizándose despacio hasta el torso, apoyó la mano sobre la piel desnuda del pecho con un deje de satisfacción. Alec la dejó hacer y emitió un ronco gemido cuando metió lentamente su mano bajo la toalla mientras le besaba.

—Si sigues haciendo eso no voy a respetarte en absoluto. Créeme que, aunque estés borracha no voy a arrepentirme después por haberme propasado contigo.

—Eres todo un caballero Alexander Colden, pero ahora mismo no quiero tu respeto —insinuó Isabel con todo el descaro que pudo.

Después de su alarde, Aisa había ladeado la cabeza con timidez, otra vez ese gesto que lo volvía loco era tan suyo como sus ojos o su boca. La desnudó despacio sobre el sofá, tomándose todo el tiempo del mundo. Disfrutó observando como sus pechos se endurecían de forma anticipada a lo que venía

después. Los acarició y cubrió con su boca mientras su mano recorría su cuerpo, pasó por su vientre plano, sobre los huesos de las caderas y buscó ansioso la humedad entre sus piernas.

Aisa se agarraba con fuerza a sus brazos mientras sentía cómo la erección de Alec llegaba al límite donde perdería el control. Quería que él estallara de placer, darle una parte de lo que ella sentía cuando la acariciaba con sus dedos. El alcohol aun recorriendo su cuerpo la hizo más atrevida, la lascivia de tener su sexo en las manos la excitó más cuando comenzó a deslizar su mano arriba y abajo con deliberada lentitud. Notó cómo su propio cuerpo respondía, moría por tenerlo dentro de ella, llenándola por completo.

Alec la obligo a separar sus manos de él y las agarró en un movimiento exigente, inmovilizó sus brazos sobre la cabeza. Intentó calmarse e ir despacio, parecía un adolescente en su primera vez, apretó los dientes contenido para no embestirla de una vez por todas y saciar todo su deseo.

—Déjame probarte, Aisa, déjame probar tu sabor.

¿Qué quería decir? Estuvo a punto de negarse cuando vio lo que Alec intentaba, pero fue inútil. Alec deslizó su lengua entre los pliegues de su cuerpo, invadió todo su calor mientras introducía su dedo con dulces círculos, tocando el punto en que parecía que el mundo iba a estallar entre sus manos, acarició y pellizcó hasta que la presión se volvió insoportable para ella. Alec paró al fin, e Isabel se arqueó a la espera de más, necesitaba más. Los labios de él aún húmedos subieron por todo su cuerpo hasta la boca. La cogió en brazos para llevarla hasta la cama. Alec se tumbó sobre ella con cuidado de no aplastarla bajo su cuerpo, sintiendo cómo la piel de ambos se fundía en una sola.

Alec le abrió las piernas con la rodilla en un gesto apremiante y, en un solo movimiento, la penetró. Su resistencia llegaba al límite. Aisa estaba tan excitada que todo su cuerpo se cerró en torno a él. La penetró una y otra vez con fuerza hasta que sintió cómo caía presa del placer, se sumergió una última vez al escucharla gemir su nombre. Había desatado con Aisa todo el deseo que su cuerpo podía soportar. En un abrazo y sin aliento la hizo rodar con él hasta quedar tumbados.

No la soltó, Aisa permaneció en sus brazos mientras Alec no dejaba de pensar en cómo iba a retenerla. No dejaría que abandonara esa cama hasta que le quedara claro quién iba a ser el único que la tocara.

## Capítulo XV

No podía volver a dormirse, se levantó de la cama en silencio y se puso algo de ropa. Isabel se sentó en su sitio preferido del salón, en el banco debajo del ventanal. Desde allí no podía escuchar la respiración acompasada de Alec mientras dormía, pero le sentía en cada latido de su corazón. Había perdido la noción de su cuerpo entre sus brazos, la sensación de vacío en su interior desaparecía cuando él la amaba de ese modo, exigente, tierno, lleno de placer y promesas.

Escuchó sus pasos al salir del dormitorio. Se había puesto, al menos, la sábana enrollada alrededor de la cintura. Ambos se miraron con esa sensación que los unía desde el primer momento que se vieron. Alec se apoyó en el marco de la puerta con una postura tan sexy que Isabel por un momento fantaseó con que ambos deseaban lo mismo, amor.

—Te he despertado, no te dejes dormir. ¿Quieres que me vaya...?

Alec ya estaba acostumbrado a aquel muro que ella levantaba cuando algo le daba miedo, cuando se acercaba demasiado a sus sentimientos. Aisa tenía el corazón cubierto de una coraza que no se podía destruir.

—No, Aisa. ¿Qué haces aquí? Apenas descansas. ¿Qué te pasa? —dijo acercándose en la oscuridad—, Deberías dormir, casi está amaneciendo.

Se acercó hasta ella y le cogió el rostro entre sus manos con una ternura que la hizo estremecerse.

—No puedo, nunca duermo una noche entera —dijo al intentar escapar de sus manos, Isabel desvió la mirada hacia el exterior.

Lo sabía de sobra, no hacía falta que ella se lo dijera. La escuchaba hablar en mitad de sus pesadillas, no distinguía sus palabras, solo sentía el miedo en su tono de su voz, en sus brazos agitados, había deseado despertarla hasta que en su vigilia por ella cayó preso del sueño y no pudo ayudarla más.

Un ruido en la planta de abajo los sobresaltó a ambos. Aisa lo miró con los ojos muy abiertos. En la cocina había alguien, Alec procesó la información sobre el ruido a toda velocidad, lo que sonaba era la puerta de la cocina al abrirse.

Se levantó en silencio, se dio cuenta de que llevaba sólo la sábana atada a la cintura, estaba desnudo. La miró a ella, llevaba una camiseta larga que tapaba su ropa interior dejando sus piernas desnudas. En otro momento se



hubiera reído cuando vio sus pies con los calcetines puestos, de un rosa chicle a cuadros. Debía habérselos puesto al levantarse, en ese momento era la antítesis de la femineidad, sintió unas ansias tremendas de abrazarla por ser así, simplemente Aisa. Alec trató de centrarse y agudizó los sentidos.

No había tiempo para vestirse, quien hubiera entrado a esas horas en la casa no venía con buenas intenciones. Las cámaras lo habrían captado pero la alarma no saltó, “¿olvidó ponerla?”, no lo recordaba con claridad, nunca habían tenido más problemas que algún turista encerrado en el área de visitas o algún niño travieso tocando los sensores de alguna vieja reliquia.

Ordenó a Aisa quedarse quieta y en silencio. Mediante señas la apartó, parecía paralizada por el miedo, pero, al verle moverse por la habitación, se apartó de la ventana para quedarse en la oscuridad amparada por la fría pared de piedra.

Alec miró alrededor, pensó en qué podía utilizar como arma, cogió el viejo taco de polo. En silencio avanzó hasta la entrada, se quedó quieto cuando no la distinguió entre las sombras, Aisa pasó rozándole como un fantasma, la vio agarrar su móvil.

La puerta del apartamento estaba entornada, no quería llamar a la policía, quería saber quién demonios se atrevía a entrar en su casa. Le hizo una señal para que dejara el móvil y avanzó con rapidez hasta la puerta. “Maldito escocés testarudo”, pensó ella detrás de él.

En las escaleras Alec no vio a nadie, sólo la oscuridad apenas velada por el reflejo de la luna. Bajó escalón a escalón con sigilo mientras sentía la respiración de Aisa a su espalda.

Preparado con el palo en alto apenas le quedaba un escalón para llegar al final de la escalera. Vio una sombra en el otro extremo de la cocina y en un movimiento saltó sobre ella. Isabel se abalanzó sobre el panel de la alarma, junto a la puerta y pulsó todos los botones a la vez. El estruendo le hizo llevarse las manos a los oídos mientras las dos figuras se revolcaban por el suelo rodando.

—¡Joder, Marian, estás loca! —le oyó gritar a Alec mientras estrellaba el taco de madera contra el suelo—. ¡Podría haberte matado!

Su hermana lo miraba boquiabierta, como si estuviera loco de atar. Sus ojos iban de los restos de comida esparcidos por el suelo al taco de madera con el que casi la había golpeado.

—Pero joder, ¡qué! No has visto que no ha saltado la alarma —le gritó a su vez Marian bajo el estruendo de los pitidos.

Isabel encendió la luz muerta de risa, tocó de nuevo el panel hasta que el sonido desapareció.

—Pero ¿cómo se te ocurre entrar así? ¿Por qué no has llamado?

—Eres idiota, Alec. Tenía hambre, acabo de llegar de viaje, he conducido en mitad de la noche y no tengo hotel para esta noche, ¿adónde voy a ir?

Cuando la risa de Isabel se hizo escandalosa ambos se volvieron a la vez.

—¿De qué te ríes? —preguntaron los dos hermanos al unísono.

—He pasado mucho miedo, de verdad —dijo entre risas a lo que Marian se fijó en las pintas de ambos, sobre todo en los pies de ella.

—¡Aisa, por el amor de Dios!, no te pasees por ahí con esas pintas... — exclamó Marian acalorada y sin saber por qué, empezó también a reír—. ¿Pero quién os pensáis que era, un ladrón de despensas? —preguntó arqueando una ceja, miró reprobatoria a su hermano—. Anda, que si es papá... ¿quién demonios creísteis que era? —repitió.

Alec se quedó mirando a Aisa, una sombra cruzó los ojos de la joven, parecía más pequeña y vulnerable que nunca.

Isabel sí que había pensado en alguien, alguien que los perseguía en sus sueños, y los observaba en la oscuridad. No dijo nada y recompuso el rostro al notar la mirada escrutadora de los hermanos.

—¿Queréis un café? —dijo para desviar la atención de Alec—. Necesito un café bien cargado —murmuró. Isabel le sonrió para tranquilizarle y, sin esperar su contestación, se puso a prepararlo.

Por un momento también él creyó en los fantasmas, sospechó lo que ninguno de los dos fue capaz de decir: nunca serían libres de su recuerdo mientras Aisa no lo desterrara de sus pesadillas. Jorge y su sombra siempre se colaban entre ellos.

Tomaron un café los tres sentados en la cocina rememorando con risas el momento de valentía de Alec cuando las luces de las sirenas les pillaron por sorpresa, el rojo y el azul destellearon por toda la habitación. La alarma debía haber alertado a la policía y acudían a la llamada de la central para verificar que no era un robo.

—Quedaos aquí —dijo Alec con la mirada puesta en las piernas desnudas de Aisa. Corrió arriba y al momento bajó con una sudadera antes de que los policías llamaran a la puerta. Volvió a mirarla y advertirle con la mano que se quedara quieta.

—Lo juro, no moveré mis preciosos calcetines de aquí, escocés.

Marian comenzó a reír con complicidad mientras ambas chocaban sus

tazas de café con una risita nerviosa.

—Mujeres locas —farfulló Alec.

En medio de aquella locura que ocupaba cada día al lado de Alec, Isabel se sentía bien por primera vez en mucho tiempo, volvía a haber risas en su vida.

—En serio, Aisa, ¿he interrumpido?, no me gustaría haberos fastidiado algo especial —dijo Marian entrecerrando sus enormes ojos azules tan parecidos a los de su hermano—. Lo siento, no estoy acostumbrada a que Alec traiga aquí a nadie, sé lo que parece, pero él...

—No te preocupes —la interrumpió. Estaba tan a gusto, disfrutando del momento en la cocina de Alec que no quiso pensar qué hacía él con sus otras conquistas—. Estábamos despiertos, Marian.

—Pues eso es lo que me preocupa... —sonrió mientras agarraba la taza con ambas manos en busca del calor del café.

Isabel sonrió melancólica al recordar ese mismo gesto en su hermana, en la cocina de su casa, la echaba mucho de menos. Cuando volviera, le dedicaría tiempo de verdad, quería hacerla feliz por todo lo que había luchado en el hospital por ella, hacerle participe de esta nueva Isabel que día a día nacía en su interior.

—Me encantaría que conocieras a mi hermana Laura, aunque, la verdad, no tenéis demasiado en común —dijo sin pensarlo, al mirar su ropa. Un precioso vestido gris y negro de corte recto, elegante y sobrio.

—Me gustaría mucho conocerla —dijo Marian atrapando su mano con cariño—. Me caes bien, Aisa, haces feliz a mi hermano, hace tiempo que no se tomaba unas vacaciones, parece tan relajado y sí... simplemente feliz.

—Tú también me gustas, a veces eres como un anuncio de algo caro e inalcanzable, pero con un corazón enorme —afirmó Isabel ante su gesto de cariño.

Marian sonrió, en su mundo no había cabida a la sinceridad y era maravilloso encontrar una persona tan humana y transparente como la española. Cada vez comprendía más lo que su hermano había visto en ella, era especial y única, una mujer que podía hacerle olvidar todas esas conquistas vanas y absurdas.

Escucharon el coche de policía alejarse por el camino de gravilla. Al momento Alec entró en la cocina con cara de tener frío, comenzó a darse golpes en los brazos para entrar en calor. Estaba muy cómico con la sudadera y la sábana enroscada a la cintura, parecía un monje budista.

—Solucionado —afirmó al sentarse con ellas mientras la sábana se abría sin ningún pudor—. Les he contado la verdad, que dos preciosas jóvenes se habían colado en mi casa y me esperaban ansiosas —arqueó las cejas insinuantes y de nuevo no pudieron dejar de reír.

Compartieron un rato más mientras Marian les contaba sus últimas victorias en los negocios y puso al día a su hermano acerca de algunas transacciones con un breve resumen. La claridad fue abriéndose paso en la noche y Alec se desperezó para mirar por la ventana.

—Aisa, quiero enseñarte algo, vamos a vestiros —cogió a Isabel de la mano en una invitación ineludible. La guio hasta la escalera. Isabel miró a Marian dubitativa, mojaba una galleta de mantequilla en su segundo café de la mañana. Con un gesto de la mano le indicó que lo siguiera mientras se llevaba la taza en dirección a la otra escalera, hacía las habitaciones de invitados. En el último momento Isabel se giró y la vio hacerles burla con la lengua. Al haberla pillado, bostezó y desapareció hacia arriba arrastrando los tacones de aguja por el cansancio de las horas pasadas al volante.

—¿Dónde vamos, Alec?

—Ya te lo he dicho, quiero enseñarte algo antes que amanezca. Es una sorpresa, cinco minutos y nos vamos. —Le guiñó un ojo.

—No me gustan las sorpresas —gruñó, pero fue a vestirse corriendo.

Sabía lo afortunado que era por tener a Aisa, era deliciosa en la cama y fuera de ella. En un momento sintió cómo se excitaba al recordar su cuerpo desnudo, le gustaba tanto recorrer su espalda con besos... “Parezco un tonto enamorado en su primera cita”, se dijo enfadado.

En apenas unos minutos se montaban en su moto bien abrigados, mientras los primeros rayos de sol tocaban los tejados del castillo. Tomaron la A9 hasta el desvío de una carretera de dos carriles que, a diferencia de la anterior, apenas tenía circulación. Aisa sentía el aire congelado y disfrutó cada segundo recostada contra el cuerpo del escocés. Llegaron a la costa cuando el sol comenzaba a acariciar el oleaje y hacía enormes surcos color oro sobre el mar. Pararon en una colina desde la que se divisaba la playa a sus pies. Abajo, unas cuántas personas estaban sentadas en la arena señalando hacia el agua.

—Mira, Aisa, hacia allí, los ves... —dijo Alec señalando al frente.

Isabel intentó entornar los ojos para evitar los rayos del sol y buscó lo que Alec le señalaba. Entonces los vio: el salto sobre el agua de una manada de delfines, el lomo les brillaba mojado, parecían seres plateados. Los observó en paralelo a la playa, todos juntos, en un movimiento acompasado

cruzaban la costa en dirección al estuario.

La fría brisa le hizo temblar entre los brazos del escocés. Él abrió su abrigo cobijándola dentro como a una niña, Isabel sentía el calor de su cuerpo tan cerca de su propio corazón que se hundió más contra él.

Era un hermoso espectáculo de la naturaleza, sintió no haber traído su cámara, en el fondo se alegró, no era una escena para ver en pequeño, sino en toda su grandiosidad. Una bandada de gaviotas sobrevoló a los animales, parecían seguirlos en su trayecto hacia el norte. En unos minutos el sol comenzó a subir y los delfines escaparon de su vista. No podía hablar. Alec le había hecho el más preciado y mejor de los regalos, hoy era su cumpleaños y él ni siquiera lo sabía.

El escocés la apretó aún más entre sus brazos. Aunque no podía ver la cara de Aisa sabía que sonreía. Estuvo dando muchas vueltas a la cabeza para no descubrirse, lo pensó durante días para sorprenderla, sabía que su pequeño regalo le había gustado. Al menos este cumpleaños lo recordaría para siempre.

## Capítulo XVI

Aquel día y los siguientes los pasaron en casa de Alec, en el apartamento del castillo. No la dejó volver al hotel, ambos sabían que les quedaba poco tiempo, pero evitaban hablar de ello. Durante el día salían con la moto y visitaban los lugares cercanos. Alec quería que se enamorara de aquella tierra que tanto amaba él. No se cansaba de contarle la historia de su pueblo y no pensaba dejar que pensara en su vuelta a Madrid, en volver a su vida anterior. Soportaba paciente cuando Aisa le hacía parar para fotografiar cualquier cosa que la inspiraba o llamaba su atención. Le sacaba fotos continuamente como si quisiera capturar cada momento a su lado y llevárselo a España con ella, llevarse esa sensación de felicidad que sentían a cada instante. Estaban a gusto juntos como si se conocieran desde hacía años, no había secretos para él. Isabel le había contado todo a Alec, cómo su hermana la había hecho reaccionar en el hospital, cuando se dio cuenta de que no podía seguir así, sin rumbo, cómo su familia había tirado de ella para sacarla a flote, cómo añoraba la sensación de una vida dentro de ella creciendo. Fue notando cómo cada vez había menos fantasmas que la martirizaban y más luz a su alrededor, las lágrimas se deshacían en recuerdos que siempre estarían con ella pero que ya no hacían daño al mirarlos cara a cara.

Rio con él al contarle sus tontas ideas cómo la de la primera vez que lo vio en aquel acantilado y lo confundió con la voz de sus sueños, con los ojos que veía en su estancia en el hospital cuando inconsciente se debatía entre vivir y morir.

Aún la atormentaba pensar qué sentiría Alec, pero decidió por su propia paz mental dejar de tener miedo y dejarse llevar, disfrutar del momento.

La noche antes de la fiesta despertó junto a él con una extraña sensación. Lo observó dormido, desnudo bajo las sábanas, al mirarlo sintió la tentación de tocar su cara, de guardar cada perfecto rasgo suyo en la yema de sus dedos, llenar de besos su piel para dejar su marca en él. Dudó y al final lo dejó dormir. Fue de puntillas al salón, había aprendido a moverse por aquel apartamento a oscuras como si fuera su casa. Se sentó en una butaca con las piernas cruzadas y observó el cuadro bajo la luz de la luna que entraba por la ventana. Mitad la atemorizaba mitad la atraía, como un enigma no descifrado; no le extrañaba que Alec lo hubiera sacado del salón del castillo y se lo

hubiera traído para él. Aquella mujer ejercía una cierta atracción sobre el que la miraba, el secreto que guardaba se hacía mayor desde que ella llegó al castillo, la gente que trabajaba allí la miraba sin apenas disimular y en ocasiones cuando entraba en una habitación notaba cómo todos callaban y la observaban. Para ella las preguntas eran otras que para los demás. ¿Habría sido más fuerte que ella, más divertida, más decidida? A pesar de que su aspecto físico era casi el mismo, se vislumbraba en su expresión una fortaleza de la que ella misma carecía. Si aquel día hubiera conseguido acabar con su vida nunca hubiera conocido a Alec, nunca hubiera sabido lo que se perdía. ¿Cuándo se fuera, él mirara ese cuadro y pensaría en ella, recordaría cada momento que habían vivido juntos?

Recordó la conversación con Laura sobre el destino, sentadas las dos en la cocina y sonrió. “Vaya, tal vez mi hermanita sea una sabia. Tal vez tenía razón y todos tenemos un destino por cumplirse a la vuelta de la esquina”.

En ese momento escuchó ruidos fuera. Miró la hora en su reloj, las dos de la mañana, se acercó a la ventana. Tuvo que inclinarse para mirar hacia abajo por culpa de los enormes arcos. Vio una figura oscura correr hacia los árboles y se sobresaltó, quién podía estar a esas horas cerca del castillo. La habrían visto deambular por el salón casi desnuda, recordó la noche en que Marian apareció por sorpresa y casi sonrió, en el castillo estaban seguros. En ese momento se distrajo, un coche había parado en el parking privado, fuera quien fuese quien andaba en los alrededores, se asustó al ver las luces del automóvil al acercarse.

Bob bajó del asiento del conductor y estiró las piernas. Apenas se veía su perfil cuando abrió la puerta de atrás. Distinguió a Marian con su cabellera rubia, llevaba una gabardina clara, parecía un fantasma blanquecino bajo la luz de la luna. Se sonrió al pensar cómo la llamaban Manuela y ella al principio, Barbie Scotland.

De detrás salió un hombre con aspecto de ejecutivo con un traje gris y corbata, Isabel retrocedió al verlo mirar alrededor. Cómo se parecía a Alec, debía de ser su padre. Tenía el pelo cano y adivinó una expresión tremendamente seria, desde allí no podía ver sus ojos, pero supuso que serían azules como los de su escocés.

Se detuvieron en el camino de gravilla y Marian señalaba hacia el lugar donde se habían instalado las carpas para la fiesta de fin de verano. Después entraron y los fuertes muros de piedra no le permitieron escuchar los ruidos de su llegada.

Isabel permaneció un rato más mirando la oscuridad, hacia los árboles donde había desaparecido el corredor, se sintió observada pero no podía apartarse de la ventana, sintió miedo y se regañó a sí misma pensando que la atmosfera del castillo hacía volar su imaginación.



## Capítulo XVII

Alec la despertó acariciando su pelo, sintió el calor de su mano y como se deslizaba entre los bucles para tocar su cuello, seguir la curva de sus hombros y rodear con una caricia su pecho desnudo.

—Estás helada, Aisa —notó en su piel mientras la tapaba con las sábanas—. Buenos días, *mo chridle*. ¿Estas despierta? —Frotó su nariz en el cuello de ella.

—Ahora sí —abrió los ojos aún somnolienta—. No he dormido muy bien.

—Tenías que haberme despertado, yo te hubiera entretenido. —La colocó sobre él para volver a sentir la tibieza de su cuerpo. Su piel era suave y lisa. Con cuidado tocó el contorno de la cicatriz de su costado. Le había quedado como recuerdo una fina línea rojiza. La miró a los ojos, podía perderse en esas profundas esmeraldas que lo miraban todo con escepticismo. Deseaba ser el hombre que borrara esas cicatrices que no se veían en ella, las que le reveló entre confesiones y lágrimas. Una vez más suspiró al pensar qué sería de ellos cuando Aisa supiera toda la verdad, cuando completara el puzzle que la llevó hasta él.

—Alec, de madrugada me desperté y vi un coche que llegaba. Era Marian y un hombre mayor, creo que era tu padre, os parecéis muchísimo.

—¿Te vieron? —preguntó sobresaltado.

—¿Tenía que esconderme? —dijo molesta mientras se apartaba de él.

La retuvo en sus brazos con una sonrisa.

—Supongo que Marian se lo habrá contado, si no imagina el ataque que le hubiera dado a mi padre al ver en la ventana el fantasma de “La Duquesa”, de madrugada, espiando a través de las cortinas.

La soltó y fue a vestirse. Isabel suspiró, le había malinterpretado, pensó que no quería que supieran que ella casi vivía en su casa.

—Tal vez sea la razón por la que nos ha honrado con su presencia, Marian se lo ha contado. Esos dos se llevan demasiado bien —dijo tras ponerse el jersey. Alec a veces envidiaba la relación de ambos, se entendían a la perfección como padre e hija. Y, en los negocios, eran igual de fríos y despiadados, pero él a su manera, los quería y los aceptaba—. La fiesta será la excusa perfecta para estar aquí —la guiñó un ojo y le sorprendió verla distraída—. ¿Qué pasa, Aisa?

—Es solo ... ¿qué dirá al verme por aquí?, en algún momento nos cruzaremos y yo... bueno no soy ninguna rica heredera... y... —miró sus vaqueros y su camiseta sobre la silla.

—¿Por qué te importa tanto lo que piense mi padre? —preguntó Alec enfadado—. Él no tiene opinión en esto, soy mayorcito para saber lo que hago.

—No te enfades, Alec, solo quiero que no tengas problemas con él por culpa mía.

—No tendré problemas con él.

—Pero yo vivo en un piso que es la mitad de este apartamento, trabajo de administrativa y fotógrafa ocasional, visto desde su perspectiva puedo ser una oportunista.

—¿Crees que yo no trabajo?, trabajo catorce horas al día, lo que tengo me lo he ganado solo, no le necesito ni a él ni su opinión. Esto es mío por derecho propio —dijo Alec.

Isabel nunca le había visto enfadado. Sus ojos se habían vuelto grises y una vena le palpitaba en la sien. Hablaba bajo sin perder el control. Isabel se dio cuenta entonces de cuántas veces lo habrían juzgado como ella había hecho. Lo había pensado más de una vez, pobre niño rico, guapo, con las mujeres a sus pies, heredero de una tradición y un título de más de ocho siglos. Todo esto sería suyo algún día y tendría que estar a la altura. Había visto los trofeos, las fotos, los diplomas, su licenciatura en económicas, tenía una vida programada desde que nació, se crio sabiendo lo que todos esperaban de él.

—Hace tiempo que me gané el derecho a elegir qué voy a hacer en mi vida —le repitió furioso —No seas como ellos Aisa, no pienses por mí.

—Alec, lo siento, todos tenemos nuestros fantasmas. Me da igual lo que piense sobre mi tu padre. Has debido de estar muy solo —le dijo Isabel. Lo abrazó hasta que notó cómo poco a poco se relajaba.

Le desconcertó que Aisa hubiera llegado tan cerca de su corazón, nunca dejaba que ninguna mujer se acercara tanto a él, que supiera que tenía esos sentimientos tan profundamente escondidos.

—Me da igual lo que diga mi padre, Aisa. Además, tienes de tu parte a Marian. Está rendida ante ti, de hecho, creo que si no supiera que estás conmigo serías su tipo.

Leyó entre líneas lo que había insinuado Alec y se llevó la mano a la boca sorprendida.

—Barbie Scotland, es decir, tú hermana ¿le gustan las mujeres?

Alec se rio por su forma de llamarla y afirmó con la cabeza.

—Pues vaya, ni me había dado cuenta. —Rio pensando en la primera vez que vio a Marian perseguida por la mirada de todos los hombres del pub. La vida era una caja llena de sorpresas.

Isabel dudó antes de vestirse si contar a Alec lo de la sombra que había visto atravesar el prado, antes de aparecer el coche de su padre, pero el miedo a que la creyera un poco trastornada la hizo callar. No quería estropear aún más las cosas entre ellos haciéndole creer que todavía no estaba recuperada totalmente.

Aquella conversación con Alec sobre su padre fue el prelude de lo que sucedería más tarde. Salían del apartamento y escucharon voces en la cocina de abajo, un miedo paralizó a Isabel, eran Marian y su padre. Ella iba vestida con unos vaqueros y una camisa de cachemir beige, estaban desayunando y Caisy, una chica de unos treinta años que formaba parte de los empleados del castillo les servía té con tortitas. Apenas había visto a la chica una o dos veces y se había mostrado con Alec muy correcta pero más alegre y vivaz. Ahora, en cambio, estaba muy nerviosa y seria.

Marian hablaba con su padre, sentado a su derecha. Él llevaba una chaqueta de tweed descolorida por el uso y unos pantalones marrones de caza. Tenía el cabello muy corto y vetado de canas. Profundas arrugas marcaban su rostro severo mientras asentía a algo que le decía su hija en voz baja. Pararon de hablar cuando Caisy se acercó de nuevo a rellenar las tazas.

Parecía la imagen de una película antigua, no le extrañaría nada que, de repente, todo se tornara blanco y negro, una música de suspense comenzara a sonar y Poirot saliera de algún rincón para anunciar que el culpable era el mayordomo.

Alec le dio un empujoncito para que acabara de bajar y cogió su mano. Él no encajaba en esa imagen o ella no quería que encajara en el plano que se desarrollaba ante sus ojos. Marian enseguida los vio y los sonrió, despidió a Caisy con soltura e Isabel quedó a solas con la familia Colden.

—Isabel —dijo Marian con una sonrisa. Fue a darla un beso—. Mira, ven a conocer a papá. —Y la llevó junto al padre de Alec como un trofeo.

—Señor —escuchó a Alec a su espalda.

Vaya reencuentro, así que, así eran las cosas entre ellos, ¿sería normal o es que se había perdido algo?

—Alexander —contestó su padre con voz seria.

—Mira, papá, ésta es Isabel —la presentó emocionada Marian—. ¿No es sorprendente? ¡Es igual que la duquesa! Este es mi padre, Arthur Colden.

—Encantada de conocerlo, señor —dijo tendiendo la mano. El padre de Alec se levantó de forma cortés y estrechó su mano.

—Encantado, jovencita —la miró de arriba abajo deteniéndose en las deportivas blancas—. El parecido es notable, algún antepasado suyo debió venir a estas tierras hace siglos, le da una nueva perspectiva a nuestra historia familiar —dijo consciente de la incomodidad de ella—. Es española, ¿verdad?

—Sí, vivo en Madrid —dijo cohibida bajando la mirada.

—Mi hija me ha contado que es fotógrafa...

—Vamos, Aisa, nos esperan —interrumpió Alec llevándosela de allí cogida del brazo.

Se despidieron brevemente y Alec le pidió que esperase un momento en los jardines. Cuando volvió a los pocos minutos no tenía cara de buenos amigos, las palabras de su padre aún resonaban en sus oídos.

—Es muy mona, Alec. No voy a decirte cómo tienes que comportarte, pero sé cauto, chico, no sabes quién es o de dónde ha salido, te estás dejando llevar por su parecido con la mujer del cuadro, además ella volverá a su casa, ¿no es cierto?

Las últimas palabras de su padre que nadie se atrevía a pronunciar estaban ahí, su orgullo le hizo reaccionar sin pensar su contestación.

—Voy a pedirle que se quede aquí conmigo —había afirmado inesperadamente. Ni siquiera era consciente de haberlo dicho hasta que las palabras salieron de su boca—. Mañana le he pedido que lleve nuestros colores en la fiesta.

—¡Pero, Alec! ¿Ella lo sabe? Lo que eso significa, ¿sabe lo que vas a pedirle? —preguntó su hermana interponiéndose entre ambos—. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Aún no, pero lo sabrá —afirmó mirando con desafío a los ojos de su padre.

Haría lo que fuera para que se quedara con él. Solo tenía que demostrarle la verdad, que en algún momento aquello había dejado de ser un juego de conquista, se había enamorado de Aisa y nada les separaría, ni siquiera una mentira. Antes de la fiesta, se prometió, iba a contárselo todo.

## *Capítulo XVIII*

Isabel pasó el día de la marcha de Héctor en el hotel, pretendía ordenar el material que tenían hasta ahora. Él se despidió con cariño y le pidió que, si necesitaba cualquier cosa lo llamase. Quedaron en que él se llevaría sus fotos y parte de los esquemas previos del artículo ya que volvía antes que ellas. El reportaje se publicaría rápido, en tres semanas a lo sumo, aseguró Héctor al revisar todo.

Isabel se sentía culpable por cómo lo había utilizado, siempre fue amable con ella a excepción de cuando Manuela andaba cerca. Muchas veces se preguntaba qué es lo que había pasado entre ellos para que se trataran con tanto desprecio. ¿Cómo se pasa de los besos al odio con esa facilidad? Se permitió dejar entrar en su mente el recuerdo de Jorge. Ahora, desde la distancia que solo daba el tiempo, sabía que no lo había amado, que no podía compartir con él cosas tan cotidianas como una conversación con su hermana, trabajo o sus ilusiones más secretas. Nunca tuvieron la confianza que tenía con Alec. Se sonrojó, pensar en Alec implicaba que el calor de su cuerpo subiera varios grados al pensar en esa misma mañana antes de irse, disgustado por tener que supervisar la fiesta y dejarla sola. Isabel lo prefería a andar merodeando por allí con su padre y su hermana, ¿qué pensarían de ella, que invadía su casa?

El padre de Alec la intimidaba de una forma que la hacía sentir como una niña pequeña que aspiraba al caramelo de la aprobación. Si no era importante para Alec por qué habría de serlo para ella. Necesitaba olvidarse de lo que representaba Arthur Colden para poder disfrutar de sus últimos días junto a Alec.

En el momento que entraba en el pasillo que conducía a su habitación vio que la puerta estaba abierta. Con precaución, de puntillas, se acercó. El corazón le latía con fuerza y lentamente abrió la puerta. Las voces en inglés de la televisión encendida resonaban haciendo eco en las paredes del pasillo. Allí había alguien. Se descalzó para entrar con sigilo ayudada por la moqueta y asomó la cabeza para ver quién estaba sentado en la butaca. Cuando lo vio dejó escapar un suspiro indignado. Era Arthur, el padre de Alec. Lo que la faltaba.

—¿Qué hace aquí señor? —soltó Isabel de manera abrupta—. ¿Quién le

ha dejado entrar en mi habitación? —preguntó mientras miraba alrededor en busca de algún desorden entre sus cosas.

—Discúlpeme, señorita Piñeiro —le dijo a la vez que se incorporaba alisando su chaqueta—. No pretendía asustarla, me pareció más discreto que esperarla abajo en el salón, me dijeron que tal vez tardaría.

Observó a Arthur Colden con suspicacia. Él la invitó a tomar asiento en la butaca frente a él. Sin decir nada, Isabel se quitó la chaqueta y se sentó con las piernas cruzadas. Aún llevaba las botas en la mano y, al darse cuenta, las puso debajo del asiento.

—En realidad, no —le interrumpió Isabel con tono cortante—. Supongo que éste es el momento en que me dice que parezco una buena chica, un poco pobre y extranjera, que su hijo merece algo más que yo y que..., si me equivoco interrúmpame, por favor —aclaró al cruzar los brazos sobre el pecho—. Y que me iré en breve, tan solo tengo que adelantar la fecha y no volver a ver a su hijo nunca más. ¿Es eso lo que le ha traído a entrar en mi habitación sin permiso?

Arthur Mac Colden la observó más detenidamente, no parecía la chica que había imaginado, tímida y manejable, algo le decía que escondía mucho más de lo que mostraba.

—En realidad, no —negó él al entornar sus ojos azules, tan parecidos a lo de Alec, incluso tenían la misma sonrisa.

—Antes de que continúe —interrumpió Isabel. Cerró los ojos un momento para poder pensar—, ¿no cree que debería ser Alec quien decida qué hacer o no hacer con su vida? Creo que él lo tiene muy claro, y no, no puede hacer nada de ningún tipo para ayudarme a tomar la decisión de volver antes a España. ¿Estuvo aquí en mi habitación revolviendo mis cosas? ¿O mandó a alguien? ¿Me ha investigado? ¿En serio? ¿En qué siglo vive usted? —Se levantó indignada, no era nadie para juzgarla y menos para esta conversación—. Por favor, salga de aquí y olvidemos que esto ha pasado, es tan bochornoso que ni siquiera me tomaré la molestia de contárselo a Alec.

—No me malinterprete, me preocupa mucho su situación, según me explicó Alec, es complicada.

—Es cierto, no voy a negar nada, pero tampoco voy a soportar que siga aquí un momento más. ¡Márchese! —exigió Isabel mientras abría la puerta y lo invitaba a salir—. No vuelva a acercarse a mí, hable lo que quiera con Alec, al final es él quien decide, él y yo.

—Bueno, usted se lo ha dicho todo, en realidad solo venía a traerle

esto... —dijo señalando la bolsa de su cámara que estaba sobre la mesa—. Sólo pensé que la necesitaría en la fiesta y, al no encontrar a Alec, me acerqué yo mismo a traérsela —explicó Arthur Colden encogiendo los hombros en un gesto que le recordó a su hijo—. Vivo en este siglo, y Alec puede hacer lo que quiera con su vida, señorita, y, por supuesto, usted también, yo no me opongo a nada.

El hombre sonrió al pasar junto a ella, se puso el sombrero. Había sido una visita gratificante, esa chica tenía carácter, le gustaba mucho, como siempre su hijo no lo decepcionaba.

Isabel estaba tan abochornada que no pudo mirarlo, lo acusó de entrar a escondidas en su habitación, de intentar convencerla para dejar a Alec. A tiempo reaccionó y echó a correr por el pasillo descalza. Lo alcanzó cuando entraba en el ascensor, impidió que las puertas se cerraran y él se asomó sorprendido bloqueando las puertas.

—Por favor, perdóneme, estoy avergonzada por las cosas terribles que le he dicho —se disculpó, sabiendo que en ese momento estaba colorada y no lo miraba a los ojos—. Lo siento, señor, y gracias, muchas gracias por traerme la cámara.

—No se preocupe, señorita Piñero, todos cometemos errores, la próxima vez procure no juzgar tan alegremente a una persona.

La hizo un gesto rápido con la mano y dejó que las puertas del ascensor se cerraran. Isabel volvió a su habitación cabizbaja sin parar de preguntarse qué demonios le pasaba para ser tan desconfiada.

## *Capítulo XIX*

Habían quedado a las siete, ella iría con Manuela y Willy a la fiesta escocesa. Levantó la cabeza por encima de los papeles y los vio sonreír. Estaban en la biblioteca del hotel, la dirección del hotel les dejó por unas horas un rincón con una enorme mesa de madera. Aquellos dos tenían sorprendida a Isabel. Manuela por primera vez salía con un hombre que no la consideraba un ligue temporal, veía más allá de su carácter desinhibido, hablaban, reían y compartían bromas, ¿quién lo iba a decir del serio doctor? Qué diferente y fácil parecía la relación de ellos dos. Lejos de todos los clichés que todos habían inculcado a Manuela de inconstante y voluble, se había enamorado por primera vez al dejar que la trataran como una dama, que la conquistara con pequeños detalles y mucho cariño. Al igual que ella, pero por diferentes razones, sus vidas habían cambiado totalmente desde que llegaron a Escocia.

Subió a la habitación un poco desmoralizada. Se vistió despacio, se había puesto un vestido de color verde muy oscuro y ceñido, por debajo de la rodilla, a pesar de que Manuela le insistía que fuera con algo más cortito. Isabel suspiró preguntándose en qué momento su autoestima se había ido a la mierda y había dejado de quererse tanto como para no desear destacar nunca. Era la herencia que su marido le había dejado, una marca que no se borraría en mucho tiempo. Se miró en el espejo y sonrió al verse guapa y elegante, pero, como siempre, algo fallaba en la imagen que veía ante sí. En ocasiones empezaba a verse como una mujer completa con sus virtudes y sus defectos y ya no le importaba que vieran su cicatriz en la frente, últimamente cuidaba más su ropa y se maquillaba con detalle. Llevaba el pelo suelto y se decidió por unos zapatos con medio tacón. No era cuestión de saltar por la hierba con unos taconazos de vértigo. Su cuello estaba desnudo, pero no tenía nada que ponerse. Cuando había hecho la maleta no se planteaba ir de fiestas o encontrar a un escocés guapo en su camino, solo quería huir. Cuando volviera a hacerla, solo se llevaría recuerdos de Escocia.

Miró el kilt del clan de Alec. Le había pedido que se lo pusiera esa noche. En la fiesta cada clan vestiría sus colores en conmemoración de la celebración de fin del verano. Ella había aceptado divertida al saber que también él vestiría sus mejores galas escocesas.



Debido a lo complicado de los pliegues Willy y Manuela la ayudaron a vestirse. Unos minutos más tarde, con una maestría que las dejó boquiabiertas, el doctor lo plegó sobre su cuerpo y con un alfiler de plata en forma de aguja lo recogió sobre su hombro. Al mirarse al espejo Isabel se sorprendió de lo mucho que se parecía a la mujer del cuadro con aquellas ropas antiguas.

Cuando se quedó sola repasó el material fotográfico que iba a llevarse a la fiesta y recordó con vergüenza el incidente con el padre de Alec. No sabía cómo actuar cuando se encontrara con él, lo mejor sería esconderse en cuanto lo viera, se dijo consciente de que era una actitud muy poco adulta.

Comprobó que tenía todo. Era curioso, siempre quiso un trabajo como éste, la oportunidad de trabajar para llegar a vivir de la fotografía, y ahora que lo tenía tan cerca se permitía que no le importara en absoluto. No llevaba más que una bolsa pequeña para la cámara, buscó los objetivos dentro de su mochila y desechó unos cuantos. Al fondo, olvidadas en un tarro de plástico con su nombre, encontró sus pastillas y se sentó en la cama con ellas en la mano. El bote estaba casi entero, no había tomado una sola de ellas desde hacía dos semanas, desde que Alec entró en su vida. Sonrió a medias cuando recordó como en el hospital le advirtieron que no debía tomarse más de dos al día, a no ser que quisiera que volvieran a internarla. Al principio la idea no le pareció descabellada. Definitivamente su vida había cambiado mucho, simplemente ya no deseaba hacerlo. Le quedaba mucho por vivir.

Fue hasta el baño y abrió el bote, volcó el contenido en el lavabo y dejó correr el agua del grifo sobre las pastillas azules, una tras otra, se deslizaron por el desagüe. Un digno funeral para una etapa de su vida pensó aliviada.

## Capítulo XX

Willy las llevó en su coche y el viaje de apenas media hora se hizo eterno, Manuela y ella intentaron no arrugar los vestidos bajo el plaid. Alec los esperaba en la puerta, impaciente, caminando de un lado a otro.

Isabel lo miró expectante al abrir su puerta, tomó la mano de Alec y él la ayudó a salir del coche.

—Estás preciosa, Aisa —dijo él al fin, y la besó de manera fugaz en los labios.

—Tú también, escocés. —Bien no, estaba impresionante, se había puesto el kilt con los colores de su clan, cuadros azules, grises y ocre. La tela atravesaba su pecho y dejaba ver la camisa blanca que contrastaba con su rostro curtido por el sol y la brisa del mar. Sus ojos azules la recorrieron como si quisiera acariciarla con ellos. Nunca pensó que un hombre con falda podía ser tan masculino y emitir tanta fuerza. Isabel reconoció el cosquilleo que provocaba en todo su cuerpo cuando él estaba cerca y suspiró perdiéndose en ellos.

Manuela sonrió al ver cómo se miraban aquellos dos. Emitió un suspiro, se cercioró que no se le caía aquel trozo de tela plegado y, con una pequeña reverencia, agarró del brazo a Willy para que la guiará entre la gente.

Los invitados bajaban de los coches vestidos con sus mejores galas escocesas mientras, de fondo, se oían las melodías de las gaitas. Anocheecía y desde allí se contemplaban las hogueras controladas que ya habían encendido los organizadores. Creaban un entorno mágico en la oscuridad, parecían hacerles retroceder siglos en unas horas, a lo lejos se distinguía tan solo el bosque que rodeaba el prado y el bramido del mar contra los acantilados.

La gente se mezclaba, parecían conocerse todos. Al fin y al cabo, en invierno cuando la temporada de verano llegaba a su fin Nairn parecería más vacío y la población se reducía de manera drástica. Cuando Alec se paró junto a un grupo, todos callaron al verla del brazo de Alec y los miraron sorprendidos. Al momento reaccionaron y los saludaron con entusiasmo. En el siguiente grupo pasó lo mismo: mientras a él lo saludaban, a ella la observaban con curiosidad, se convertiría en el cotilleo invernal de ese año. Era la primera vez que él llevaba a una de sus amigas a esa fiesta y los murmullos acerca de la novia de Alexander Colden caldearon el ambiente.

Finalmente llegaron a un grupo en el que estaba Marian, allí todos los tartanes eran iguales, la hermana de Alec vestía un traje tradicional escocés que parecía hecho a medida para ella. La invitó a sentarse sobre una manta apoyada en un tronco partido. Isabel sintió la tranquilidad y el cobijo de pertenecer a un sitio, desde que sus padres murieron no había sentido un hogar que fuera suyo, sus raíces estaban desdibujadas por las pérdidas de su vida y allí, tan lejos de casa, se sintió parte de algo.

La cerveza pasaba de mano en mano y las mujeres sacaban comidas variadas de unas neveras portátiles, rechazó una especie de bocadillo que contenía una carne con un fuerte olor a especias y decidió tomar un sándwich con algo parecido a manteca. Marian, sentada a su lado, no probaba bocado. Aprovechó el momento y decidió confesarse muy bajito al oído de la hermana de Alec.

—Marian, ¿por qué me miran todos así? —dijo mientras hacía como si quitara un pelo de su falda. La miró angustiada en busca de respuestas.

—Mi hermano va a por todas —dijo también Marian en tono bajo—. No sé qué locura se ha apoderado de él —insinuó molesta—. Sé que puede parecer una tontería, pero para nosotros esta fiesta está llena de simbolismos, con ella demostramos al mundo y a nosotros mismos que Escocia y su folclore siguen vivos. Es la primera vez que trae aquí a una chica. Te ha pedido que te vistas con nuestros colores. ¿Sabes lo que significa, española?

—No, no lo sé Marian —afirmó sin gustarle aquel tono irónico.

—Perdona, Isabel, es sólo que me ha sorprendido la actitud de mi hermano. Está diciendo a gritos que eres suya, cariño, no sé muy bien qué pretende —mintió recordando la conversación de ambos con su padre—. Así ningún hombre te mirará, ni ninguna mujer —le dijo guiñando un ojo y relajando su actitud desafiante—. Todos se preguntan si eres la chica de Alec. Sé que es un poco arcaico, pero tremendamente romántico.

Se quedó pensativa mirando a Alec algo cansado mientras hablaba con dos hombres mayores que le palmeaban la espalda entusiasmados. Conocía a casi todo el mundo y, aunque aquellas reuniones eran sus preferidas cuando era pequeño, ahora le resultaban molestas y protocolarias. Ahora no podía hacer nada sin que al menos unos cuantos pares de ojos controlaran sus reacciones y su forma de actuar.

Manuela y Willy llegaron al momento. Agnes, la guía de Culloden, fue a saludarlos. Todos acabaron pasando un rato agradable compartiendo la cerveza y hablando de cosas triviales.

—Veo que seguiste mi consejo y no te dejaste llevar por las apariencias, querida. En cuanto te vi con él, supe que os llevaríais bien —afirmó Agnes en tono confidencial—. Estás enamorada. ¡Oh!, no hace faltas que lo admitas —siguió para que no la interrumpiera—. Yo amé mucho a mi marido y sé lo que es sentir un cosquilleo cada vez que miras a la persona que amas.

—Alec es sólo un amigo, él y yo... —afirmó Isabel bajando la cabeza—. En ningún momento me ha dado a entender...

—Quizás sólo necesite un empujoncito cariño. Por cómo te mira todos sabemos lo que siente menos él. —Agnes se rio y la asestó un codazo—. Tomemos otra cerveza —finalizó la mujer para cambiar de tema al ver como se acercaba Alec con una sonrisa curiosa en los labios.

Isabel lo miró especulativamente, puede que ella se hubiera enamorado locamente, que aquel hombre hubiera llenado su corazón de amor e ilusiones, pero ¿a él le habría pasado lo mismo? ¿Cómo saber si no era una más de su lista, algo raro y exótico que sumar a sus trofeos? Ojalá existiera una maquina detectora de verdades del corazón pensó suspirando, la habría ahorrado muchas horas pérdidas dando vueltas en la cama.

La fiesta continuaba en un tono más alegre debido a la bebida que corría de mano en mano, parecía como si todos tuvieran vínculos entre sí y los turistas, en su mayoría extranjeros, se mezclaban entre ellos entusiasmados por lo que veían. Isabel observó los grupos y se sobresaltó. Más allá, amparada en la oscuridad que daba el contraste del fuego de la hoguera más alejada, una figura negra la observaba. Sentía aquellos ojos clavados en ella, aunque no pudiera verlos, comenzó a temblar, el contorno de aquella figura lo conocía, el miedo la hizo buscar a Alec con la mirada y sonrió cuando lo vio a su espalda, sin separarse de su lado. Mientras se incorporaba para preguntarle si sabía quién era aquel hombre vio cómo la sombra desaparecía entre los árboles. Ya era la segunda vez que el miedo la paralizaba. Suspiró más relajada, debía de ser alguien de la fiesta y se regañó por ser tan paranoica.

Un grupo de Highlander amenizaban en la carpa una dulce balada en gaélico que comenzó a traducirle Marian al inglés. Hablaba de una rosa y un cardo escocés, del olvido sin perdón, de la patria única... algunas parejas se lanzaron a bailar y unos cuantos turistas que las miraban desde hacía rato se aproximaron para hablar con ellas. Cuando el más joven, un moreno impresionante de aproximadamente su edad, le sonrió y la invitó a bailar, Alec se interpuso con educación para llevarla él mismo. Isabel se disculpó con el chico mientras era arrastrada por el escocés.

—¿Celoso, Alexander Colden?

—No me gustaba cómo te miraba, ni él ni el resto. Creo que voy a reservar todos tus bailes de ahora en adelante —dijo riendo. Este hombre era incapaz de decir nada en serio—. Estás preciosa con mis colores, Aisa, y muy, muy sexy...

—Esta bruja española muere por ti, Alec —Isabel no pudo evitar besarlo.

Alec la miró extrañado, Aisa nunca solía ser tan abierta con sus sentimientos, se sorprendió por su confesión tan sincera y por el hecho de que ella recordara su primera conversación. Tal vez ella había descubierto lo mismo que él, que no tenía sentido luchar contra ellos mismos, hacía tiempo que su corazón lo decidió por él, amaba a Aisa con todo su corazón.

Detrás de la carpa empezó a formarse un grupo grande que captó la atención de ambos. La llevó hasta allí de la mano simulando curiosidad.

En el centro que habían formado los espectadores sonrió al ver cómo Bob dibujaba un enorme círculo con una rama alrededor de dos parejas jóvenes. Iban vestidos con el traje tradicional escocés, ellas rodeadas con el tartán de su clan y ellos con el kilt, el sporran colgado de su cintura y botas altas de piel que dejaban sus rodillas desnudas. Parecían sacados de una película escocesa.

Una mujer de mediana edad comenzó a dejar sobre el surco en forma de circunferencia, brezo y flores de cardo. Alec le explicó el significado de ambas plantas en su cultura: el cardo, símbolo de Escocia, que ya conocía y el del brezo, que había salvado de enfermedades y hambrunas a su pueblo en pasadas generaciones. Miel, cerveza y hasta sopa de brezo; era sorprendente lo que se podía hacer con esa planta, por ello significaba protección, fecundidad y buenos deseos para quien se ofrece.

Los jóvenes reían, enlazaban sus manos e Isabel tuvo la sensación de que se encontraba ante algo tan antiguo como el mundo mismo. Se sobresaltó cuando Arthur Colden entró en el círculo y las voces a su alrededor se apagaron al instante. Llevaba la misma ropa que Alec, idéntica en un cuerpo más viejo y serio. Entró con la solemnidad de un rey y avanzó hasta el centro mientras todos lo esperaban expectantes. Llevaba en sus manos tres largas cintas de tela de tartán extendidas, las parejas se colocaron frente a él con aspecto serio. Isabel supo entonces qué sucedía, el corazón empezó a latirle tan deprisa que notó su respiración entrecortada. En ese instante Alec la empujó con suavidad dentro del círculo y agarró con fuerza su mano. Isabel quiso huir otra vez fuera, pero la gente ya había ocupado el lugar que ellos habían dejado libre y le impedían el paso. En medio de aquellos rostros una

cara le pareció familiar, pero no tuvo tiempo de pararse a pensarlo. Alec llamó su atención con una caricia sobre su mano, o tal vez para no dejarla escapar. Todas las miradas estaban puestas en el interior del círculo. Al parecer, la magia había encontrado a Isabel.

Alec la vio bajar la mirada, había llegado a adorar ese gesto tan suyo, cuando se mostraba tímida ante algo, la miró con ternura a los ojos y la llevó hacia delante, frente a su padre.

Escucharon unos cuantos silbidos triunfantes y risas de los que les rodeaban. Isabel levantó la cabeza con valor para mirar a Arthur Colden y retrocedió instintivamente, vio sorpresa en sus ojos mientras los observaba a ambos hasta que Alec asintió. Entonces su padre cogió las manos de ambos entrelazándolas con la cinta y las ató en sus muñecas tres veces, tres nudos, mientras pronunciaba unas palabras en gaélico que para Isabel fueron eternas. A su lado él no la miraba, Alec aguardaba callado y se preguntó por qué no se lo advirtió antes. La respuesta apareció clara en su mente, porque él hacía todo con la certeza que los demás lo aprobarían, nadie le negaría nada nunca. Buscó con la mirada en los rostros que la rodeaban y vio cómo Marian, junto a Manuela, sonreían tontamente.

El mismo rito se repitió con las demás parejas y todos comenzaron a gritar y felicitarlos. No entendía muy bien lo que había ocurrido, pero sí el significado mágico de la ceremonia. Pedían un beso y Alec se lo dio sin importarle la cantidad de gente que los rodeaba.

Todos empezaron a dispersarse y se quedaron de pie uno frente al otro mirándose, si él no decía algo iba a empezar a zarandearle.

—¡Vaya, Alec! Un handfast nada menos, esto ha sido toda una sorpresa —dijo Willy al darle un golpe afectuoso a la espalda de Alec—. Felicidades a ambos.

—¿Qué significa eso? ¿Es una especie de rito pagano? —preguntó Isabel a Alec, fingía ignorancia, haría sufrir a ese tonto escocés.

Willy se dio la vuelta para mirarlos y ambos suspiraron ante ella, el doctor puso los ojos en blanco y desapareció como alma que lleva el diablo.

Isabel sonrió. ¿Qué les pasaba a aquellos dos? ¿Pensaban que era tonta?

—¿Qué es un handfast?

—Te has prometido conmigo, Aisa —sentenció Alec—. Durante un año y un día —susurró a su oído—. Ahora por ese tiempo eres algo así como mi mujer, bajo ciertas reglas, la primera...

Isabel le interrumpió con la mano.

No podía creerlo cuando ella empezó a reír, era lo más romántico que había hecho por una mujer en la vida y ella se reía.

—Pero tu padre no tiene autoridad, ¿verdad? Que yo sepa, es un acto simbólico —afirmó sin dejar de reír—. Porque tú no te has puesto de rodillas, ni te has declarado pidiéndome nada.

—No —admitió confuso.

—¿Piensas que me hubiera negado de haberlo sabido y es una especie de declaración? No puedo creer que Alec Colden tenga miedo de preguntar algo. —Un empujoncito, pensó recordando las palabras de Agnes.

Él pareció pensarlo e inspiró aire con fuerza cuadró los hombros y la miró con sus ojos de color índigo muy serio.

—Quédate conmigo, Aisa, no vuelvas a España, eres toda mi vida. No entiendo despertar sin ti a mi lado. Quiero ser lo primero que veas cada mañana cuando tus ojos se abran. —¿Qué había hecho de él?, un tonto enamorado. Se dio cuenta de que, mientras esperaba su contestación, había dejado de respirar.

—¿Por qué has tardado tanto en preguntármelo, Alec? Ya no sabría vivir sin ti, *mo chridle*.

—Ya sabes qué significa —afirmó Alec apartándole el pelo de la cara—. Se lo pregunté al doctor.

Isabel suspiró y entornó sus ojos verdes—. Mi amor. Has llenado mi corazón y mi alma.

Ambos se besaron como si todo el mundo desapareciera ante ellos y estuvieran solos. Todo daba vueltas e Isabel estaba en el centro, ¿cómo había logrado que un hombre tan maravilloso se enamorara de ella, porque, aunque no lo había dicho, tenía que estar enamorado. Buscaría un trabajo y se encontrarían cada día, pensó recordando el maravilloso sueño de aquellas casitas cerca del río, se sintió inmensamente feliz. ¿Estaba permitido sentirse tan bien, amar tanto a una persona? Disfrutar solo con mirar su rostro y saber que estaría ahí, hoy, mañana, siempre.

Hacía rato que la música había dejado de sonar y él la sacó de allí en busca de intimidad. Unas cuántas miradas curiosas los siguieron hasta que desaparecieron en la oscuridad.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó Isabel cuando su teléfono sonó. Fastidiada por la interrupción lo sacó de su pequeño bolso—. Es mi hermana, que raro que llame a estas horas. Vaya, se ha cortado, Alec no tengo batería y podía ser algo urgente, déjame el tuyo por favor. Prometí hablar con ella.

Él sacó su móvil y se lo tendió tan molesto como ella por la interrupción. Mientras Isabel marcaba, apareció el número completo y un nombre se iluminó en la pantalla. Laura Piñero. ¿Cómo tenía Alec el número de su hermana?

Todo se precipitó en su mente fruto de un continuo bucle. Cuando Bob las llevó a la playa donde él pescaba. A la salida del pub, cuando Jeremy intentó sobrepasarse, cuando él llamó a Laura por su nombre sin darse cuenta. Él había mandado a Willy para que viera a Manuela porque sabía que ellas estaban en el hotel desde antes de conocerse. El día en la playa para ver a los delfines, él sí sabía que era su cumpleaños y se lo calló.

El parecido con el cuadro, ahora lo veía, de alguna manera la conocía de antes, y su hermana estaba metida en aquello, por eso insistió tanto Laura en que fuera a Escocia.

—Alec, ¿va todo bien?

Isabel colgó al escuchar la voz de Laura. ¿Alec? No era su imaginación ni su locura.

Alec la quitó el móvil de las manos al darse cuenta de su error.

—Explicame por qué mi hermana te conoce. ¿Por qué tienes su número?  
—preguntó Isabel en voz baja.

—Aisa, debí contártelo antes.

—Ya sabías qué vendría. Nada de esto ha sido casual, ni el puto destino ni la magia. ¡Explicate! —dijo alzando la voz.

—Yo te traje aquí —afirmó Alec dejando caer sus brazos—. Soy tu jefe, Aisa, la empresa en la que trabajas es mía. Fue Marian quién te encontró.

—¿Es que todos estáis metidos en esto? —gritó Isabel, ya sin ambages.

—Déjame continuar, debí contártelo hace tiempo. He sido un cobarde, no imaginaba que iba a enamorarme de ti, sólo quería, no sé qué quería... —Se alejó de él, pero lo dejó continuar—: Marian me trajo una foto de una fiesta de Navidad en la oficina de Madrid, la habían colgado en el blog internacional. Llevabas entonces el pelo rubio, pero eso le llamó aún más la atención, el parecido con nuestro cuadro, con nuestra duquesa, me la enseñó, y... Yo, en un principio, solo traté de saber acerca de ti, la curiosidad creció y me llevó a localizarte. Te seguí unos días, sí, como un maldito obseso, pero cuando vi que estabas casada en lo que todo el mundo creía un matrimonio feliz, me alejé. Todo el mundo te veía así Aisa y yo también lo creí, que eras feliz con Jorge. No sabía aún que sentía por ti.

Isabel se tapó la cara desesperada, no podía ser verdad, la había visto con Jorge, la había espiado. Él Intentó quitarle las manos del rostro y



retrocedió al verla llorar con rabia. Se alejó horrorizado por su mirada.

—Estuviste en el hospital, por eso conoces a Laura. ¿Sabes que te veía una y otra vez en mis sueños y mi psiquiatra me decías que eras producto de mi mente enferma? Ella también me ha engañado, mi hermana me ha metido en esto, ¡no puedo creerlo!

—Espera Aisa, deja que te lo explique. Cuando me enteré por Sandra, de tu accidente fui a Madrid, y sí, una noche cuando estabas inconsciente, Laura me encontró en tu habitación. Le conté todo con total sinceridad, planeamos esto para sacarte de tu vida un tiempo, Aisa...

—No me llames así, Alec, no.

—Pasaba los días en el hospital, me turnaba con ella. Aisa, creo que te quise desde que te vi con tu marido en Madrid, o desde que te velé en aquella cama de hospital, ni siquiera lo sé. Me sentí tantas veces culpable por no haberte llevado conmigo por no haberte salvado de él.

—Mi camino era y es mío, no teníais derecho a jugar con mi vida ninguno de los dos, lo supe la primera vez que te vi, que te conocía, estuviste allí siempre. ¿Pagaste a las enfermeras para que no me dijeran nada cuando preguntara?

—Tu hermana lo arregló.

—Me has mentado Alex —afirmó Isabel negando con la cabeza—. Debí resultar muy gracioso cuando te conté lo que ya sabías de mi marido. No, claro, te sorprendió lo del aborto, eso no lo sabe Laura ni nadie, solo tú —reflexionó un momento—. Nuestro encuentro en el castillo, mi viaje, el encargo del trabajo, hasta la sorpresa de mi cumpleaños, todo mentiras. Muchas veces me he preguntado por qué yo y ahora lo veo claro. Soy fruto de tu obsesión por el cuadro de..., de esa maldita mujer. Siempre lo sospeché, pero nunca te creí capaz de ser tan manipulador —siguió gritando—. No te quiero en mi vida, no quiero otro loco a mi lado que controle mis actos. Una vez me preguntaste qué se siente al vivir no siendo tú mismo, es lo mismo que siento ahora, nada.

En un solo movimiento, Isabel se deshizo del tartán y lo tiró al suelo. Desde lo más hondo de su corazón apretó los dientes y, con una expresión en sus ojos de odio y rabia que Alec nunca había visto, le dio una bofetada. Hasta ahora no había visto la fuerza de su temperamento, así que ésa era la verdadera Aisa, la luchadora. Alec siempre supo que estaba ahí, desde el primer momento. Sus ojos rasgados ardían, era la mirada de alguien que había visto caer una ilusión y su incondicional confianza en él. En un minuto, Alec

contempló en sus ojos pasar la vida que ya nunca sería, le había roto el corazón a Aisa, su amor por él había muerto.

Él apenas se movió.

—Adiós, Alec.

Ni siquiera miró atrás. Él no intentó detenerla, la dejó marchar y recogió del suelo la tela con sus colores. Su padre se lo había advertido: nada hace más daño que una mentira del corazón.

—No podrás olvidarme, Aisa —gritó mientras la veía desaparecer en la oscuridad.

—Alec —le contestó Aisa sin volver la vista atrás—. Recuerda olvidarme cada día y no vuelvas a seguirme.

## Capítulo XXI

El otoño se adelantó en Madrid, Isabel lo advirtió al pasar esa mañana con su coche por la avenida que bordeaba el parque de El Retiro, los árboles estaban de color oro y miel. En sus días libres, antes de Jorge, le gustaba salir a correr por los senderos de gravilla en esta época del año. Había llovido toda la noche con insistencia y en el suelo quedaban aún charcos. Ya no corría y tampoco le gustaba andar, sumirse en la soledad de sus pensamientos la hacía volver a Alec una y otra vez.

Cuando sus padres murieron solía perderse por el enorme parque, observar a las familias pasear, pararse con su cámara mientras las hojas blancas caían y simulaban la nieve. Ahora todo aquello que la fascinó en su momento, que le parecía hermoso, no era nada en comparación con los ríos y montañas de Escocia, con el olor a mar y brezo, con el color de la tierra y de su cielo. Echaba de menos el pueblo, el hotel, la alegría de cada momento vivido en la tranquilidad de la naturaleza, el sentirse parte de una familia, sentirse parte de Alec.

Llegaba tarde al trabajo, pero esa mañana estaba distraída, la lluvia, las nubes, el parque, el olor a humedad, todo le recordaba a él. Se detuvo en un semáforo junto a una moto y miró a su derecha, el conductor se levantó la visera y la sonrió intrigado por su mirada escrutadora, Isabel apartó la mirada al momento, ¿qué o a quién buscaba?

Golpeó el volante enfadada, dos meses ya y cada día al despertarse era lo primero en lo que pensaba, Alec. Tampoco ayudaba que cada día, en la oficina hubiera una rosa y una flor púrpura esperándola. Alexander Colden no se había rendido, ¿es que no se iba a dar por vencido nunca?

Al llegar la noche, cansada de trabajar hasta la extenuación para olvidar, tenía unas diez llamadas perdidas de él. No escuchaba los mensajes que le dejaba y los borraba directamente. No podía huir toda la vida, pero deseaba que la dejara en paz con todas sus fuerzas. Si alguna vez lo miraba a los ojos, flaquearía; temía que se presentara, aún no estaba preparada para perdonarle. La rabia la comía por dentro, la mentira para llegar hasta ella le hacía odiarlo, Alex había decidido por ella, otra vez alguien se creía con derecho a dirigir su vida.

Intentaba borrar su pasado de todas las formas posibles.

Se mudó a un diminuto apartamento de alquiler en la periferia, donde podía tener un pequeño jardín con plantas. Había renunciado a Alec, pero una parte de su corazón había aprendido de él, a creer en la magia de los simbolismos. Colocó en cada puerta una flor del sol, como hacían en el pueblo escocés. Un poco de protección no la vendría mal después de vender tan rápido la casa que había comprado con Jorge, las deudas que había heredado de él eran enormes y no le dejó nada. En esas cuatro paredes que había llegado a aborrecer dejó tirados todos los recuerdos de su anterior vida con su marido. Sólo cogió la foto de sus padres en la que aparecían abrazados a su hermana y a ella. Al dejar el piso, con desasosiego miró la habitación en que había pasado tanto tiempo y guardó en la mochila el reloj de cuarzo rosa de su madre, que siempre había visto en la mesilla de ella y le traía tantos recuerdos de su infancia. No quería nada que le hubiera pertenecido a su marido, nada que pudiera recordárselo. Dejó aquella casa solitaria y llena de miedos dispuesta a enfrentarse al mundo.

Seguía trabajando para Alec, buscó algo alternativo, pero aún no lo había conseguido y no podía permitirse no tener un sueldo fijo. Se sorprendió a sí misma al afrontar todo ella sola, buscar avales para el nuevo alquiler, y, en definitiva, arreglar una vida desmoronada sentimental y económicamente.

Se escuchó el claxon de los coches detrás de ella, enredada en sus pensamientos el semáforo se puso en verde. Arrancó y subió el volumen de la música como si pudiera hacerle olvidar sus pensamientos. “Es que todas las canciones, me recuerdan a él”, pensó. En sus ojos azules, el perfil de su rostro dormido, su risa. Se sentía tan sola sin Alec.

Creía que podría volver a su vida y borrarle de un plumazo, sus últimas palabras resonaron en su mente, “No podrás olvidarme”. “Soy dueña de mi destino y puedo olvidarte si quiero, ¿pero quiero?”, dijo en voz alta y hasta a ella le sonó como una triste declaración.

No había vuelto a hablar con su hermana, pero, ante su insistencia, el pasado domingo habían comido juntas. Al fin y al cabo, era su hermana y no podía romper los lazos con la única familia que tenía. Echaba mucho de menos a las niñas, eran unos cielos que la hacían sonreír continuamente. Sólo había impuesto una condición a Laura, no volver a hablar de lo que había pasado ni contactar con él. Si lo incumplía, no volverían a verse, no sabría más de ella, una traición podía perdonarla, una más nunca, Laura había sido tan culpable como Alec en aquella compleja historia.

Cuando llegó a la editorial entró corriendo y se sentó, llegaba tarde otra

vez, miró con pena el sitio de Manuela, aún vacío. Despedirse de ella fue lo más difícil. Lloraron amargamente en el aeropuerto, pero su amiga había encontrado la felicidad y se alegraba mucho. Alec, según le contó, le había dado trabajo en la central de Edimburgo y lo había rechazado. No quería dejar Inverness y prefirió quedarse junto al doctor. Para su sorpresa y la de Manuela, William vendió su piso y compraron una bonita casa con un jardín delantero, el salón tenía un hermoso ventanal en forma de medio octógono como las típicas casas de campo de Gran Bretaña, le hicieron un video y se lo enviaron vía internet con ellos dos en un tour por la casa, parecían muy felices. Ahora vivían en la periferia de Nairn, cerca del mar, un sitio maravilloso al que estaba invitada, pero al que nunca tendría fuerzas para ir.

Aunque ambas se adoraban, entre ellas se levantó un muro. Hablaban poco y eran distantes en las conversaciones porque Manuela siempre intentaba contarle lo mal que lo estaba pasando Alec y lo que la echaba de menos. Según Manuela, había perdido el interés por todo y se pasaba los días sólo entre su trabajo en Edimburgo y el pueblo. A pesar de las explicaciones que Isabel repetía una y otra vez, su amiga no entendía qué era tan terrible para que ellos dos no pudieran estar juntos.

El mensajero llegó con las flores como cada día, salió del ascensor con el casco de la moto en la mano, le guiñó un ojo y las dejó sobre la mesa.

—Hoy hay una nota, señorita Piñero —le dijo el chaval mientras mascaba chicle.

—Gracias —susurró mientras firmaba y cogía ambas cosas. Cuando desapareció en el ascensor rompió la nota sin abrirla y tiró las flores a la papelera, levantó la mirada y “Oh, no”, se dijo. Héctor se acercaba otra vez, con ese andar tan peculiar que la ponía nerviosa.

Se sentó en la esquina de su mesa y comenzó a revolver con sus dedos el hueco de los clips, sintió el olor a perfume caro y algo se revolvió en el estómago de Isabel.

—Isa, ¿quién te envía esas flores? ¿Es el escocés? Ese tío no para, se debe estar gastando una pasta en ti —dijo evaluando su talante mientras ella lo ignoraba.

—Eesto —al oír el tono de voz de Héctor lo miró extrañada—. He pensado si quieres tomar algo esta tarde, cuando salgamos. O comer conmigo. No sé, ¿te apetecería? —dudó un momento—. ¿O un café en el Starbucks de abajo?

Vaya, nunca habría pensado que Héctor la invitara, creía cuando volvió

que la situación sería tensa, que le haría pagar caro por haber pasado de él en Escocia y usarlo de cebo para Alec, bueno, y por aprovecharse de él sin remordimientos. Héctor parecía vacilante, si seguía agitando nervioso los clips iba a montar una de cuidado. Isabel extendió la mano y la puso sobre la de él para hacer que se estuviera quieto.

La de veces que las había picado con sus bromas a Manuela y a ella, pero desde que había vuelto estaba muy amable y atento. Cuando se hacía un café le preguntaba muy cortés si quería; cuando levantaba la vista del ordenador, allí estaba él mirándola y sonriendo; siempre se encontraban en la fuente de manera casual.

—Creo que paso Héctor, no me encuentro muy bien. Estoy incubando algún virus... —le contestó Isabel, le soltó la mano, al fin y al cabo, no era mentira del todo, se sentía todo el día cansada y con mucho sueño.

—¿Quieres que te traiga un café u otra cosa? —preguntó Héctor con cara de preocupación.

—No, gracias, tal vez más tarde.

—Si cambias de idea sobre lo de quedar, dímelo, Isa. Estoy ahí al lado —dijo e hizo un saludo militar para volver a su mesa, donde estuvo observándola un buen rato.

—Isabel, ven a mi despacho, por favor —llamó Sandra desde la puerta. Los miró a ambos. Al igual que todos, cada día, era testigo del acercamiento de Héctor a la joven, así como del completo ritual de las flores que siempre acababan en la basura.

Isabel sin quererlo tenía a toda la oficina pendiente de su vida sentimental, en los baños, en los pasillos, entre café y café se hacían apuestas. Héctor, en la última semana, se había adelantado al escocés y ganaba puntos a toda velocidad. Esperaba que Isabel no se enterara de todo ese revuelo, ella personalmente había apostado por el escocés. Al fin y al cabo, él era su jefe y ella, una romántica empedernida.

Isabel la siguió con la certeza de que la esperaba una reprimenda por llegar tarde otra vez. Entró en el despacho, cerró la puerta tras ella y Sandra la indicó con un gesto rápido que se sentara. La última vez que había estado allí fue cuando Manuela y ella estaban a punto de cambiar sus vidas, rumbo a Escocia. Sintió una desazón en su interior, estaba dónde había empezado todo, más sabia y sola pero todavía en la línea de salida.

Decidió no hablar, en estas situaciones con su jefa era mejor callar y aceptar su error, aguantar lo que le dijera, ya que tenía razón, y luego irse a

trabajar de nuevo.

—Isabel, te hecho venir para felicitarte, las fotos del artículo de Escocia fueron un éxito, un magnífico trabajo. —Se quedó boquiabierta, no lo esperaba, habían pasado casi dos meses y ni una palabra desde entonces—. Pensé que tras un tiempo aquí te marcharías, después de lo que pasó..., bueno, al fin y al cabo, no es asunto mío, sobran las explicaciones.

—¿Me estás despidiendo? —preguntó Isabel directamente y sin evasivas.

A Sandra le costaba acostumbrarse a esta Isabel de mirada directa y seguridad renovada. En sus ojos interrogantes y sin miedo aún se conservaba la pregunta.

—No, te estoy dando más artículos, más destinos. Si aceptas, por supuesto.

Una sombra de duda cruzó el pensamiento de Isabel como un rayo.

—¿Es idea tuya o hay alguien detrás?

—Idea mía y solo mía, sin órdenes de nadie. Cuento con total libertad para darte más trabajo o despedirte, a mi criterio personal, no hay nada oculto —afirmó— Alexander Colden así lo ordenó.

Intentó relajarse, oír el nombre de Alec en voz alta la había afectado. Suspiró y se inclinó hacia adelante en la silla colocando los codos sobre la mesa de dirección. Sandra de forma inconsciente había formado parte de la trama de Alec, recibió una reprimenda cuando trastocó sus planes al mandarles a Héctor, pero Alec era justo y no fue más allá de una breve conversación. Su jefa de sentó y la miró, cruzó los brazos y esperó su respuesta con paciencia.

—¡Quiero el puesto de Manuela! —exigió muy seria.

—Es tuyo.

Isabel sonrió por primera vez desde que entró en el despacho y Sandra se la unió, le dio la mano de manera profesional para sellar su acuerdo.

—¿Quién sería mi compañero?, espera, déjame adivinarlo —la interrumpió Isabel cuando iba a contestar—. ¿Héctor?

—¡No!, qué va, haremos reajustes, no haré nunca más de celestina —negó con vehemencia—. Y menos de forma intencionada.

—Gracias, Sandra —dijo Isabel mientras se levantaba—. Ya me contarás.

Quería gritar y saltar, eufórica apretó los puños mientras caminaba hacia su mesa. Contárselo a Alec, necesitaba compartir ese momento con él. A mitad del pasillo se paró en seco, ¿en qué estaba pensando? Se sentó absorta por sus sentimientos contradictorios. Conseguido todo, qué le quedaba sino cero,

nada, un vacío dentro. Ya tenía lo que quería, todo menos a él. Levantó la vista, Héctor la miraba con curiosidad.

Era hora de firmar la paz, Isabel se acercó con paso firme y le contó entusiasmada lo que había pasado en el despacho de Sandra. Él la notó tan contenta que sin pensarlo la abrazó. Isabel se vio entre sus brazos y compartió su alegría con él, ya no le desagradaba tanto su olor a perfume caro.



## *Capítulo XXII*

Le gustaba estar allí, a orillas del río, no había vuelto desde aquel día en que estuvo con Aisa, ella ocupaba todo en su mundo. Ahora que había dejado marcado a fuego cada rincón de su vida, le resultaba muy difícil estar en los mismos lugares en los que habían pasado tantos momentos juntos. El recuerdo de su voz, de su sonrisa, de sus ojos, lo acompañaba donde fuera. No sólo deseaba verla, deseaba tenerla de nuevo, en ese lugar siempre encontró la respuesta a todas sus preguntas.

Alec arrojó una piedra al río, rebotó dos veces antes de perderse en el agua. En la tranquilidad de la naturaleza resonaba el eco de su risa. Echaba de menos a Aisa, con su expresión confundida cuando le gastaba bromas, su forma de llevarle la contraria, de no dejarle hablar.

Miró hacia la casa de madera y recordó con veneración el cuerpo de ella, allí mismo, sobre él, suave y ligero. Volvió a sentir como su piel se calentaba bajo el roce de sus manos, su cuello descubierto para recorrerlo y besarlo, para hundirse en su olor, su pecho moviéndose arriba y abajo, su cuerpo delgado y elástico, entregada a él sin reservas. Tuvo que apartar la imagen de Aisa de su mente para no seguir con esa tortura constante.

No podía seguir así, la echaba terriblemente de menos, su sonrisa al despertar, mil cosas que separadas no eran nada y todas juntas eran ella. Había entregado su corazón a esa muchacha de mirada triste a la que cada día vio renacer en una mujer maravillosa, su mujer.

Se movió despacio entumecido por la resaca y el cuerpo vacío de sentimientos. Sabía lo que tenía que hacer, no era tan complicado, desde el primer día lo supo, tenía que ir a buscarla, traerla de nuevo y obligarla a quedarse a su lado. Alec se preguntó si tenía derecho a hacerlo, a irrumpir de nuevo en su vida.

Caminó despacio hasta su moto, sacó del bolsillo el billete de avión con fecha abierta. Llevaba dos semanas con él encima. “Se acabó”, se dijo golpeando el casco con furia.

A Alec le pareció una buena idea cuando Rachel lo llamó para quedar, un clavo saca a otro clavo pensó con arrogancia. Quedó con Rachel en un pub a las afueras del pueblo. Cuando ella apareció por la puerta ya estaba muy borracho. Estaba preciosa, con los rizos rojos sobre los hombros. En cuanto lo

vio esbozó una amplia sonrisa lobuna. Las miradas de los hombres la siguieron por todo el local hasta que llegó frente a él. Se giró con los brazos abiertos para que pudiera contemplar cómo su vestido negro marcaba todas las curvas de su cuerpo. En un reflejo entrenado por sus años de conquistador, su pene reaccionó como siempre para sentir cómo se acumulaba toda la sangre de su cuerpo en ese punto. Encantadora, seductora, siempre lo había sido, sin preguntas incómodas ni anhelos infantiles sobre querer nada más excepto un rato en buena compañía.

Lo abrazaba sin pudor, rozaba sus piernas con las suyas, su mano en la espalda, un prelude del juego sucio que quería llevar a cabo con él, embaucarlo una vez más.

—Pensé que ya no querías verme, Alec —dijo Rachel a modo de queja—. No te reconocí cuando corríste detrás de aquella española que te tenía embobado.

—Olvídala, estoy aquí contigo, Rachel... —contestó sin mirarla. Alec incómodo apuró otro vaso y se revolvió el pelo en un gesto desconcertado.

—¿Sabes que nunca me has llevado a tu casa?, quiero ir esta noche... podemos pasarlo bien, cómo antes de volverte tan aburrido... —insinuó mientras lo cogía del brazo—. ...llevaba meses sin verte y en la destilería fuiste muy parco en palabras por no decir que grosero...

—Lo siento, pero eso ahora tiene solución —dijo Alec con una sonrisa, la acercó un poco más a él.

Sentados en un reservado a salvo de las miradas de los curiosos, la oscuridad era el refugio perfecto para que la pelirroja no perdiera el tiempo ante su avance. Le colocó la mano sobre los pantalones y le devolvió la sonrisa. Alec retrocedió de forma instintiva, no estaba tan borracho y le invadió una sensación de asco que no pudo catalogar, la apartó la mano sin ningún pudor.

—¡Maldita sea! Está borracho —afirmó William a Manuela quién los observaba atónita negando lo que veían sus ojos—. Espérame en la barra, tengo que hablar con él, Rachel es muy persuasiva.

—Está bien, Willy, pero no te metas en líos. Si me necesitas, silba y me encargaré de la pelirroja —dijo Manuela enfadada. Se colocó junto a la barra y lo observó avanzar hasta quedarse de pie frente a ellos.

—¿Qué haces, Alec? —preguntó Willy sin preámbulos.

Ambos levantaron la mirada sorprendidos, Rachel fue la primera en reaccionar y sonrió, mientras Alec le miraba incrédulo por su comportamiento.

—Hola, William, ¡vaya! si tú amiguita también ha venido —afirmó con un gesto al señalar hacia la barra, a Manuela.

—Hola, Rachel, ¿puedes dejarme un momento con Alec? Tengo que hablar con él, no creo que esté en condiciones de seguir bebiendo —apartó la mano de Alec de la cerveza que volvía a coger y Willy miró con desprecio a la pelirroja.

—Ya nos íbamos —afirmó él—. No eres mi padre, Willy, y yo no le debo ningún luto a ella.

—Aisa, ¿recuerdas?, estás así por ella, ¡ya basta de torturarte, Alec! ¿Crees que ella te perdonaría esto? ¿Sabes por qué creo que no vas a buscarla? En el fondo tiene razón, no la quieres lo suficiente para arriesgarte a ir por ella, Aisa sabe que no lucharás por ella, como la otra vez, la dejaste sola con él...

—¡Cállate! —gritó Alec mientras se levantaba. Willy era su amigo, pero se había pasado.

Alguien, unas mesas más allá, sonreía. Al fin iban a cruzarle la cara a aquel imbécil, la satisfacción hizo que una risa nerviosa se le escapara. Ya no tendría que darse prisa en hacer lo que tanto tiempo llevaba planeando, lo que le había traído allí, ahora ese doctor lo haría por él, ¡dale un jodido puñetazo!, suplicó nervioso. Si no iba a sacar una fortuna del rollo de Isabel lo quería muerto por tocarla.

Manuela se interpuso entre ambos antes que el médico soltara su puño, antes que empezaran algo que ya no podría pararse. Alec la miró sin reconocerla. La amiga de Aisa lo miró suplicante y Alec recuperó la lucidez por un momento, empujó al doctor y salió del pub dejando allí a los tres. No lo detuvo, Manuela lo dejó ir, si en algo había llegado a conocerlo era en sus reacciones. La rabia era un arma peligrosa en lo que al amor se refería.

Alec salió echo una furia del pub, golpeó con el pie una y otra vez una papelera hasta que cayó contra el suelo, se llevó las manos a la cabeza. En eso tenían razón, lo que había estado a punto de hacer lo alejaría para siempre de ella. No podría contárselo nunca. Más sereno, fue hasta su moto y miró el reloj. Esperó que no fuera demasiado tarde, la llamó y saltó una vez más el contestador, no podía saber si ella escuchaba los mensajes que le dejaba, era hora de luchar.

Ya está bien de tonterías, pensó con fuerzas renovadas. La espera se había terminado, tenía las cosas claras, deseaba más que nada en el mundo recuperarla, no podía haber nadie más para él.

—Aisa, me da igual todo. Voy a buscarte a Madrid y traerte, aunque sea a rastras. He sido paciente y he esperado demasiado —dudó un momento—. Lo siento tanto, espero que me perdones. Salgo de Edimburgo esta noche —afirmó convencido—. Te quiero.

Condujo la moto alejándose con rapidez de las luces del pueblo, una vez más miró el retrovisor derecho, allí estaba otra vez aquel coche negro. Desde hacía días tenía la sensación de que lo seguía, lo había vuelto a ver esa tarde al salir del bar, aparcado en la acera, más atrás de su moto. Le llamó la atención la pegatina roja en el parabrisas con la marca de la agencia de alquiler de coches, era habitual verlos en zonas turísticas, no en las afueras.

Esquivó unos cuantos coches y se metió de lleno en la autopista. Si lo seguía lo iba a descubrir pronto, no volvió a verlo hasta que decidió parar a tomar un café en una gasolinera. Cuando salió, allí estaba otra vez.

Se montó deprisa, con una sensación de peligro acechándole, ¿por qué lo seguían? ¿Quién?, aceleró una vez más mientras vigilaba la carretera que dejaba atrás, nada. Al cabo de unos kilómetros se relajó y siguió su camino sin incidentes. Le quedaba apenas media hora para entrar en Edimburgo. Los coches comenzaban a quedarse atascados en la hora punta y decidió dar un rodeo. Se incorporaba a la carretera secundaria cuando volvió a verlo justo en paralelo a él. Ya no hubo tiempo para nada más. Su cuerpo se proyectó hacia un lado, contra el suelo, la moto se deslizó arrastrándolo por el asfalto mojado, en ese momento perdió el conocimiento, su último pensamiento fue para ella, Aisa.

## Capítulo XXIII

Dos días más tarde, y tras su insistencia, Isabel aceptó tomar un café con Héctor. Se sentaron en una mesa y pidieron al camarero. ¿Por qué habría aceptado?, en el fondo lo sabía, la soledad la pasaba factura. Sentía una nostalgia tremenda por Escocia y por Alec, pensó Isabel siendo sincera consigo misma.

—Me alegro de que hayas aceptado, Isa —dijo Héctor muy contento.

—Sí, bueno, cualquiera se negaba —se quejó molesta.

—No te enfades, estás tan guapa desde que has vuelto. Hay rumores por la editorial, dicen que dejaste tirado al escocés aquel...

—Creo que esto ha sido una equivocación —Isabel se levantó para marcharse antes de empezar a hablar de Alec.

—Oye, no te vayas —la paró levantándose y obligándola a volver a su asiento.

El camarero trajo los dos cafés y Héctor se relajó al fin con el brazo apoyado en la silla.

—Sabes que siempre me has gustado, Isabel, pero estabas casada, y luego con lo que pasó en Escocia no tuve oportunidad de hablar contigo.

Para Isabel el tiempo se detuvo un instante. Las cosas grandes que nos pasan en la vida no siempre van acompañadas de una fiesta, una música ostentosa o un gran cataclismo de proporciones bíblicas, sólo es un porqué en la mente, un click en el corazón que nos hace ver todo de repente tan claro como si nunca hubiera habido otra respuesta, una luz en la oscuridad se enciende y ya nos es imposible apagarla.

Isabel no lo miraba, había dejado de escuchar. Miraba hacia la barra de la cafetería. El olor a café recién hecho..., dicen que los olores son la vía más rápida para evocar el recuerdo de nuestra memoria. Isabel volvía a estar sentada en la sala del castillo contemplando el jardín desde la ventana. Cómo el día que lo conoció, sintió de nuevo aquella sensación de cosquilleo en el corazón mientras le servía ese café con una sonrisa irónica y encantadora, esos ojos azules. Tomar las riendas de su vida no implicaban renunciar a Alec. Levantó la vista hacia el hombre enfrente de ella, Héctor.

Héctor también tenía unos preciosos ojos y era atractivo, y, sin embargo, nunca lo miró de esa manera. Era encantador cuando quería, podían haber

llegado a ser amigos o algo más en otra vida.

La rabia por el engaño de su hermana y Alec se deshacía en una pena que la ahogaba, por la que le dolía el alma. Era su maldito orgullo el que la impedía volver a Escocia con él, aún no se sentía libre. Alec nunca la impuso nada, dejó que fuera ella quien diera cada paso, le contara sus problemas, no la había juzgado a pesar de su pasado. ¿Era tan terrible que la hubiera buscado? Nadie la obligó a enamorarse de él. Enamorarse, se dio cuenta aquella noche en la fiesta. Se había enamorado locamente de Alexander Colden. No quería que volvieran a hacerle daño y su mentira fue la excusa perfecta para huir de él.

—Héctor, bésame —dijo Isabel.

Él abrió los ojos sorprendido.

—Pero, Isa, tú me gustas de verdad, es un poco pronto... —alegó tímidamente para su propia sorpresa.

Isabel se levantó, arrimó la silla a él y lo besó. Nada de un beso leve, sino uno de verdad, donde su lengua se entrelazó con la suya que respondió al momento aprovechando la ocasión. Aisa se separó al momento de él, no sentía nada de nada.

—No, Héctor, no funciona, lo siento —le dijo Isabel, se levantó de golpe—. Gracias, Héctor, por esto, por lo de Escocia. Por ser mi amigo.

Cogió su bolso y salió a la carrera de la cafetería. Tenía que hacer muchas llamadas, que se preparara ese escocés testarudo porque volvía a Escocia. De camino, con el manos libres, reservó un billete a Inverness con escala en Edimburgo, era lo que se podía permitir, saldría en dos días.

Sonó su móvil nada más entrar en casa, número desconocido. “¿Y si era Alec?”. No lo cogería, quería darle una sorpresa, la insistencia del tono la hizo rendirse pensando en si le habría pasado algo a Laura o a las niñas.

—Isabel, menos mal que lo has cogido —dijo una voz en inglés.

—¿Marian? —preguntó extrañada al escuchar la voz de la hermana de Alec.

—Escucha, no cuelgues, es Alec, no sabe que te he llamado —gritó sin resuello—. Ayer por la noche... lo arrolló un coche cerca de Edimburgo. El muy idiota iba con la moto, estaba lloviendo y al adelantar..., los testigos dicen que el otro conductor fue a por él, lo arrastró literalmente... no deja de repetir tu nombre.

—¿Dónde está, Marian?

—En el hospital de Edimburgo.

—Salgo ahora mismo, pero no podré llegar hasta...

—¿Cuánto tardas al aeropuerto? —interrumpió Marian—. En cinco horas llegará alguien a por ti. Ve a la zona Vip de la terminal 4. Tendrás un avión privado en Madrid con alguien de confianza.

—¿Cómo está, Marian, que dicen los médicos?... Marian.

Había colgado. Maldito escocés, si creía que podía librarse de ella era un idiota. ¿Pero por qué no cogía el coche? Ahora quizá era demasiado tarde para los dos.

Isabel lo sintió sin saber cómo, una presencia en la habitación.

—No dejaré que vuelvas con él, Isabel —dijo una voz a su espalda, tan conocida para ella que tardó en reaccionar. El corazón comenzó a bombear toda la sangre hacia el corazón.

No soltó el móvil, sino que lo guardó muy despacio en su bolsillo antes de darse la vuelta.

—¡Es que no te das cuenta de que tenía razón! Eres una zorra manipuladora y mentirosa.

No podía creerlo, sus pesadillas se habían hecho realidad, allí estaba Jorge, cambiado, no parecía él, pero sin duda lo era. Llevaba el pelo teñido de rubio, se había dejado barba, estaba más delgado y parecía muy cansado. Unas profundas ojeras delineaban sus ojos castaños, tenía la piel muy pálida y sudorosa. Estaba casi irreconocible. Siempre lo presintió cerca de ella, como una sombra, ahora estaba en frente suyo, vivo y coleando, no podía creerlo.

—...no te bastó liarte con el gigantón escocés, una mierda, pero claro, muy, muy rico, ahora te persigue ese otro... no paras, Isabelita —dijo él escupiendo las palabras con desprecio.

Tenía la mirada vacía, apretaba las manos y las extendía compulsivamente. Entonces Isabel vio el cuchillo en su mano derecha.

—No estás... —acertó a decir mientras notaba las palpitaciones de su corazón subir hasta la garganta. La heló la risa que escuchó salir de la boca de Jorge mientras se acercaba a ella muy despacio. Isabel fue retrocediendo hacia la habitación, chocó con las sillas y las cajas aún embaladas. Iba a matarla, estaba convencida, para eso había traído el cuchillo, para eso había vuelto.

—Sí, aquí estoy, cariño —Jorge la miró de arriba abajo, se detuvo en su vientre plano y ladeó la cabeza a un lado y otro—. El crío no era mío, lo sabía, que hija de puta eres. Querías colgármelo y luego te deshiciste de él para que el escocés no lo supiera...

—Por favor, no te acerques —musitó Isabel interponiendo la mano entre

ambos—. Perdí al niño con todo lo que pasó, era tuyo, cómo puedes dudarlo. Jorge ya no soy la niña sola y perdida que se casó contigo, pero podemos arreglarlo, habla conmigo. —No había más sitio, chocó con la mesilla y escuchó el tic tac del reloj. Su corazón iba más deprisa a medida que él se acercaba, cada vez más lento y furioso.

Isabel estaba sola en la peor de sus pesadillas, era el momento, tenía que ser inteligente, esta vez no se iba a repetir la misma historia, no iba a destruir su vida otra vez. Ahora era más fuerte, él la había enseñado a serlo a fuerza de empequeñecerla durante años.

—Estabas allí, la noche del pub, me seguiste. La noche de las hogueras fuiste tú a quien vi bajo los árboles observándome... Tú, todo el rato Jorge, no eran paranoias mías...

—¡Cállate! —gritó y levantó la mano para amenazarla—. Me marché a Portugal para no dar señales de vida, pero esos cabrones de las apuestas me encontraron. Cuando volví a nuestra casa no estabas. Pensé en ir a por tu hermana, pero averigüé que estabas revolcándote en Escocia como una puta. He gastado todo lo que nos quedaba en aviones y pasaportes falsos, todo para perseguirte. Fui a buscarte una noche a su jodido castillo, necesitaba dinero ¿sabes?

—Lo arreglaremos, Jorge, volveré contigo, pero no así. Hablemos, por favor. Ese hombre no significa nada para mí —mintió Isabel mientras las lágrimas escapaban de sus ojos.

Sintió cómo la bofetada impactaba en el labio inferior, la sangre salpicó en la camisa blanca que Isabel se había puesto para la cita con Héctor. Con la lengua se tocó el labio y notó el hilo de sangre inundar su boca. Jorge dudó un momento al ver el contraste del blanco contra el rojo y volvió a golpearla en la cara, incapaz de contenerse.

—Claro que lo vamos a arreglar, cariño —dijo Jorge, se acercó, chupó con una sonrisa la sangre de entre sus labios. Isabel vio el filo del cuchillo que asomaba en su mano mientras la acariciaba la mejilla con fuerza. Sintió el frío metal recorrer su piel hasta detenerse en el cuello.

—¡Que estúpida eres Isabel, lo único que necesitaba era que siguieras con ese imbécil y conseguir algo de pasta! ¡Ni siquiera eso has sabido hacer! Ahora que me he cargado a ese cabrón rico de la moto estamos tú y yo, como antes, Isabel, juntos y solos. Total, él ya no me servía.

—¡No! —gritó desesperada. Él había arrollado a Alec, pero ¿cómo había llegado tan rápido a Madrid?



Isabel abrió los ojos asustada, miró por encima del hombro de Jorge, no podía creer lo que veían sus ojos. El sol inundó la habitación, ante ella una sombra proveniente de la puerta se materializó, una sombra gris transparente, se movía lenta, sin forma, algo sobrenatural. No la asustó, sino que le dio una sensación de protección, de serenidad, de autocontrol.

Él siguió su mirada desconcertado, se giró y la soltó solo un momento para mirar aquella masa negruzca sin contornos.

Todo fue muy rápido, no lo pensó, esta vez no, nada la impediría salir de esta. Era más lista, más fuerte y capaz que aquella Isabel asustada que él dominaba, ahora ella tenía el control. Tanteó a su espalda ocultando los brazos, cogió el pesado reloj de su madre envuelto en cuarzo rosa y en un segundo lo golpeó con toda su fuerza en la cabeza. Jorge cayó redondo sobre el suelo con un sonido sordo que la heló la sangre.

Las sirenas sonaron en la calle, miró hacia la puerta y vio cómo la sombra se desvanecía sin dejar rastro. Levantó el móvil que tenía en la otra mano, la llamada seguía en curso.

—¿Sigue ahí? Lo hemos oído, ¿está bien? ¡Señora! Hemos enviado ayuda. ¡Aguante, por favor! ¿Dónde está ese hombre? —No podía hablar mirando la figura de su marido, inmóvil en el suelo.

—111, ¿Me oye? ¡Conteste!

—Sí, sí, estoy bien, ya oigo las sirenas... —dijo mientras el cuerpo antes inerte de Jorge emitió un gemido. No pudo evitarlo, le dio una patada en las costillas con todas sus fuerzas y su marido volvió a quedar inmóvil sobre el suelo. Isabel se agarró, rodeando con sus propios brazos su cuerpo, no la tocaría más.

Un cuarto de hora después dos policías uniformados derribaban la puerta avisados por los vecinos, oía el timbre, pero no pudo abrirles, miraba a su marido fijamente, esperando que se levantara, que escapara otra vez. Cuando un agente le echó encima una manta mientras el otro comprobaba que Jorge estaba con vida sonrió.

Era libre.

## Capítulo XXIV

Tras dos horas de declaraciones supo que su marido sólo tenía una fuerte conmoción y algunas costillas rotas, ambas cosas no le dejarían graves secuelas físicas. La tomaron declaración en comisaría y la informaron que hacerse pasar por muerto suponía un grave delito. Si ella denunciaba, sería acusado por homicidio en grado de tentativa. Pasaría su vida en la cárcel en cuanto hablaran con la policía de Edimburgo acusado del mismo delito también allí, si Alec no moría...entonces sería un homicidio con todas las de la ley.

Le dijeron en comisaría que no se preocupara. Los hombres que lo seguían por las deudas que arrastraba se conformarían con hacerle la vida imposible a Jorge en la cárcel, agravado por intentar engañarles con su “supuesta” muerte. Ella había saldado la mayoría de las deudas con la venta de la casa y el coche. En realidad, ya no tenía nada más que darles, pero un viaje sería aconsejable mientras se calmaban las cosas.

Dos policías la llevaron a casa y le dijeron que estaba libre de sospecha, podía viajar siempre que fuera dentro de la Unión Europea. Le devolvieron su documento de identidad, pero tendría que volver a explicar muchas cosas. Le daban setenta y dos horas antes de la vista previa.

Metió cuatro cosas en una maleta y los mismos policías que la llevaron a casa se ofrecieron para escoltarla hasta el aeropuerto. La acompañaron hasta la entrada a la zona vip donde todos los miraban con curiosidad. Al llegar al límite de la zona privada no la dejaron pasar, no le quedó más opción que esperar a que alguien la recogiera allí fuera.

Al ver la gente que estaba allí dentro no le extrañaba, al fin y al cabo, había llegado escoltada por la policía. Las puertas automáticas la ponían nerviosa, cada dos por tres alguien se acercaba y mediante una tarjeta electrónica accedía dentro.

Marian no cogía el teléfono, Manuela tampoco, “¡Por Dios! ¿Es que eran todos idiotas? ¿No pensaban que intentarían localizarlos? Llamó a su buzón de voz, quizá la llamaron estando con la policía. Se quedó helada al escuchar la voz del primer y único mensaje, era del día anterior, de Alec.

—Aisa..., me da igual todo. Voy a buscarte a Madrid y traerte, aunque sea a rastras, he sido paciente y he esperado demasiado. —Silencio—. Lo siento

tanto, espero que me perdones. Salgo de Edimburgo esta noche. —Otro silencio—. Te quiero. —El bip indicó el fin del mensaje. “¿Y si ahora moría?”. Se dejó llevar por la impotencia de estar tan lejos. “No podía estar tan mal, seguro que Marian había exagerado”, se decía una y otra vez. “Te quiero, no me dejes ahora. Tengo que contártelo”. —Lloró amargamente.

Las puertas se abrieron, lloraba tan absorta que cuando la pusieron la mano en el hombro se sobresaltó, desquiciada como estaba por todo lo que había vivido en las últimas horas.

—Isabel.

Levantó la mirada y se encontró con Arthur Colden. El padre de Alec había ido a por ella. Tenía una expresión angustiada en su rostro, era como si encima de sus hombros hubieran caído diez años de golpe. Llevaba uno de sus trajes a medida, pero arrugadísimo, se le notaba la desesperación en cada pliegue de su rostro. Se sentó a su lado con un suspiro.

—Dígame algo, por favor. ¿Cómo está? —preguntó Isabel en inglés—. ¿Por qué no nos vamos ya? —le increpó mientras se ponía de pie. Con tal de estar con Alec iría hasta con el diablo en el mismo avión.

—Siéntate —ordenó Arthur Colden—. Están repostando, aún tardaran unos minutos, no te preocupes nos avisarán en cuanto el avión esté listo. Ven por aquí —dijo cambiando de idea al ver que se aproximaba un grupo de turistas—. Estaremos más cómodos en esa sala —y miró a los dos policías que los observaban.

Isabel estuvo a punto de decirle que no podían entrar cuando una joven vestida de azafata les preguntó si deseaban algo y los llevó hasta un reservado. Se despidió de los agentes agradecida por su ayuda. “Solo quiero salir ya”, pensó mientras pedía en silencio que Alec estuviera bien.

—Isabel, tranquilízate, mi hijo se recuperará, es fuerte. A estas horas estarán operando su pierna, se quedó atrapada bajo la moto. Aparte tiene una conmoción muy fuerte en la cabeza que lo dejó inconsciente en el acto, pero se recuperará —repitió convencido—. ¿Por qué te escoltaban esos dos policías? —preguntó con suspicacia.

—Es una larga historia —dijo molesta—. Aun no comprendo cómo ambos fuimos tan estúpidos. Venía a verme. Iba camino del aeropuerto cuando... le pasó, me dejó un mensaje en el buzón de voz, ni siquiera le cogía el teléfono. Si algo le pasara... fue mi marido, ¿sabe?, él lo seguía, quería matarlo.

—¿En qué estás metida, hija? —preguntó Arthur Colden desconcertado por la nueva información. No fue un accidente, no comprendía cómo alguien

quería hacer daño a su hijo.

Como pudo, Isabel le contó toda la historia. Asintió paciente y sin interrumpirla le ofreció su pañuelo de tela. Isabel omitió contarle la oportuna aparición de la sombra en el piso, ni al padre de Alec ni a la policía, todos pensarían que estaba loca.

—El día de la fiesta le dije que debía contártelo al ver lo que sentía por ti. Supongo que al final me hizo caso y todo se torció. Tal vez así ha sido mejor, si mi hijo se hubiera encontrado con ese malnacido no dudo que uno de los dos estaría ahora muerto —calló un momento pensativo—. Vamos a pedir algo fuerte, querida. Un whisky siempre ayuda sobrellevar las situaciones difíciles, o eso decía mi padre.

—Siento mucho que haya tenido que venir usted —se disculpó Isabel con sinceridad.

—Fui yo quien quiso venir, nadie me obligó. Me volvía loco estar en el hospital y no poder hacer nada —dijo mientras se pasaba la mano por el pelo plateado—. Además, servirá de ofrenda de paz para cuando Alec despierte. Creo que no he sido el mejor padre del mundo con él —comentó en tono más bajo—. Me recuerdas mucho a la madre de Alec, era toda una luchadora como tú. Aquel día en el hotel me ganaste el corazón, no he conocido a alguien tan sincero y testarudo como tú, muchacha.

—Quiero pedirle disculpas, creo que me equivoqué con usted. Supuse que estaba en contra de que Alec y yo estuviéramos juntos y entonces todo se torció...

—Estaba en contra de que te mintiera, se lo dije y no quiso escucharme, y, por favor, llámame Arthur. —La tendió la mano como muestra de afecto e Isabel la aceptó sin dudar—. No juzgues a mi hijo, he sido tan estricto a veces que ahora me cuesta llegar a él. Contigo sería muy feliz, como yo lo fui con su madre —recordó con la mirada fija en algún punto—. Cuando uno ama de verdad, solo pasa una vez en la vida, puede que ambos iniciéis caminos diferentes o que el destino esté en vuestra contra, pero no se puede luchar contra el corazón. Todo se arreglará, Aisa. Todo saldrá bien para vosotros —sentenció.

Cuatro horas más tarde llegaron al hospital de Edimburgo.

Marian, Manuela, William y otro doctor, que supuso era el de Alec, estaban en la puerta. La operación había sido un éxito les decía, pero tendría que hacer una dura rehabilitación, la pierna tendría que recuperarse. Le habían insertado una prótesis en el lugar del hueso y debería pasar al menos un mes

en reposo antes de poder caminar. Aún lo haría cojeando, pero conseguirían que volviera a andar. Isabel no pudo más y no esperó a que acabara, entró de golpe en la habitación. Alec estaba allí, en la cama, rodeado de tubos que entraban y salían de sus brazos, tenía la pierna en alto, sujeta por un anclaje. Es horrible, gimió Isabel para sí misma, Alec tenía la cara llena de feos cortes y un brazo escayolado.

Dormía aún por el efecto de la anestesia, respiraba rítmicamente con tranquilidad, impresionaba verlo así, sin su sonrisa eterna en los labios. Los demás entraron y se permitió separarse de él para abrazarlos a todos. Marian lloraba como una niña pequeña, el maquillaje la corría por la cara y estaba echa un desastre. Isabel se sentó en una silla junto a la cama y cogió la mano de Alec, fría y rígida. Era maravilloso estar de nuevo a su lado, aunque fuera así. ¿Cómo había sido tan estúpida?, Alec era todo, su vida, su corazón, le quería tanto.

—Está anestesiado, acaba de salir del quirófano, le han operado la pierna —repitió la rubia—. Dicen que se pondrá bien, Aisa —dijo Marian—. Perdona que te llamara, pero estaba desesperada, no dejaba de repetir tu nombre y yo no sabía qué hacer, pensé... que se moría.

Marian ya no podía parar de llorar, su padre la miraba sin saber qué hacer e Isabel vio a aquel hombre tan seguro de sí mismo sufrir por sus hijos. Arthur Colden no sabía cómo actuar fuera de una mesa de negociación, no sabía consolarlos y abrazarlos.

—Ven aquí, Barbie —le dijo y la abrazó sin soltar la mano de Alec—. Ahora todo saldrá bien. Este escocés testarudo saldrá de esta, ya lo verás.

No se separó de él, no le soltó la mano cuando las enfermeras entraron, el médico la intentó echar y todos desistieron de apartarla de su lado. Mandó a todos a casa entre protestas y les dijo que se quedaba con él toda la noche.

En la soledad de la habitación, por primera vez pensó cuánto tiempo había pasado él, al igual que ella, sentado a la espera de verla despertar en un hospital. Sin conocerla Alec había velado sus sueños y sus pesadillas. Todo se lo debía a él, había tomado las riendas de su vida gracias a Alec, ahora no necesitaba a nadie y le necesitaba a él con todo su corazón. Ya no le daba miedo amar, ni ser feliz. Anduvieron un corto camino juntos que se convertiría, si él la aceptaba, en una larga vida.

—Aisa...

—Sí, mi amor, estoy aquí.

Intentó incorporarse y le empujó despacio para que volviera a tumbarse.

Alec miró alrededor, aún desorientado. Sonrió al ver un florero lleno de cardos escoceses. Manuela no entendía nada cuando Isabel le había hecho ir a buscarlos por todo Edimburgo, pensó que estaba loca, o al menos así la miraba. Alec la apretó la mano con fuerza y ambos sintieron la corriente de calor llegar hasta el corazón.

—No sé si volveré a ser tan guapo, Aisa —dijo al tocarse la cara con el brazo bueno mientras sonreía.

—Eres un escocés guapísimo y ahora aún más interesante con esos cortes. Tranquilo, seguirás teniendo esa legión de fans tuyas persiguiéndote —dijo mirándolo con devoción. Alec había vuelto, su sonrisa—. Me has dado un susto de muerte Alexander Colden.

La miró con toda el ansia que albergaba su corazón, había imaginado tantos reencuentros, pero ninguno tan desastroso como aquel. No podía abrazarla, ni levantarse, entonces reparó en su cara.

—¿Qué te pasado en la cara, Aisa? Tienes el labio roto —afirmó Alec intentando tocarla. Ella se lo impidió al agarrar su mano. Recordó el accidente, el coche siguiéndole y una sospecha fue creciendo, el sueño se habría paso en su mente y entornó los ojos confundido.

—¡Vaya! ¡Y tú tienes un aspecto horrible! —Rio Isabel—. No es nada, te lo contaré más tarde —suspiró al abrazarlo mientras las lágrimas caían sobre el pecho de él.

—De saber que esto era lo único que te haría volver...

—¡Calla, tonto! Ya tenía los billetes de avión.

—Entonces esas ojeras son por mí —sonrió Alec haciendo una mueca de dolor. Los párpados le pesaban, pero quería seguir hablando con Aisa.

—Digamos que no estoy en mi mejor forma. Alec, quise decírtelo antes, pero no sabía cómo..., esperaba que las cosas se enfriaran, quizá entonces tú ya no querrías seguir conmigo, después de todas las cosas horribles que te dije... y no sabía qué hacer, fue pasando el tiempo —lo miró dudando y, al ver sus ojos, claudicó por fin—. Estoy embarazada —dijo Isabel, con la excitación marcada en su voz.

Él pareció tardar en darse cuenta, pero Isabel no pudo evitar que levantara el brazo escayolado hacia el vientre de ella, la tocó con sus dedos libres para sentir la vida que se abría paso entre ambos.

Un escalofrío la asoló cuando pensó en lo cerca que el cuchillo de Jorge había estado del hijo de ambos. Sin saberlo casi había acabado con este niño como con el suyo.

—Será un niño, *mo chridle* —dijo emocionado—. Ahora dime, qué te ha pasado en el labio. —Intuía que algo muy grave había provocado ese golpe.

—Creo que es una niña —cambió de tema, ahora no era el momento—. Todavía no me preguntes nada más, quizás cuando despiertes. Más tarde, Alec —dijo Isabel al ver cómo se le cerraban los ojos por efecto de los tranquilizantes, se estaba quedando dormido de nuevo.

—Te diré una cosa, escocés —susurró a su oído cuando supo que estaba dormido—. Tu Flor del Sol funciona, alejó todos mis miedos, me protegió y me dio valor. Tenías razón, la magia existe si esperas encontrarla —Le acarició el pelo mientras él respiraba tranquilo, surcó con la suavidad de sus dedos cada marca de su cara y se recostó despacio contra su pecho.

—¿Y sabes otra gran verdad Alexander Colden? Me olvidé de no recordarte cada día.

Aisa lo besó, Alec sería un magnífico padre.

## *Epílogo*

Marian iba de un lado a otro convertida en una verdadera general en jefe. Había insistido tanto en que comenzaran esas obras antes que naciera el bebé, que Alec cedió al fin, necesitaban más espacio para el niño, argumentaba su hermana, y eso sobraba en el castillo. Por más que insistía Aisa en que ella había vivido toda su vida en poco más de setenta metros cuadrados y tuvo una infancia de lo más feliz, la rubia estaba imparable. Una habitación para el niño, una sala de juegos solo para su sobrino...

Alec estaba desaparecido desde que su hermana empezara a discutir con la jefa del proyecto. Le consumía su forma de dar gritos por todas partes. Se marchó con una sonrisa ante tanto desorden con un beso en la mejilla de Aisa, tocó en un gesto familiar su barriga cada vez más abultada. Cuanto más tiempo pasaba a su lado, ella se volvía más y más el centro de su existencia. A veces se detenía a pensar cómo aquella mujer había conquistado su vida y la de los que les rodeaban. Marian y su padre la mimaban con descaro, habían descubierto lo que era una familia de verdad. Acogía a todos en el castillo, que antes era frío y solitario. Manuela y el doctor iban a cenar muchas noches y hacían reuniones informales en la cocina entre risas y anécdotas de cómo Willy pretendía tumbar de un puñetazo a Alec. Se lo contó todo a Aisa, gracias a ellos dos podía hacerlo sin sentirse culpable. Fue necesario cuando supo lo que había pasado en Madrid. Ella tuvo que reconstruir cien veces ante la policía lo que había sucedido en aquella habitación ante la mirada desconfiada de los agentes. El ex marido de Aisa los había estado siguiendo siempre, probablemente desde el principio. Si ella le hubiera contado su miedo cuando notaba que alguien la observaba en las sombras o que alguien les vigilaba en el castillo, todo se hubiera solucionado antes. Ahora entendía su reacción cuando Marian entró en la cocina, mientras él pensaba que solo era un ladrón, ella ya lo sospechaba.

Ahora que estaba embarazada sentía aún más la necesidad de protegerla de todo. Ni siquiera el hecho de que aún no se hubieran casado les afectaba, tampoco a su padre a pesar de lo tradicional que era. Él mismo, a través de sus abogados, había llegado a un acuerdo con el ex marido de Isabel y hacía tan solo un mes habían logrado que Jorge firmara el divorcio en la cárcel ante un notario judicial. Tanto a Isabel como a él les daba igual no estar legalmente



unidos, afirmaban que nadie les impediría vivir como si ya estuviesen casados.

Isabel se giró hacia las mujeres que se enfrentaban como dos titanes, cuánta tensión sexual no resuelta rezumaban aquellas dos mujeres, decidió apartarse y sentarse sobre un palé de madera.

Observó el cuadro, el día anterior lo cubrieron con una tela opaca especial para que no se dañara. Con el paso de los años aparecía decolorado en la pigmentación de la pintura, pero para ella era muy especial, lo quería en su nuevo salón que ella misma decoraría.

Con una sonrisa pensó en la mujer del cuadro, dos mujeres en dos épocas tan diferentes y unidas en un instante, nunca se lo contaría a nadie. Era su secreto, había desvelado toda su vida ante extraños, a la policía, a sus abogados, en el juicio, expuesto su corazón a Alec, pero aquello era suyo y solo suyo. Lo que había sucedido en realidad en aquella habitación con Jorge se lo quedaría para ella.

—Pero ¿cuánto se tarda en vaciar una habitación? —preguntaba Marian gesticulando mientras señalaba las cajas.

—¡Son objetos muy delicados! No se pueden mover, así como así, tengo a la mitad de mis chicos haciendo ese trabajo...

Aisa dejó de escucharlas cuando vio acercarse a dos hombres al cuadro de la duquesa. Los observó subirse a dos escaleras en paralelo, colocadas a ambos lados, los operarios parecían fuertes, pero en el momento que a una señal de uno de ellos levantaron el cuadro en vilo se incorporó rápidamente alarmada.

No le dio tiempo a advertirles mientras el lienzo oscilaba hacia delante y atrás. Siguió con la mirada la trayectoria hacia el suelo cuando, en el último momento, Alec apareció sujetando la parte delantera. El marco sufrió un fuerte golpe contra el suelo en una de las esquinas, mostrando el hueco entre el bastidor y la tela posterior.

Comprobaron alarmados el estado de la pintura quitando la funda que lo cubría, no estaba dañado. Sin embargo, uno de los obreros, azorado por la situación, miraba la parte trasera, estaba destrozada colgando rasgada sobre el suelo.

Alec les indicó que entre todos sujetaran mientras levantaba el cuadro hasta ponerlo en vertical. Apoyado contra la chimenea, contuvieron la respiración cuando metió el brazo entre los restos de la madera que servía de bastidor. Todas las miradas se posaron en lo que tenía entre las manos, un

pañó desgastado que envolvía algo. Con cuidado lo desenvolvió.

Era un libro pequeño encuadernado en piel marrón, estaba roído por las esquinas y el papel amarillento del lomo parecía a punto de deshacerse, era antiguo, con olor a papel viejo.

—¿Qué es eso, Alec? —preguntó Marian mirándolo mientras Alec lo sujetaba.

Aisa, con cuidado se lo quitó de las manos, lo abrió despacio, conteniendo la respiración. En una perfecta caligrafía de pluma, sin adornos, leyeron: “Espelth, Duquesa de Moray”.

Bajo las letras escrita con firmeza, el dibujo de un cardo llamó su atención. Estaba grabado y reproducía fielmente la planta que, adornada la entrada del castillo, la Flor del Sol.

Un silencio se adueñó de todos. Aisa sonrió, aquel libro era el diario de la duquesa. Al final sabría quién era esa mujer que la había traído hasta su escocés y le había devuelto su libertad.

— F I N —